

LA ESTAFETA LITERARIA

1968
madrid
españa



ENERO 13 SALE SABADOS ALTERNOS N.º 387 • 15 PTS.

LA CAMPAÑA
"TIPOGRAFICA"
SECRETARIO DE EDUCACION PU-
BLICA,
PRIMER SUBPROCURADOR GE-
NERAL DE LA REPUBLICA,
PROCURADOR GENERAL DE JUS-
TICIA DEL DISTRITO Y TERRITO-
RIOS FEDERALES:

México, D. F., 10 de noviembre de 1967

CAMARA NACIONAL
DE LA INDUSTRIA EDITORIAL
Raymundo Ampudia V.
Presidente

CAMARA NACIONAL
DE LA INDUSTRIA DE TRANSFORMACION
Nazario Ortiz Garza
Presidente

CAMARA NACIONAL
DE LA INDUSTRIA DE ARTES GRAFICAS
Arq. Fernando Fernández
Presidente

UNION DE INDUSTRIALES
LITOGRAFOS DE MEXICO, A. C.
Juan Ruiz Olazarán
Presidente

(EPISODIO LITERARIO 1967: PAGS. 4 a 7)

GARCIA MORENTE

25

ANIVERSARIO

(PAGS. 8 a 15)

CUENTO HIPPIE



EPISODIO LITERARIO 1967:
"CAMBIO DE PIEL", DE CARLOS FUENTES ... 4

RECORDATORIOS

DE GARCIA MORENTE

- Gonzalo Fernández de la Mora:
El lugar intelectual ... 8
- Darío Fernández-Flórez: Decano
por antonomasia ... 10
- Antonio Millán Puelles: Filosofía
de la vida ... 11
- Francisco Vázquez: El noviciado. 12
- Rafael Gamba: La vida nueva ... 14

ARTICULOS

- Francisco Umbral: Sexo y muerte
en García Lorca ... 16
- Pedro Sánchez Paredes: Las pala-
bras y el silencio ... 17
- Raúl Torres: Semblanza de José
María Sanjuán ... 34

NARRACIONES

- José Antonio G. Blázquez: La
Rata ... 18
- Jorge C. Trulock: Compota de
adelfas (folletón) ... 19
- Juan Antonio Villacañas: Roque,
el hombre ... 23

PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS

- Manuel F.-Delgado Marin-Baldo:
Dos visitas ... 24

INFORMACIONES

- Rodolfo Arévalo: Internacional ... 25
- Carlos José Costas: Musical (Jazz
y otros) ... 32
- Adolfo Castaño: Plástica (María
Calvet) ... 33
- Lotería de las Artes y de las Le-
tras ... 2
- Cataluña literaria: El "Nadal" y
otros sucesos ... 34
- Estafeta provincial ... 35
- Crónica social ... 38
- Contraportada: Documento anti-
pornográfico ... 40
- EL CUIDADO DE LOS LIBROS ... 26

Por una errata tipográfica, en el capítulo de gracias, insertado en la página 9 del número 386, hacia los colaboradores que habían seleccionado los villancicos de aquella doble plana, quedó omitido el nombre de Bernardo Estornés Lasa, a quien se debe la selección del villancico en la venerable lengua vascoencue y el envío de su partitura.



LA ESTAFETA



A. Ives S. A. - Art & Graf. - Casilla. 120 - Madrid - Depósito legal. M. 86 - 1968

José María Gimeno, ilustrador de la cabecera para 1968 que estrena hoy LA ESTAFETA, y autor también de las de los tres años precedentes, ha felicitado las Pascuas con este prodigioso «cuento hippie».



DEBEN (DE) HABER COBRADO:

- 13.458.000 ptas. Suma anterior (premios concedidos desde el 1 de enero de 1967).
- 200.000 ptas. Don Héctor Vázquez Azpiri, premio Alfaguara 1967 por su novela *Fauna*.
- 100.000 ptas. Don Agustín Redondela, primer premio de pintura Repesa.
- 100.000 ptas. Don Jaime de Foxá y Torroba, premio de cuentos Fuerza Nueva por su relato *El viejo diario*.
- 75.000 ptas. Don Juan Esplandiú, segundo premio de pintura Repesa.
- 70.000 ptas. Doña Pía María Plechl, primer premio para periodistas extranjeros en el concurso Año Internacional del Turismo por un trabajo publicado en el diario *Die Press*, de Viena.
- 60.000 ptas. Don Sabino Arnaiz, primer premio para periodistas españoles en el mismo concurso por su artículo *Viajes turísticos: nuevo humanismo*, publicado en el diario *ABC*.

(Pasa a la pág. 38.)

Al Frente de este núm. 387

YA ERA HORA DE QUE LA PORNOGRAFIA SUBIESE AL PRIMER PLANO DE LA ACTUALIDAD y a la plena luz de la discusión con taquígrafos fehacientes y público testigo, atento, informado.

En el mundo occidental, que es un hemisferio por lo menos del planeta, las actividades pornográficas vienen desarrollándose con igual ritmo y daño que el colosal comercio de las drogas de toda especie, la perversión y la criminalidad, el sadismo y el masoquismo, las enfermedades mentales y la locura sin nada de genial.

El primer número de este año de LA ESTAFETA reproduce en su portada y en su contraportada unos textos insertados en el periódico mexicano «Excelsior» el 27 de noviembre del pasado. Nuestras páginas 4, 5, 6 y 7 reproducen otros títulos de otra publicación mexicana. Exponen y explican el «caso» que ha estado coleando y dando coletazos desde la primavera de 1967 hasta el invierno en curso. Un «caso» o «episodio» muy esclarecedor de cómo puede confundirse el delito con la reivindicación de la libertad.

El gran riesgo de los años que corren está en que la libertad del hombre, esplendorosamente en vías de desarrollo por las vías avanzadas de la ciencia y de la técnica, del concilio y del progreso, quede para la historia y la providencia como un manicomio suelto. Como un triunfo de los agentes patógenos contra el germen de salud (o sea, de libertad) del género humano.

En esta suelta locura, es digno de subrayar el escrito mexicano, y así lo damos en facsímil en nuestra última página. Los subrayados nuestros resaltan los puntos polémicos y la necesidad, poco polemizable, de que sea la Ley, y no el arbitrio gubernativo, quien limite la arbitrariedad de los «criterios no calificados».

La Ley de Prensa e Imprenta, vigente en España desde la primavera del 66, parece ser que da un ejemplo. ¿No?

TEMA MUY DISTINTO ES EL «CASO MORENTE», que ocupa las otras páginas preferentes del número. Don Manuel García Morente, fallecido hace ahora veinticinco años, ha sido testigo, desde la primera fila, de los cambios intelectuales e ideológicos en la primera mitad del siglo XX europeo y español. Para estas páginas hemos pedido diversas colaboraciones a personas que fueron sus discípulos en vida o que se han mostrado especialmente interesados por su

frieron dos guerras mundiales. Intento que LA ESTAFETA del año entrante, con el formato tipográfico innovado según verá el lector, corresponda a este remodelado espíritu y estilo que, en fin de cuentas y según mi opinión, lo que busca es encariñar al hombre culto y ensoberbecido con la naturaleza vegetal y animal de sus orígenes. Con el orden providencial y general, curvo y vivaz, ondulado y afectivo, de la naturaleza y del cosmos.

significación. Don Gonzalo Fernández de la Mora, don Darío Fernández-Flórez, don Rafael Gamba, don Antonio Millán Puelles y don Francisco Vázquez aprontan sus colaboraciones. El primero de ellos, con autorización nuestra, publicó en «ABC» un extenso resumen de su artículo estafético. Todos ellos se expresan en estas páginas, según su opinión, con plena libertad. Como es costumbre y uso en las revistas literarias de libre concurrencia de pareceres, nadie suscribe más ideas que las que ha escrito y firmado.

EL MODERNISMO, EL «MODERN STYLE», BAJO LA FORMA DE «HIPPIES», vuelve a estar a la moda. A mí, que por primera y única vez firmo esta presentación con mi personal nombre y apellido, me parece que es interesante y profundo este movimiento estético. Reactualiza la pacífica esperanza frustrada de los artistas de principio de este siglo, que luego su-

LA ESTAFETA
LITERARIA 1968

Director: LUIS PONCE DE LEON • Subdirector, JUAN EMILIO ARAGONES • Redactor Jefe, JUAN JOSE PLANS • Secretario de Redacción, MANUEL RIOS RUIZ • Confeccionador, JUAN BARBERAN RUANO

Redacción: Calle del Prado, 21. Madrid - 14 • Teléfonos 222 85 14 y 232 33 74 • Administración: Castellana, 40
Edita: EDITORA NACIONAL • Suscripción anual: ESPAÑA, 300 ptas. Resto de EUROPA, 550 ptas. (avión),
400 ptas. (ordinario) OTROS PAISES, 1.150 ptas. (avión), 660 ptas. (ordinario).

UN EPISODIO LITERARIO de 1967: el caso FUENTES

LA INQUISICION ESPAÑOLA TODAVIA QUEMA LOS LIBROS MEXICANOS

Opinión de la Censura Española Sobre "Cambio de Piel"

"La narración quiere ser una síntesis simbólica de la superación del mal, del ven-

EN el número anterior publicamos una nota sobre la quema de libros mexicanos realizada por oscuros burócratas del correo peruano. Hoy publicamos la opinión de la censura española sobre "Cambio de Piel", la novela de Carlos Fuentes que ganó el Premio Biblioteca Breve de la Editorial Seix-Barral, la comunicación amenazadora que le di-

Respuesta de Carlos Fuentes

"Hace poco, mi libro 'Cambio de piel' recibió el Premio Biblioteca Breve otorgado por

FUENTES PARA LA HISTORIA FUENTES

ESPEREMOS que el inocente juego de palabras de estos títulos no levante la indignación del portador del apellido y provocador del caso; que se entienda como una apelación al sentido del humor y de la medida; como una protesta contra la seriedad del asno y la furia del alacrán.

Las fuentes impresas asequibles al lector para formar su juicio propio son las siguientes, por orden cronológico:

a) El número 245 de la revista *Insula*, correspondiente a abril del 67. Emplea el espacio de dos de sus páginas, con principio en la portada, transcribiendo una interesante conversación sostenida en París entre Carlos Fuentes y José-Miguel Ullán. La prosa de Ullán es densa, aguda, intencionada y llena de admirativa simpatía por Fuentes. A través de sus oportunas entradas al diálogo —«Amaneció usted cínico, maestro»— da pie para que el carácter del personaje quede vivo y manifiesto.

b) La revista mejicana *Siempre!*, fecha 6 de septiembre. Publica parte de una carta privada dirigida a Carlos Fuentes por Carlos Robles Piquer; un fragmento de un análisis de la novela *Cambio de piel*, también escrito a fines interiores; y un comentario iracundo de Carlos Fuentes. Todo ello a toda plana y con un rótulo tan resplandeciente de atractivo periodístico como de curiosidad histórica: *La inquisición española todavía quema los libros mexicanos*. La revista aclara el título recordando que en el número anterior se ha referido a «la quema de libros mexicanos rea-

lizada por oscuros burócratas del correo peruano». Y declara, para mayor claridad, que en los mil tomos del archivo de procesos seguidos durante tres siglos por el Santo Oficio, «no se puede encontrar una censura tan impúdica, tan sucia, tan irracional y tan anticristiana» como la de «los modernos inquisidores españoles». El calificativo «moderno» no viene aplicado, como pudiera pensarse, a los de la Edad Moderna que se da por comen-

zada con el descubrimiento de América, sino a los del año de gracia de 1967.

c) *Siempre!*, número de 15 de noviembre. Transcribe una carta de Robles Piquer dirigida a la revista para su inserción. A los razonamientos de su carta, el *inquisidor* nominalmente incriminado acompaña seis fragmentos del libro *Cambio de piel*, rogando igualmente su inserción para que el lector de *Siempre!* se forme una idea más exacta del asunto en cuestión. La obscenidad de los fragmentos debe pasar de la raya de lo que

CARTA DEL DIRECTOR GENERAL DE INFOR

POR QUE VETÓ 'CAMB



Madrid, octubre de 1967.

Sr. D. José Pagés Llergo,
Director de la revista SIEMPRE!
México, D. F.

versos pasajes que son, exacto e inmorales. El Código Penal e junto a los de los restantes p en este sentido, a la propia (artículos 6o. y 7o.), a la Ley (artículo 2o.), al Código Penal

Siempre! juzga permisible, puesto que se abstiene de darles acogida en sus páginas.

d) *El Espectador*, de Bogotá, 21 de noviembre. Un destacado columnista del periódico, que escribe desde Nueva York y que firma *Pangloss*, comenta el episodio. Declara honradamente no conocer los párrafos discutidos, pero demuestra conocer las habituales medidas de su autor, cuando conjetura: «Es posible que a Carlos Fuentes se le haya ido la mano. Es posible también que en España no haya empezado a amanecer todavía en punto a literatura moderna.»

La primera admisión resulta claramente benévola para Carlos Fuentes. La segunda resulta menos afectuosa para los escritores españoles contemporáneos, tomados en conjunto o individualmente. Por otra parte, con este segundo *es posible*, el autor aparenta no saber lo que pasa o haya pasado en España, en punto a literatura moderna, cosa bien lamentable.

De todas formas, el descuido—pues no puede ser otra cosa—se compensa con una tercera alusión más equilibrada: «A lo mejor hay algo de razón por lado y lado.»

e) *Siempre!*, de 22 de noviembre. Brevíssima carta de un lector, el señor Horacio Labastida, que manifiesta haber leído, él sí, el

libro de Fuentes y lo califica de «sucio, corriente, procaz, vulgar, no indigno de una persona que presume de escritor, sino, incluso, de cualquiera de los muchos cagatintas que en México se dedican a hacer argumentos para las historietas pornográficas».

f) *Siempre!*, del 28 de noviembre. Una doble plana, esta vez firmada por el director de su Suplemento Cultural, señor Fernando Benítez, se titula: «Respuesta a Carlos Robles Piquer. El espectáculo más pornográfico del mundo es la censura.»

La apodictica aseveración, con su notorio alcance mundial, internacional, planetario y hasta cósmico (hermano linotipista, no omitas, por favor, la «s» del último calificativo, que no se enfade el señor Benítez) corresponde perfectamente, en contenido y en forma, al texto.

¿No era cosa de dar por terminado aquí el infecundo diálogo?

g) *Siempre!*, 13 de diciembre. Carlos Fuentes, en doble plana firmada por él, replica a Carlos Robles. La doble página viene ilustrada con dos retratos: el de Carlos Fuentes y el de Miguel de Cervantes. El estilo y medida del texto son idénticos a los citados anteriormente.

común los grados y efectos de una presunta infracción de ley, ante la cual es de esperar que los tribunales (para eso están) no serían insensibles.

No de otro modo, cualquier ciudadano que no está seguro de si el tabaco, el alcohol, los rábanos o los pepinillos en vinagre, o la papaya o la marihuana, dañarán mucho o poco sus aparatos biológicos, pide parecer al médico. Y el médico le da su parecer, que nunca, por supuesto (los médicos lo sabemos bien), es seguro. Es simplemente orientador. Si el médico le dice que tal operación puede costarle la vida, o un riñón, o un dedo, o quedarse tonto, bien memo o ignorante ha de ser el ciudadano para salir de la consulta protestando contra las *amenazas* del médico. No digamos cuando sucede, como en este caso (prolongando la comparanza), que el médico del Seguro de Enfermedad, además de manifestar su opinión personal, sugiere a los familiares del presunto enfermo que consulten a sus médicos de cabecera o de confianza.

La correspondencia entre los señores Barral y Robles se ha desarrollado por ambos, es de justicia declararlo, con toda sinceridad, con toda sencillez, o sea, con toda caballerosidad, aunque esta palabra no resulte muy significativa para los que están lejos de alcanzar el nivel. Si quisieran ambos publicarla, constituiría un capítulo de la vida literaria actual y de su historia singularmente humano, por la dialéctica convincente y alternativa, por el ingenio de buena ley, por la ironía y la indulgencia mutuas, por la llaneza con que son capaces de escribirse unas personas que desde el primer momento han convenido en el carácter personal, no oficial, no burocrático, no formalista, no expuesto a truhanes ni villanos, de lo que se discurre con sentido común.

El 31 de julio, Carlos Robles extiende este diálogo a Carlos Fuentes (en respuesta a una iniciativa de éste), escribiéndole, razonando sus puntos de vista de lector y de persona, de hombre y de funcionario, honradamente. Estima que, caso de publicarse en España el libro, una serie de párrafos que contiene el original son susceptibles de inculparse ante los Tribunales por violar las normas del Código penal. La situación es jurídicamente análoga a la del famoso caso *Lady Chatterley* ante los Tribunales británicos. Naturalmente, nadie en España ni en el Reino Unido ni en ningún Estado de derecho prejuzga la sentencia del juez. Sólo se responde a la *consulta previa* llamando la atención del autor y editor sobre unos párrafos y sobre unas previsiones del

HISTORIA Y CONSISTENCIA DEL EPISODIO

Lo más notable de este cargante y nada inquisitorial proceso es que tiene su motivo de arranque, su contenido objetivo y su naturaleza peculiar, no en la existencia de la censura previa, sino precisamente en la inexistencia de la censura previa (1).

¿Vamos a verlo?

Por la primavera pasada, cuando *Insula* publica la entrevista referida, estaba manteniéndose una correspondencia personal, a propósito del asunto que nos ocupa, entre los editores don Victor Seix (fallecido posteriormente; figura joven y ya veterana en el noble gremio de la actividad editorial de Cataluña), su socio también joven don Carlos Barral, y el director general de Información, hoy de Cultura Popular y Espectáculos, don Carlos Robles Piquer, que tampoco es demasiado viejo.

En su primera carta, el primero de los mencionados señores emplea por dos veces la expresión «*censura voluntaria*». En la primera respuesta del director general se indica de pasada la contradicción en los términos que

encierran esos dos vocablos y se disculpa el error del señor Seix como «eco involuntario de la situación anterior». En lo sucesivo se utiliza el nombre legalmente y lógicamente correcto: «*consulta voluntaria*». En efecto, la vigente ley de Prensa e Imprenta, al suprimir la censura previa, pone a disposición de los autores y editores que deseen libremente emplearlo un modo consultivo o de asesoramiento—en modo alguno *coactivo*—sobre las consecuencias judiciales posibles—en modo alguno *seguras*—de una publicación determinada.

Tan es así, que en este preciso caso (el caso Fuentes, el caso *Cambio de piel*), y dentro de una carta a Carlos Barral, Carlos Robles le sugiere amigablemente que someta igual consulta a los asesores jurídicos de la empresa editora. No hay censura, opresión ni represión ni hogueras y tormentos, ni quemas ni Santo Oficio. Sino el santísimo oficio de querer entenderse las personas y no echar los pies por alto. En este caso, estudiar y justipreciar en común entendimiento y con sentido

cartas a Siempre!

CIÓN DE ESPAÑA, DON CARLOS ROBLES PIQUER, A SIEMPRE! DE PIEL' DE CARLOS FUENTES

blasfemos e
muy seme-
es también,
ción mexicana
de Imprenta
Distrito Fede.

de comprobarse fácilmente que en España circulan muchos libros cuyos autores comparten esa misma ideología. (También he de lamentar la alusión al novelista argentino señor Cortázar cuyas ideas políticas no conozco y cuya obra literaria tengo en alto aprecio). Pero, volviendo a la ideología del Sr.

tales párrafos o páginas no son muchas pues tal vez no sobrepasen el número de diez, lo que significa que sería posible prescindir de ellas si el escritor, aparentemente afectado por un ataque de descomunal vanidad, reconociera que incluso la creación literaria ha de aceptar límites porque, contra lo que

Código penal, entre las cuales figura «aprender la edición». ¿Habría medio de evitar el riesgo de esta medida posible, que indudablemente no favorece al autor ni al editor, salvo que aspirasen a beneficiarse del morboso escándalo y de su deletérea publicidad?

Carlos Fuentes, sin estimar la amabilidad de una carta que no se le ha dirigido por obligación ni por forma o fórmula reglamentaria, se abstiene de contestarla. En cambio, en la plana del 6 de septiembre de *Siempre!*, comenta el milagro español: «Milagroso es en verdad que el cadáver putrefacto de la Santa Inquisición siga dando tales muestras de vida en España.» En España «se alienta la estupidez niveladora de la prensa, el cine, la radio y la televisión».

Puede ser, puede admitirse que en estas palabras a Carlos Fuentes se le haya ido la mano, según parece ser su costumbre; aunque también puede ser que a cualquier español le reviente la pedantocursilería con que despacha en media docena de palabras insultantes todo el esfuerzo de toda una nación que ha hecho ya su hazana de preservar, a trancas y barrancas, la sobrevivencia del alma hispánica—Carlos Fuentes comprendido—en el Viejo Continente y en los Continentes nuevos.

Donde seguro se le va la mano y suelta la lengua es en lo que parece directo a Carlos Robles: «Protesto contra esa voluntad implacable de amenazar, amedrentar, minar, cercar, corroer, comprar, silenciar o exilar el movimiento del pensamiento y del lenguaje.»

El entusiasmo de Carlos Fuentes por Carlos Fuentes, que con tanta energía parece protagonizar aquí el eterno grito de protesta de la inteligencia contra la barbarie, nada menos, es comprensible en un artista de la palabra tan joven y tan vivaz; y en un tiempo en que todas las cenizas de las ascuas y hogueras inquisitoriales hace mucho que fueron aventadas.

El 15 de noviembre ve la luz en *Siempre!* una respuesta *mesurada y cortés* (esto no lo decimos nosotros; lo dice el señor Fernando Benítez, como ahora se verá) de Robles. Robles reconoce la categoría literaria de Fuentes. Robles reitera en público su *opinión*, antes expuesta en privado, de que determinadas páginas de *Cambio de piel* pueden ser judicialmente incriminadas ante los Tribunales. Y no sólo en virtud del Código penal de España, sino también según disposiciones vigentes en México, que aduce y transcribe en sus propios términos y que no se refieren (como nada de este episodio se refiere) a cuestiones ideológicas o políticas, sino a moral pública y pornografía.

No después de una quincena aparece en la misma revista (29 de noviembre), con igual resalte, la respuesta del señor Fernando Benítez. Acto seguido de lo de *mesurada y cortés*, stampa: «¿Pero es nueva la cortesía del señor Piquer? ¿No evoca aquel auto de fe donde se elogiaba la generosidad con que se distribuían refrescos entre los condenados y sobre todo la construcción de una escalera para acceder cómodamente a la pira donde debían ser quemados vivos?»

«Aunque el señor Piquer rechaza el cargo de inquisidor, emplea los procedimientos del Santo Oficio... Una «censura no equivocada, sino francamente nauseabunda»... «Con censura previa o sin ella, los grandes libros de nuestra época figuran en el Índice franquista. Los escritores están encarcelados, desterrados o amordazados.»

Cuando el director del Suplemento Cultural de *Siempre!* entra en el tema, es para salirse de él despachándolo con una sola frase cuyo

despotismo totalitario es igual a su mendacidad objetiva: «Por supuesto, no se trata de leyes, sino de métodos represivos.»

¡Cuando toda la verdad y toda la consistencia está precisamente en evitar todo método represivo! ¡Cuando todo está en atenerse a las leyes y en humanizar los métodos!

Esta es, y no otra, la historia completa del episodio Fuentes. Una apertura al diálogo por una parte, y una cerril cerrazón al diálogo por la otra. ¿No era cosa, repetimos, de darlo ahí por terminado?

Por su parte, la réplica de Carlos Fuentes también despacha el tema concretísimo con una sola frase: «Si un libro es pornográfico en el sentido de explotar comercialmente un sucedáneo del acto sexual, los propios lectores se encargarán de rechazarlo.»

De verdad y sin reservas, la definición de lo

pornográfico nos parece plenamente afortunada y superior a otras definiciones convencionales. Pero pensar que el público se encarga de rechazarlo es como suponer que el público se ha encargado de rechazar el tabaco, de frustrar el tráfico de las drogas nocivas o de condenar el fracaso de los malos escritores, las películas estúpidas, las piezas de teatro insignificantes y el arte necio. Algo de esto supo y dijo Lope de Vega, que no era manco.

El público compra, en los continentes del mundo y del tiempo en que vivimos, orientado por la publicidad, y más por la sensacionalista, y más por la escandalosa. Si la inteligencia del artista ha de ser insobornable, tiene que rehuir también—y quizá principalmente— las ofertas de una publicidad desordenada.

DE LAS MORALEJAS A LA MORAL

«Me gusta hacer cochinas en Méjico. Me imagino la cara de todos estos hipócritas. Te digo que es el país más morboso y falsamente puritano del mundo.»

Aunque estén pasadas de moda las moralejas y cualquier novelista hodierno soportaría mal que le preguntasen la de una obra suya, quedan autores que usan el circunloquio de poner sus moralejas en boca de los personajes. El parrafín que acabamos de copiar entrecomillado, y que pronuncia entre jaleo y jadeos de alcoba una de las protagonistas, ¿no equivale a una sucinta declaración moralizadora o ejemplificante?

Como este otro: «Lo que no le reconocen al Güero claveteado es que fue el primer psicó-

pata, el primer tipo verdaderamente desordenado de la historia.» Y todavía: «Fue Simón el Cirenaico quien fue crucificado, mientras Jesús, muerto de la risa, se escabulló por esas lomas del Señor donde no faltan el vino y las Salomés en barato.»

Que el lector perdone lo copiado. Lo demás de los seis fragmentos es todavía menos copiable. Un entrevero de chascarrillos aptos para animar jolgorios de proxeneta y descripciones morosas al estilo de una clientela de *cinéma cochon*. Tanto es así que la revista *Siempre!* ha optado por comportarse como un censor auténtico; la revista ha tachado y vetado sin explicaciones los seis párrafos de Carlos Fuentes, que le fueron enviados como apéndice a la carta de Carlos Robles.



RESPUESTA
A
CARLOS
ROBLES
PIQUER

POR
FERNANDO
BENITEZ

El Sr. Carlos Robles Piquer, en una carta *mesurada y cortés*, expone las sinrazones por las cuales vetó la novela *Cambio de Piel* del escritor Carlos Fuentes y da respuesta a los documentos que

También se queja de que Carlos haya dado a la publicidad una correspondencia privada así como fragmentos de un informe interior

Tras consignar esta última y bien expresiva moraleja, hablemos de la censura.

Durante la nada apacible política de España en lo que va de siglo, las temporadas de vigencia de la previa censura y las de vigencia de la libertad de expresión se han alternado atropelladamente. En el primer tercio del siglo—crisis de la pérdida de las colonias, filias y fobias populares desatadas por la Primera Guerra Mundial, últimas guerras de Marruecos, dictadura del general Primo de Rivera, caída de la Monarquía—son tan evidentes los excesos como las represiones, las preveniciones como los bandazos. En el tercio medio del siglo—tiempo de República, tiempo de guerra interior, Segunda Guerra Mundial, tiempo de doble posguerra, continental y peninsular—el predominio absoluto de la censura está bien claro; antes del 36, con carácter de arbitrio gubernativo habitualmente; con carácter legal expreso y firme a partir de la Ley de 22 de abril de 1938.

La Ley 14/1966 ha abolido la previa censura. Quien la cumpla y la realice tiene derecho a ser atendido y entendido con buena fe. Los más obligados a prestar atención y entendimiento deberían ser los habituales de un clamor de protesta contra unas condiciones frente a las cuales se estrellaron infructuosamente. De no ser así, cobra toda su fuerza la sospecha de que los enemigos de la censura no pretenden abolirla en beneficio de la libertad de expresión, sino heredar su papel de censores, apropiárselo y desempeñarlo en daño de los demás. La tan sabida figura fantochil del librepensador que condena a muerte a quien no piensa como él.

El episodio Fuentes queda como un caso simple—simple de *simplicidad* y simple de

simpleza—de descomunal vanidad. Sentimiento frecuente por fortuna en los artistas, sin el cual no podrían serlo, y más normal y fecundo en los jóvenes que en los viejos.

Dice un personaje de Carlos Fuentes: «¿O no sabías que todo lo que daña la belleza moral duplica la belleza poética? Que vengas del cielo o del infierno, qué importa, ¡oh Belleza!, monstruo enorme, espantoso, ingenuo...»

Aunque ésta sea otra moraleja puesta por Fuentes en boca de un personaje suyo, no es suyo el concepto. Es de otro Carlos diferente: de Carlos Baudelaire. Remitimos a Fuentes el número 377, de 26 de agosto último, que LA ESTAFETA LITERARIA dedicó a Baudelaire, un poeta que pareció nefando y hoy es clásico.

No mencionando la paternidad del párrafo en su libro Carlos Fuentes, y no mentándola por consiguiente tampoco Carlos Robles en su carta, la exclamación parece propia del primero. Y de todas formas, envuelve otra contradicción en sus términos, pues si la belleza poética se *duplica* a costa de la moral, no es *indiferente* que venga del cielo o del infierno. Por eso Baudelaire escribía «Las flores del mal» y no las flores del bien.

Entre el cielo y el infierno convencionales (convencionales en el sentido con que emplea estas palabras Baudelaire, y en su época y ambiente literarios) ha surgido el cuarto de baño, el agua corriente por los grifos y cisternas. Mucho más corriente hoy que entonces. El presunto satanismo del escritor, que pudo ser asunto de juicios morales de alto coturno, ahora es una cuestión de higiene.

«La literatura, como la vida, no es censurable», clava y remacha el escritor mejicano. Prescindiendo de que ni la literatura ni la vida se reducen a unos solos párrafos o a una

sola obra de un solo escritor, si no se censurasen las cosas censurables de la vida, daría más asco vivir. Ni la moral marxista que Fuentes parece haber profesado de algún modo según sus palabras a Ullán, ni la cristiana, ni la hebrea, ni la islámica, ni la china, ni ninguna moral imaginable pueden admitir el endiosamiento sin límites de cualquiera que no admita censura de ninguna especie. El escritor, mientras siga siendo *un* hombre, no podrá ser *el* hombre. Mientras quiera ser hombre entre los hombres, no querrá ser Alá. Guardará las reglas de la convivencia humana, aunque proteste. Y protestará, como Cervantes, con la fuerza de la inteligencia, de la superación, de la generosidad, de la hombría de bien.

En las ilustraciones del artículo que comentamos, mientras la efigie de Cervantes ocupa cincuenta centímetros cuadrados, la de Fuentes ocupa quinientos. A la sombra de las dos, Fuentes dispara: «Si Cristo regresara a España, sería encarcelado, juzgado y pasado por las armas.»

Ya lo fue muchas veces por cierto, en efigie, y en unos años que a Fuentes le gustan. Así es que, otra vez, se le va la mano y la lengua.

Y otra vez, de una manera exagerada y que me parece divina, cuando sin darse cuenta escribe *regresara*. Da a entender que algún tiempo Cristo residía en España. ¿Podrá ser cuando Teresa de Jesús y Juan de la Cruz daban pie literario para que los escritores de lengua castellana escribiesen la literatura más clara y limpia del mundo?

(1) Transcribimos dos artículos de la Ley de Prensa e Imprenta dada el 18 de marzo de 1966, *Boletín Oficial del Estado* del 19:

«Art. 3.º *Consulta voluntaria*. — La Administración podrá ser consultada sobre el contenido de toda clase de impresos por cualquier persona que pudiera resultar responsable de su difusión. La respuesta aprobatoria o el silencio de la Administración eximirán de responsabilidad ante la misma por la difusión del impreso sometido a consulta.»

El Decreto 754/1966, de 31 de marzo del mismo año, puntualiza que podrán formular consulta voluntaria a la Administración el editor, el autor, cuando éste edite su propia obra; el traductor, cuando éste edite la obra traducida; o el impresor, cuando ninguno de los anteriores pretende publicar la obra por su cuenta.

El mismo Decreto obliga a la Oficina consultada a emitir respuesta en plazo no superior a treinta días hábiles por cada volumen que le haya sido presentado. El silencio de la Administración ante el consultante o quien le represente, cumplido dicho plazo, «eximirá de toda responsabilidad administrativa por la publicación y difusión de la publicación unitaria sometida a consulta. En la citada Oficina, en todo caso se entregará documento acreditativo de la fecha en que se presente el texto y en que comparezca el consultante o quien le represente.»



EL
ESPECTACULO
MAS
PORNOGRAFICO
DEL MUNDO
ES
LA CENSURA

me hago responsable de todos los artículos sin firma aparecidos en él— hemos injuriado a España. España no es el Sr. Piquer ni el lec

hombre le debe al mundo" una idea de lo que representa el lenguaje como obra revolucionaria merece ese calificativo despectivo? No nos

El lugar intelectual DE MORENTE

GONZALO FERNANDEZ DE LA MORA

Uno de los problemas críticos capitales que plantea un pensador es el de situarlo, con la mayor exactitud posible, dentro de la historia del espíritu. No es un simple problema geográfico que se resuelva con la aportación de un topónimo, porque la oriundez es un rasgo de escasa significación filosófica. Tampoco es una mera cuestión cronológica a la que se conteste con la indicación de una fecha, porque distintas corrientes y escuelas suelen darse simultáneamente. Esta habitual convivencia de doctrinas dispares exige el descenso a un nivel más profundo, al de los contenidos afirmativos. Situar a un pensador no es sólo encuadrarlo en un contexto espaciotemporal, es además averiguar su filiación conceptual, su especie y género filosóficos.

Manuel García Morente nace en la provincia de Jaén en 1886. Pero sus años de formación transcurren en Francia (1895-1906). Estudia el bachillerato en Bayona, y la carrera de Letras en París. Muy joven pierde la fe. Dos viajes de estudios a Alemania:

uno a Berlín en 1901 y otro a Marburgo en 1902. Desde 1908 hasta su muerte en 1942 reside en Madrid, salvo los años de la guerra civil, que transcurren en París, Tucumán (Argentina) y el monasterio de Poyo (Pontevedra). En la gran crisis bélica de 1936 se alinea frente a la República, es decir, con el Alzamiento: su exilio sólo ha durado desde el 1 de octubre de 1936 hasta el 26 de junio de 1938. Las coordenadas espaciotemporales nos sitúan, pues, a Morente en la cultura hispano-franco-germana del primer tercio del siglo XX. Pero esta primera delimitación es muy insuficiente. Múltiples direcciones filosóficas coexisten en Berlín (empiriocriticismo, neokantismo, historicismo, fenomenología, filosofía de los valores, existencialismo, etc.), en París (positivismo, contingentismo, idealismo, intuicionismo, etcétera), y en Madrid (krausismo, neoescolasticismo, vitalismo, etcétera). ¿Dónde se encuentra nuestro pensador? Esta es la decisiva incógnita que procede despejar.

1903



La etapa formativa: Kant

En Morente hay tres períodos, respectivamente definidos por la influencia de Kant, de Ortega y de Tomás de Aquino. Cada uno de ellos sucede al anterior. Corresponden a la primera época su tesis doctoral *La estética de Kant* (1911), el libro *La filosofía de Kant* (1917), y las traducciones de *Crítica de la razón práctica* (1913), en colaboración con E. Miñana, *Crítica*

1912



La etapa de transición: Ortega

José Ortega y Gasset es el nombre que nos da el meridiano de la segunda época. Los testimonios más caracterizados son las glosas y reseñas de libros de Ortega, publicados por Morente en el diario *El Sol* y en revistas, incluso en la propia *Revista de Occidente*. ¿Fue tan intensa la huella de Ortega como la de Kant? Por lo pronto fue mucho más corta, apenas un

del juicio (1914), *Fundamentos de la metafísica de las costumbres* (1921) y *Crítica de la razón pura* (1928). Morente, que había descubierto a Kant durante su estancia en Marburgo, entonces dominada por los neokantianos con Cohen a la cabeza, respira dentro del sistema del azor de Koenigsberg un cuarto de siglo. «Neokantiano» se llama a sí mismo; pero ¿aporta algo al sistema? No; su kantismo es divulgador y masorético. No dio pasos creadores dentro de la escuela. Fue, muy probablemente, el mejor conocedor y, sobre todo, el mejor expositor de Kant que hemos tenido; pero ello no bastaría para incluirle en la historia del pensamiento. Si Morente no hubiese rebasado la etapa kantiana ocuparía un lugar insignificante en la cultura española: su nombre no sería mucho más importante que el de J. del Perojo, también traductor de Kant. El kantismo tuvo para nuestro pensador un considerable valor formativo y, aunque permite situar intelectualmente al Morente primero, que fue el de menos interés conceptual, deja inexplicado al de transición y al de madurez.

Dentro de un sistema se está verdaderamente cuando, por poco que sea, se contribuye a forjarlo. No fue éste el caso de Morente respecto del kantismo, lo que me induce a creer que su adhesión no fue profunda. Por eso pudo cambiar bruscamente de posición. No es fácil determinar exactamente el año. En 1924 Ortega publicó su artículo *Reflexiones de centenario*, decepcionante para leído hoy, pero que debió producir una cierta impresión en Morente, ya seducido por la brillantez de su amigo y colega de claustro. Allí se llamaba al kantismo «la inútil precaución», es decir, se le aplicaba el subtítulo de la pieza de Beaumarchais *El barbero de Sevilla*. Este frívolo e improcedente gesto revelaba un despectivo desahucio del kantismo. Por entonces debió empezar Morente su deslizamiento desde Kant hacia un nuevo planeta.

decenio; y, por añadidura, epidérmica. La clave para medir la actitud de Morente ante el raciovitalismo se encuentra en la última de las Lecciones preliminares de Filosofía (1939), a cuyo texto taquigráfico su autor no tuvo ocasión de dar un último pulimento. Dicha lección se titula *Ontología de la vida*. Era el gran tema de Ortega y, sin embargo, aunque Morente cita a su compatriota reiteradamente, monta la exposición sobre Heidegger. Corría el año 1938, y para Morente, que conocía los cursos y las tertulias de Ortega, no podría ser un secreto lo que después de la publicación póstuma de *Unas lecciones de metafísica* (1965) ya es una evidencia crítica, a saber, que los elementos torales del «programa raciovitalista—Ortega no llegó a elaborar un sistema—son préstamos heideggerianos. Morente es definitivo en su justiprecio cuando, al llegar al nudo de la cuestión, olvida las metáforas orteguianas y se remite pura y simplemente a la tesis de Heidegger: «la estructura ontológica de la vida es el tiempo». El balance del período orteguiano de Morente es, pues, muy modesto. Estamos ante un orteguismo más afectivo que lógico, más literario que metafísico, más circunstancial que categórico, más social que conceptivo. Ni Morente aporta desarrollos al raciovitalismo, ni lo valora con entusiasmo en el momento expositivo culminante. Incluir, por tanto, a Morente en la llamada «Escuela de Madrid», o sea, en el reducido y epigonal círculo de Ortega, no es correcto en el sentido filosófico; es «wishful thinking» de los incondicionales. En mi opinión, la influencia de Ortega en Morente no fue adoctrinadora, sino en cierto modo catalizadora: le alejó del kantismo y le sumió en el desencanto y en la perplejidad. Así se preparaba el camino hacia la conversión. La segunda etapa, escuetamente transitoria, desemboca en la postrera o de madurez.

La etapa de madurez: Tomás de Aquino

En la noche del 29 al 30 de abril de 1937 Morente tuvo, en su domicilio de París, una experiencia mística. En su manuscrito *Hecho* extraordinario, publicado por primera vez en 1951, casi un decenio después de la muerte del protagonista, se describe así aquella intuición suprasensible: «Allí estaba El. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero El estaba allí; su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo, que nada es comparable al deleite que yo sentía. Era como una suspensión de todo lo que en el cuerpo pesa y gravita, una sutileza tan delicada de toda mi materia, que dijérase no tenía corporeidad, como si yo todo hubiese sido transformado en un suspiro o céfiro o hálito.» Inmediatamente, Morente escribe al abate Jobit para rogarle que le gestione un permiso de residencia por dos meses en la abadía benedictina de Ligugé. Es su retorno al catolicismo. El 27 de abril de 1938 expresa en una larga carta al obispo de Ma-



drid-Alcalá el deseo de «recibir las sagradas órdenes», y el 1 de enero de 1940 celebra su primera misa.

La repercusión filosófica de este giro espiritual, que de modo más o menos soterrado se venía incoando desde tiempo atrás, es enorme. La nueva etapa se inicia con la conferencia *Idea de la Hispanidad* (1-VII-1938) y concluye con el cursillo *Problemática de la vida* (14, 21 y 28-II-1942). Pero los textos metafísicamente reveladores se hallan en las lecciones *La razón y la fe en Santo Tomás* (7-III-1940) y *Análisis ontológico de la fe* (4-VIII-1942). La figura que ahora ocupa el vacío dejado por Kant es el aquinatense. La revolución es copernicana: «la nueva ontología realista—escribe—sustituye al postulado ya caduco del idealismo filosófico», y condena «la sima del subjetivismo». La exaltación del maestro es plenaria: «Santo Tomás es el filósofo clásico por antonomasia. Acaso Aristóteles pudiese aspirar a disputarle en esto la primacía. Pero hay un punto en que Santo Tomás aventaja a Aristóteles en clasicismo..., el concepto de Dios. El cristianismo de Santo Tomás es, pues, el que exalta al extremo máximo su clasicismo fundamental». El planteamiento de la cuestión filosófica es ya en Morente típicamente tomista: «el hombre dispone de un conocimiento de lo que naturalmente no podría conocer, y tiene para conocerle un órgano, que es propiamente el acto de fe», «la razón y la fe son complementarias»;

«necesariamente, por tanto, han de coincidir la revelación y la razón, que proceden ambas de la absoluta verdad de Dios». Y Morente concluye: «la filosofía deberá tener por axioma cierto que toda supuesta demostración racional de la falsedad de un artículo de fe ha de ser necesariamente falsa y sofística». Este período de madurez de nuestro pensador está bajo el signo de Tomás de Aquino, no porque su filosofía sea un instrumento al servicio del dogma, sino porque «es filosofía verdadera; que, por serlo, resulta cristiana».

El lugar intelectual del Morente de la madurez es la «philosophia parennis»; pero no como punto de llegada, sino como base de partida. La teoría de los valores, el intuicionismo y no pocos elementos metodológicos del historicismo y de las ciencias puras permiten a Morente ensanchar el horizonte tomista. Una síntesis de la voluntad integradora y renovadora de Morente se encuentra en este texto pentagonal: «el acto de fe es el método adecuado al conocimiento de la realidad sobrenatural; la intuición intelectual es el método adecuado al conocimiento de la realidad sobrenatural; la experimentación, el adecuado al conocimiento de la realidad física; la teleología, el adecuado a la realidad viviente; y la biografía el adecuado a la realidad histórica». Sin embargo, la actividad creadora de Morente durante este período final se centra en la *Filosofía de la Historia*.

UNA TEORIA DE ESPAÑA

¿Por qué fija Morente su atención sobre el ser nacional? No por motivos políticos de carácter circunstancial. La adhesión de Morente al Alzamiento data del 25 de octubre de 1936. Entonces se dirigió al presidente de la Junta Técnica de Burgos, general Dávila, para expresarle su solidaridad, exponer los motivos familiares de su exilio temporal, y recordarle que colaboraba con los «servicios de prensa y propaganda» de la representación oficiosa de Franco en París. Morente había sido subsecretario con la monarquía, y jamás hizo profesión de fe republicana. Huyó del Madrid frentepopulista a los dos meses del Alzamiento. Todo esto prueba que las ideas políticas de Morente no habían sido nunca revolucionarias, y que su pronunciamiento por la España nacional se produjo desde la primera hora y medio año antes de su conversión religiosa. Los verdaderos motivos de su orientación temática se encuentran en la historia intelectual de nuestro pensador. Morente no era un metafísico «sensu stricto». Su cátedra era de *Ética*, y sus libros estaban dedicados a historiar el pensamiento: *La filosofía de Kant* (1917), *La filosofía de Henri Bergson* (1917), y las ya citadas *Lecciones*. El más creador de sus trabajos anteriores a la emigración era *Ensayos sobre el progreso* (1932), una investigación de filosofía de la historia. Estos antecedentes ponen de manifiesto que Morente, al consagrar su madurez al tema de la Hispanidad, no hizo otra cosa que ser fiel a su vocación historicofilosófica, y atender al asunto que le era más próximo en el espacio, en el tiempo y en el amor. En suma: la teoría de España refleja al Morente consecuente y más auténtico, y es ella la que, además, confirma la ubicación tradicional de su pensamiento.

Recordemos las tesis. «Ser español es actuar de modo homogéneo a como actuaron nuestros padres y abuelos.» Ello implica un tradicionalismo fundamental, ya que «tradicción es en realidad la transmisión del estilo nacional de una generación a otra». Y ese estilo se «simboliza en la figura del caballero cristiano»; «el español ha sido, es y será siempre el caballero cristiano». «España es esencialmente idéntica a religión cristiana; luego España cristiana ha de ser nuestro ideal». «La unidad de las naciones hispánicas debe cimentarse principalmente sobre la unidad de religión.» «El catolicismo es consustancial con la definición misma, con la idea misma de la Hispanidad.» «Si esos ideales más o menos europeizantes, que de vez en cuando, desde 1700, algunas minorías de refinada cultura propusieron a España, han sido siempre al fin rechazados o desatendidos por nuestro pueblo, es porque en el fondo no eran españoles, no estaban de acuerdo con la esencia y estilo de la personalidad nacional, y representaban imposibles históricos.» «España no necesitaba, no necesitó nunca europeizarse, porque España era Europa misma, era la comarca, después de Italia, más antigua de Europa.» «Una España que ya no fuera la misma de los Concilios toledanos, la misma de Alfonso II, la misma de Fernando el Santo, la misma de los Reyes Católicos, la misma de Felipe II..., sería una España no hispánica, una España sin esencia de hispanidad; sería el hueco de España, la tumba, la sepultura de España.»

¿Cuál es el lugar intelectual de esta teoría? Desde luego no es ni el krausismo—crítica patriomasquista—, ni el noventayochismo—amor amargo—, ni el orteguismo—europeización secularizada—. Está en los antípodas de España invertida

brada (1921); pero tan cerca de *Defensa de la Hispanidad* (1934), de Maeztu, que sería inexplicable sin ella. A lo que más recuerdan los textos de Morente antes citados es al pugnaz *Brindis del Retiro*, de Menéndez Pelayo. Ni más ni menos. Morente, gracias a su teoría de España, puede ser localizado dentro de la concepción tradicional del mundo y, con mayor exactitud, en la escuela de don Marcelino y del más contrarrevolucionario e impetuoso de sus discípulos, el Maeztu converso. Si Morente en su segunda época respira, más o menos tímidamente, la atmósfera de la *Revista de Occidente*, el de la tercera y definitiva dilata el espíritu de *Acción española*. Por cierto que en sus periódicas páginas fue apareciendo el libro de Z. García-Villada, *El destino de España en la Historia universal* (1936), que es el antecedente directo del título más representativo de Morente, *Ideas para una filosofía de la Historia de España* (1942).

SENTIDO DE UNA EVOLUCION

Tres lugares intelectuales ocupó Morente. ¿Cabe integrar la trifásica trayectoria? Es claro que sí. Al final, el kantismo no representa para Morente más que tomismo, por ejemplo, para Brentano; es un poso pedagógico, un background intelectual. Kant fue un lugar de paso, no de permanencia. Y lo que revela a un filósofo es el sistema de su definitivo empadronamiento. Todavía más «transitiva» fue la anécdota orteguiana de Morente, entre otras causas, porque el raciovitalismo tenía poca sustantividad metafísica original. Los empeños creadores de Morente no arraigan ni en el kantismo, ni en el orteguismo. El pensamiento morentiano brota en la etapa de madurez. Fueron sólo cuatro años, a los que habría que restar los dos de formación sacerdotal. En este corto lapso se encuentra no ya el Morente genuino, sino, prácticamente, todo el Morente que merece pasar a la historia del pensamiento español.

¿Qué habría acontecido si esta vida se hubiera prolongado más allá de los exiguos cincuenta y seis años? El Morente kantiano y orteguiano era infatigable como traductor (Descartes, Schiller, Rickert, Goetz, Spengler, Brentano, Uexkuell, Keyserling, Husserl, etc.), único como profesor y prodigioso como reconstructor de esquemas ajenos; pero prácticamente inexistente como creador filosófico. Su conversión le permitió encontrarse a sí mismo e iniciar una carrera, breve y entrecortada, aunque extremecida de intención inventiva. De haber sobrevivido una década, probablemente nos habría legado una *Ética* y una *Filosofía de la Historia*, desde luego, en la línea a que apuntan sus últimos escritos. En ningún caso hubiera rectificado: salvadas las etapas de tránsito, habría seguido inflexiblemente el trazado camino. A la vista de sus escritos maduros y, sobre todo, atendiendo a la ecuación de su curva mental, el lugar del Morente mejor y del Morente históricamente posible es sólo uno: la concepción tradicional del mundo, que es, con la salvedad de Ortega, la dominante en la filosofía española contemporánea, empezando por sus cabezas visibles: Amor-Ruibal, D'Ors y Zubiri. La impaciencia de Morente y la desnarigada se lo llevaron demasiado pronto; pero tuvo tiempo bastante para testimoniar cuál era su sitio.

AUNQUE soy hombre más trasnochador que madrugador, durante aquellos cursos de 1933 a 1936 salía temprano de mi casa para coger el autobús que, a las ocho de la mañana, paraba en la calle de Ayala esquina a la de Velázquez. Madrid era entonces una ciudad tan afable y provinciana que si retrasaba mi salida por el portal de Ayala y veía venir ya al autobús por la calle, el conductor lo detenía cortésmente junto a mi casa. Subía, agradecido, y lo dejaba en la plaza de la Moncloa. Allí, después de cruzarla con mi carga de apuntes y de libros, y mi pierna cojitranca, me introducía en la apretujada masa que llenaba otro autobús, un cacharro estrepitoso que nos conducía a los estudiantes de Filosofía y Letras hasta la Ciudad Universitaria. Y así todas las mañanas.

LA AMADA FACULTAD

Algunas veces tomaba las cosas con tanta anticipación que encontraba a la Facultad con las puertas cerradas. Pero me agradaba pasear un poco por allí y contemplar aquel joven edificio en el que se encerraban, por entonces, mis principales amores y mis más ardientes esperanzas. Porque yo quería a la Facultad con una ilusión de amada. Este sentimiento me condujo inevitablemente —«ineluctablemente», hubiera dicho él— a una fervorosa amistad con su Decano.

Don Manuel García Morente era, ante todo y sobre todo, eso: el Decano. El decano por antonomasia, el decano por amor y labor, el decano por unánime elección de todos. Rondaba, por entonces, los cincuenta años y, la verdad, su aspecto físico era bien ajeno al de un

GARCIA MORENTE, Decano por Antonomasia

DARIO FERNANDEZ-FLOREZ

profesor de filosofía. Hombre bajo, su cuerpo andaba mal repartido en su estatura. Pues a una poderosa cabeza y a un tronco muy desarrollado unía unas piernas sorprendentemente cortas. Por lo demás, ostentaba unas largas y picudas patillas, que daban a su rostro socarrón un aire entre de músico y de cuatrero andaluz. Andaluz lo era, pues había nacido en Arjonilla, un pueblo jiennense, y músico también.

Durante tres años, García Morente me introdujo en la filosofía y en la filología francesa. A mí, la verdad, la filosofía nunca se me dio muy bien y, por entonces, me enredaba fácilmente en ella. No lograba entender las profundidades de Zubiri, que aún ahora me cuestan muchas relecturas, y tan sólo penetraba las palabras de García Morente. Algunos decían, por ello, que era un profesor facilón, pero a mí se me antojaba, precisamente por eso, que, como profesor de una introducción a la filosofía, era mejor que nadie. Por ello, me sentaba todas las mañanas en el primer banco del aula, próximo a su cátedra, y tomaba cuidadosos apuntes de sus enseñanzas. Estas acudían a sus labios tras un momento de concentración y de silencioso recogimiento y, formuladas despacio, con una voz rica y caliente, eran siempre muy claras. Lo mismo si trataba de Platón o de Aristóteles, que si se ocupaba de su admirado Kant o de su amado Bergson. Todo se entendía tan bien que uno se pensaba ya ser un filósofo en ciernes. Pero, ¡ay!, en cuanto aquella voz callaba volvían las dificultades.

Otras veces, en lugar de aprender junto a él filosofía, me sentaba en familia —éramos cinco o seis tan sólo los alumnos que acudíamos a su clase de filología francesa— y le dábamos vueltas a Corneille y a Racine. Un curso hube de hacer de Tito, en la lectura de Bérénice, y los versos de Racine no sonaban muy bien en mi dicción defectuosa. Pero García Morente tenía una paciencia a veces inagotable, especialmente si se trataba de enseñar cultura francesa, pues aunque había estado en Marburgo, y con Ortega, había hecho su liceo en Bayona y obtenido su licenciatura en París. Por lo cual amaba lo francés y, sin ser un afrancesado, mezclaba a su acento jiennense algunos galicismos.

LAS REVISTAS

Me enseñó, pues, muchas cosas, como profesor, don Manuel García Morente. Pero aún más me aleccionó como decano. Pues nuestro amor a la Facultad cuajó en una revista que yo andaba proyectando durante algún tiempo y que nos hizo entablar un más directo contacto.

Soy un enamorado de la historia y con este título, después de muchos trajines y auxiliado especialmente por Carlos Alonso del Real, hoy catedrático, logré sacar durante el curso de 1934-35 una revista realizada por los alumnos de esta sección de la Facultad. He narrado ya en otro lugar, en mis Memorias de un señorito, y con cierto detalle, la curiosa génesis de Historia, el generoso apoyo del decano y la aturdida entrevista que en aquella ocasión tuve con don José Ortega y Gasset en el local de la Revista de Occidente, pues a verle me mandó, con ejemplar modestia, García Morente, para obtener la aprobación a nuestro proyecto del gran escritor y filósofo, que inspiraba toda la actuación de nuestra Universidad.

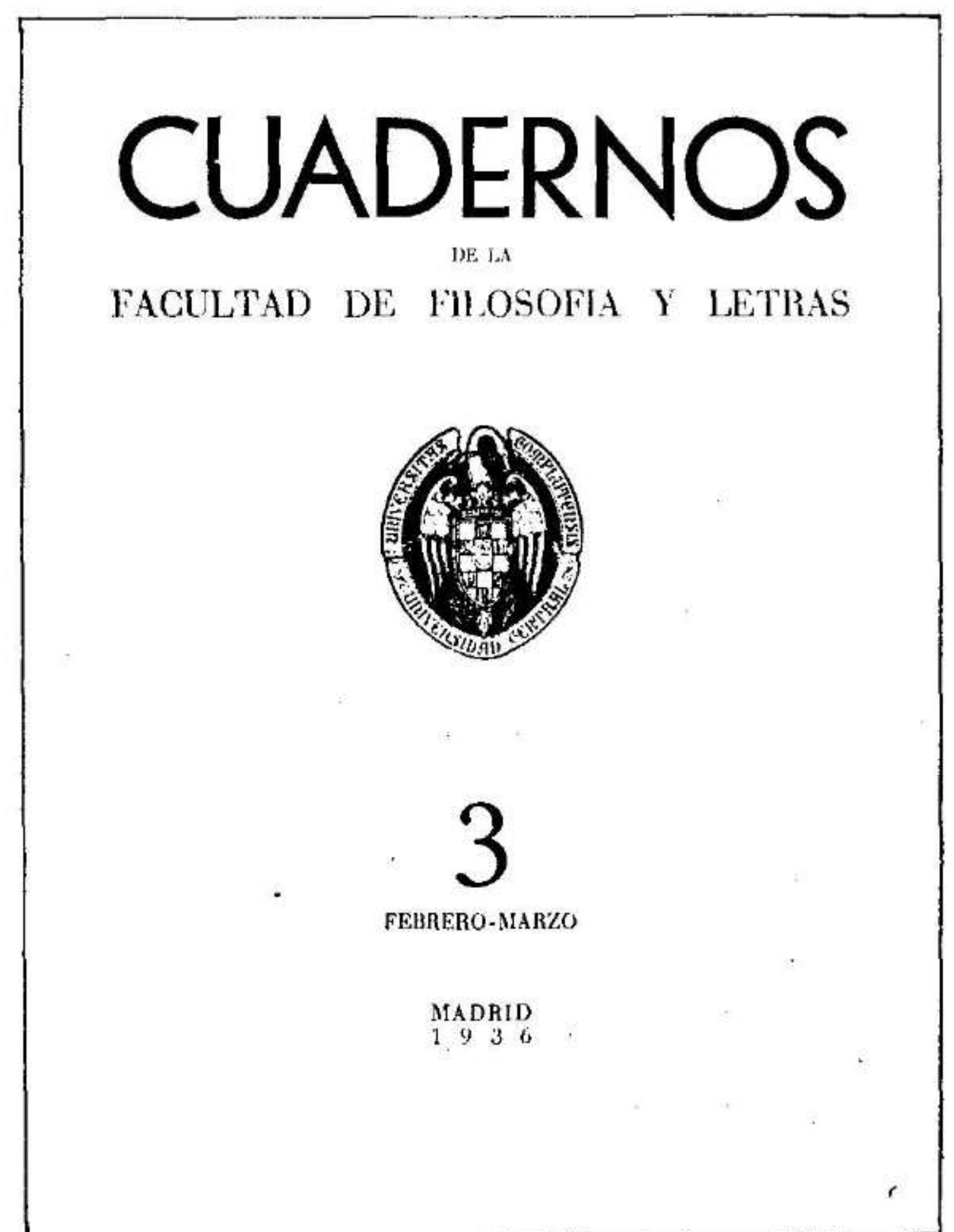
Bien conocida es la esporádica trayectoria de la mayor parte de las revistas universitarias. Creo que Manolo Ballesteros había sacado ya una anteriormente y, por otra parte,

existían Prisma y Almena, entusiastas tanteos de Luis Ponce de León, ahora director de ESTAFETA, por entonces un chaval del preparatorio. Y, por ello, empecé mi amor propio en que Historia no se redujera a publicar un par de numeritos y a fenecer después sin pena ni gloria. Lo logré, y en vista de ello el decano me propuso ampliar la revista en el curso siguiente, para que ésta comprendiera no sólo trabajos históricos, sino los de todas las secciones. Vi en ello muchas dificultades, dado el individualismo estudiantil que siempre impidió en España el trabajo de equipo. Pero tanto me insistió García Morente, se mostró tan generoso, que así nacieron los Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, revista que sacó cumplidamente sus cuatro números, hasta que la guerra, caso de fuerza mayor según el código, dio al traste con ella. Y así se produjo el sorprendente caso de que yo dirigiera a unos alumnos mucho mejor preparados y más inteligentes que yo, como eran Antonio Tovar, Julián Marias, Luis Rosales, Alonso del Real y otros, entre los cuales es digno de mención un sosegado teniente de carabineros, José Galán Rodríguez, hermano del Fermín de Jaca, estudiante de semíticas y hombre que fue en nuestra guerra coronel de las fuerzas gubernamentales y que, según noticias, llegó a general o a mariscal del ejército ruso en la última contienda mundial. Mi

solo mérito, pues, quizá consistiera en mediar incesantemente entre aquellas poderosas y opuestas personalidades y en haber publicado a todo trance, y trabajando lo mío, todos los Cuadernos prometidos.

EL INTELLECTUAL EN SU DESPACHO

Con estas cosas no sólo me entrevistaba con García Morente en su despacho del decanato, sino que algunas veces me citaba en su casa. Eramos casi vecinos, pues vivía en la calle de Don Ramón de la Cruz, en un piso que, para vergüenza de la instrucción pública española, era más modesto que el mío, y eso que yo nunca habité una mansión lujosa. Mas para llegar a su puerta había que subir a pie dos pisos. Y para alcanzarlo a él en su despacho, saltar innumerables montones de libros. Yo encontraba a veces cierta dificultad en la práctica de aquel alpinismo bibliográfico y entonces él me cogía por el brazo para ayudarme a llegar hasta un sillón o un sofá enterrado entre los libros. Allí se daba uno cuen-



ta de dónde nacía la tremenda cultura de aquel hombre que era no sólo un profesor, sino también un traductor extraordinario. Que había vertido al castellano obras tan amplias como la Historia Universal, dirigida por Walter Goetz, y tan importantes como La decadencia de Occidente, de Spengler; el Diario de viaje de un filósofo, del conde de Keyserling, e infinitos tomos de Kant, Leibniz, Wörringer y otros autores alemanes y franceses. A más de dirigir aquella inapreciable «Colección Universal», que bajo sus modestas tapas amarillas ofrecía al lector un vasto y escogidísimo panorama literario.

Entre aquel caos, también medio enterrado por los libros, relucían los negros barnices de un piano. Pues García Morente era no sólo un melómano capaz de extasiarse con una sinfonía de César Frank, o con la Pavana para una infanta difunta, de Ravel, sino que tocaba y componía bien, e iba a los conciertos con la partitura en la mano. Lo recuerdo en los que organizaba en el teatro de la Comedia de la Sociedad Filarmónica, a la que yo también pertenecía, siguiendo con la partitura una fuga de Bach tocada con el clavecín con manos blanquísimas y prodigiosas por aquel fantasma siempre aterciopelado en negro que era Wanda Landovska.

LA GUERRA

La guerra quebró todo, nos dispersó a los cuatro vientos y al reencontrarnos, los que pudimos reencontrarnos, ya éramos otros. García Morente dejó de ser decano, y en virtud de aquel místico Hecho extraordinario que le ocurrió en la noche del 29 al 30 de abril de 1937, emigrado en París, y que tan emotivamente ha narrado, iba para cura en el semi-

nario de Madrid. Yo había dejado de ser un estudiante hijo de familia para iniciar rumbos más duros. Pero volvimos a encontrarnos en un lugar insospechado.

ENCUENTRO EN EL SEMINARIO

Fue García Morente quien me llamó un día por teléfono en nuestra difícil e inmediata posguerra del invierno de 1939 al 1940. Quería que fuera a verle al seminario. Fui, naturalmente, y en aquel horrible y desolado case-rón, que mostraba todavía los estragos de los bombardeos y en el que un viento glacial cruzaba libremente los largos pasillos, las estancias desamuebladas y las ventanas tuertas de cristales, nos reunimos en una fea sala. A mí me impresionaron su figura ensotada, su tez pálida, que ya no mostraba aquellos colores de buen comilón.

Un hecho curioso provocó nuestro encuentro y su deseo de hablarme. Durante la guerra yo había escrito una larga novela. Una novela que olía a encierro, a diccionario de la Real Academia, a lecturas de clásicos y a mal entendidas herencias quevedescas. Zarabanda, que era su título, obra falsa y fracasada, no poseía ninguna de las condiciones novelísticas que yo le atribuía en aquel momento. Pero acabada la guerra se la había presentado a la editorial Espasa-Calpe. En donde García Morente figuraba, entonces, como asesor literario, circunstancia que yo desconocía.

La novela, pues, había ido a parar a sus manos y al ver mi nombre la había leído con todo cuidado y con una especial atención. Ya que sus páginas mostraban repetidos rastros de sus enseñanzas. Me habló, pues, de Zara-

banda un rato. No me ocultó sus defectos, pero trató más bien, generosamente, de sus escasas virtudes. Y de pronto, con un cierto temblor de curiosa emoción, me preguntó sobre la realidad actual de la protagonista de mi novela. Le dije la verdad, que se había casado con un famoso artista italiano, cuyo nombre ahora callo. Me escuchó muy interesado y le vi con ganas de decirme algo. Como si hubiera intuido el destino dramático de aquella entonces joven y también conocida mujer. Pero no dijo nada y giramos nuestra conversación con cierto púdico reparo.

FINAL

Después lo encontré algunas veces en los salones de la revista Escorial, según creo. Y al cabo, la noticia tremenda de su prematura muerte me privó para siempre de su amistad, aunque no de su fervoroso recuerdo.

Fue, sí, hombre extremado García Morente. Y, por ello, atacado. Tenía sus defectos, es cierto. Decían que era caprichoso, injusto, atrabiliario, como personalidad apasionada. Que gustaba de acudir a los tés de las condesas que lo admiraban. ¿Y por qué no iba a dejarse mirar por aquellas señoras si eran guapas? Que no soportaba la necedad, que la ignorancia le impacientaba. Sí, padecía, como tantos intelectuales, lo que Unamuno llamó «la enfermedad de Flaubert». ¿Y qué más? Poco más. Muy poco más. En cambio, sus virtudes y sus dotes fueron muchas y muy variadas. Mas para mí, como para tantos estudiantes de aquel tiempo que se hace ya harto lejano, su principal condición fue la de ser un insuperable decano de la más brillante y acogedora Facultad de Filosofía y Letras que pueda imaginarse.

MORENTE, FILOSOFO de la VIDA

ANTONIO MILLAN-PUELLES

LA filosofía de Morente no fue tan sólo un haz de pensamientos hondamente «vivididos», sino, sobre todo y ante todo, una teoría de la «vida» misma, en el sentido de que su horizonte lo fue siempre el humano vivir, el ser del hombre como algo permanentemente disponible y en continua forja de sí propio. Y si lo primero —el hecho de vivir sus pensamientos— se explica por la idiosincrasia de Morente, que en todas las ocasiones supo ser lo que se llama un hombre de una pieza, lo segundo, la preocupación por el problema de la existencia o de la vida humanas, sobrepasa el perfil del inolvidable maestro y representa un componente típico del modo español de ser.

Con ocasión del XXV aniversario de la muerte de Morente he publicado hace muy poco, en «ABC», una evocación personal que se refería, más que nada, al aspecto del profesor como docente activo en la cátedra, precisamente allí donde el maestro pudo ser vivido por sus propios discípulos en una forma directa y personal. Tal experiencia es insustituible, y lo único que cabe hacer respecto de ella es evocarla, es decir, «re-cordarla», en el etimológico sentido de volver a traerla al corazón. Pero el lector de LA ESTAFETA LITERARIA quiere tal vez algo más. Y se me ocurre que ese algo más puede serlo la consideración del pensamiento vitalista de Morente, realizada a través del «hecho extraordinario», íntimamente enlazado con la conversión.

UN VIVIR QUE SE VA HACIENDO

El vitalismo filosófico de Morente desborda los límites de una etapa biográfica. No es algo que en exclusiva pertenezca a un momento determinado, a una precisa y delimitada fase de la evolución del pensador. Y no es que Morente no evolucionara —menos que a nadie podría convenirle a él esa especie de parálisis mental—, sino que, a través del desarrollo de sus propias ideas, el vitalismo fue como una cons-

tante, como un permanente núcleo que a cada trance se iba enriqueciendo.

¿De dónde le vino a Morente este esencial vitalismo? Antes he dicho que se trata de algo cuya raíz estriba en el modo español de ser. Pero esto no basta. Para ser más exactos, y más justos, es preciso añadir que la teoría vitalista de Morente tuvo su origen próximo en la filosofía de su maestro Ortega. Morente fue un extraordinario admirador de Ortega, antes de convertirse... «y después». Quienes le oímos cuando ya se había hecho sacerdote, podemos dar fe de ello. Y me parece pura y simple justicia el señalarlo frente a cualquier maniobra que pretenda pintarnos a un Morente «encogido» en sus íntimas convicciones, como si éstas se hubieran visto obligadas a reprimirse y a llegar hasta el límite del sacrificio, en aras de una determinada situación político-cultural. (No creo que nadie de los que entonces oímos las clases de Morente pueda dar testimonio de ese pretendido sacrificio. Seguramente hizo Morente muchos, empezando por el de seguir dando las clases en la Universidad, cuando él prefería hacer la vida de un mínimo y sencillo sacerdote. Así nos lo dio a entender sin ningún énfasis, con su sinceridad habitual y, ¿por qué no decirlo?, con una conmovedora y ejemplar obediencia a quienes le indicaron lo contrario.)

Pero estábamos —perdóneme el lector la digresión— en que Morente recibió de Ortega su esencial vitalismo, su preocupación por el problema de la vida humana como un vivir que se va haciendo a sí mismo en cierto modo, a golpes de libertad. También es lógico que un profesor de Ética tuviese esta fundamental preocupación por lo que hoy llamaríamos el tema «existencial» por excelencia. Pero lo que resulta abrumadoramente sintomático es que en las páginas en que Morente cuenta el «hecho extraordinario» —nada menos que su vivencia mística de Cristo «con absoluta e indubitante evidencia»—, la misma preocupación surge de nuevo, como un «leit motiv» indestructible. «Desde que empezó la guerra yo no había intervenido, ni poco ni mucho, en mi propia vida, en la contextura real de los hechos de

mi propia existencia. Mi vida, los hechos de mi vida, se habían hecho sin mí, sin mi intervención. En cierto modo cabría decir que yo los había presenciado, pero de ningún modo causado. ¿Quién, pues, o qué o cuál era la causa de esa vida que, siendo la mía, no era mía?»

CONTRADICCION: LA PROPIA VIDA, AJENADA

La pregunta final de este pasaje nos pone de manifiesto la íntima tensión que en aquellos instantes se producía entre una serie de acontecimientos personales, por un lado, y la teoría vitalista del pensador, por otro. «Había aquí una contradicción evidente. Por un lado, mi vida me pertenece, puesto que constituye el contenido real de mi ser en el tiempo. Pero, por otro lado, esa vida no me pertenece, no es, estrictamente hablando, mía, puesto que su contenido viene, en cada caso, producido y causado por algo ajeno a mi voluntad.» Esta contradicción, de la que Morente habla, es impensable sin el supuesto de su vitalismo. Se trata de una antinomia que, como tal, únicamente puede ser vivida por un vitalista del cuño de Morente. Porque el problema que éste vive entonces se puede resumir de esta manera: pero, ¿quién es quien, de verdad, hace mi vida?

Lo que se halla en cuestión es el agente de un «vivir biográfico», no meramente «biológico», es decir: el agente de un existir humano, y no el de un mero ser sin libertad. Nos encontramos, así, con un planteamiento filosófico que es enteramente congruente, tanto con los presupuestos doctrinales de los que ha partido, como con los hechos a los que ahora se enfrenta. Pues bien; la solución a la que Morente, al cabo, llega, es también congruente con ambas cosas. El hombre continúa siendo persona al asumir, de una manera libre, lo que la Providencia le confiere. Hay como un canje de relaciones personales entre los Hombres y Dios. La vida humana está constituida por ese canje de relaciones personales entre el hombre y la Providencia. Y ello quiere decir que tiene permanentemente dos autores, porque el mismo asumir lo que Dios le da al hombre es, ya en éste, un acto de libertad.

SUPERACION: DEL VITALISMO A CRISTO

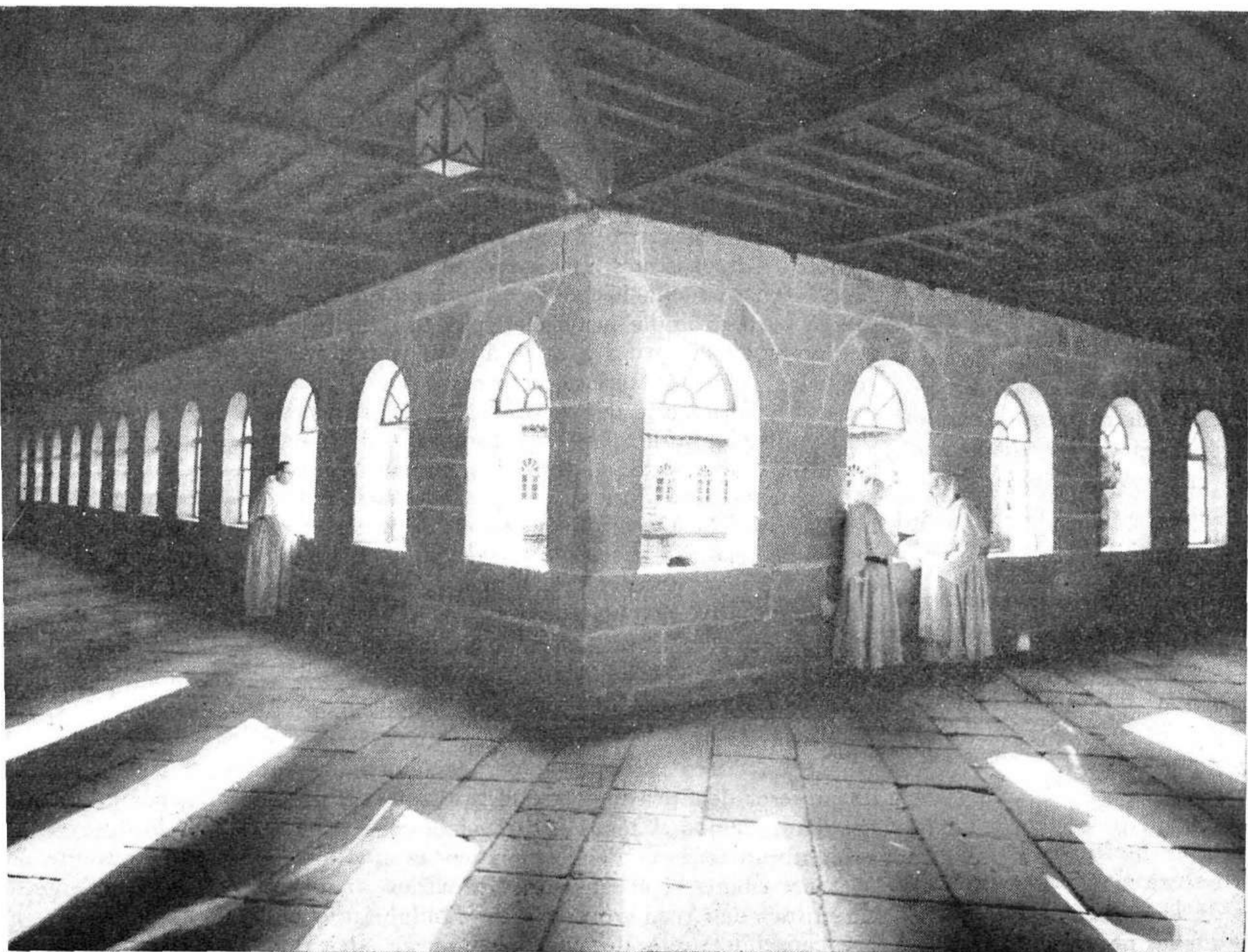
Morente siguió, por tanto, siendo vitalista. No renunció a lo esencial de su teoría. Por el contrario, lo que logró fue darle un entronque teológico y un fundamento último de índole sobrehumana. Del vitalismo a Cristo, pasando personalmente por la angustia; mas no una angustia retórica, sino esa otra, auténtica y entrañable, que nace de la conciencia de la personal responsabilidad. Y nada tiene de extraño que la ocasión para los nuevos modos de su pensamiento le fuera dada por unas circunstancias personales. ¿No es el hombre, también, su circunstancia? Y si el hombre la es de alguna forma, ¿por qué no habría también de serlo el pensador, máxime cuando éste es vitalista? Lo único que el pensador no puede hacer, por muy concreto y vitalista que sea, es renunciar a pensar. Ahora bien; Morente reflexionó sobre su circunstancia, e incitado por ella, con el más limpio estilo filosófico. Y si la luz sobrenatural de la fe vino, por último, a instalarse en su espíritu, ello, claro está, no se debió a un simple proceso lógico, sino a la personal y libre aceptación de una moción de la Gracia, que es también, por su origen, Verdad, Vida y Camino.

Desde la nueva actitud, Morente siguió pensando con Ortega en muchas cosas. Yo estoy seguro de que también pensó en Ortega muchas veces desde su nueva actitud. A la vieja amistad tenía que unirse la caridad cristiana. Por otra parte, ni Morente ni nadie podía olvidarse de la renacida simpatía de Ortega hacia el catolicismo. Es probable que alguna de las afirmaciones orteguianas, como la de que en el siglo XX los católicos le estaban «llevando el pulso» a los protestantes, suena ahora, en algunos oídos, como muy escasamente compatible con el estilo o espíritu postconciliar y, en cualquier caso, como poco conciliadora. Pero el hurgar en cosas de esta índole sería tan extemporáneo como el poner en duda la sinceridad de Morente cuando éste rechazaba toda forma de concebir la religión como un asunto meramente privado.

Y la verdad es, en último término, que Morente ha sido, y sigue siendo, un «bien común» de todos los españoles. Me parece, en suma, preferible que tomemos la vida, y hasta el vitalismo, de Morente como algo que nos hermana por encima de todo lo discutible y opinable.

POYO, noviciado de García Morente

FRANCISCO VAZQUEZ



Claustro superior

LA historia de un convertido resulta incompresible —humanamente, dijéramos— sin un noviciado de sedimentación de ideas y de meditación de problemas hondos. El noviciado es algo así como el crisol para el oro o como la estación depuradora para las aguas potables. Sin constituir un estado de vida, es un medio regenerador para adoptar el estado elegido con ponderación y con medida justa de su alcance. No sirve para establecer la santidad, pero es insoslayable para entrar por el camino de la santidad sin iluminismos precipitados y sin deliquios vaporosos. Es, en definitiva, el temple necesario para una nueva vida espiritual, que tiene su hogar en el fondo del alma, y su objetivo en la riquísima realidad de Dios, a quien se va con sinceridad y meditación callada, con amor limpio y paso bien recto. Dios se descubre al convertido como en un fulgurante fogonazo —como los «flechazos» del amor—, pero cala en el hombre por vías de retiro y de oración humilde.

CONVERTIDO RELIGIOSO, NO CONVERSION FILOSOFICA

El monasterio de Poyo —seminario mayor de los padres mercedarios—, a cuatro kilómetros de Pontevedra, rodeado de un paisaje bellissimo, en el que los verdes de las vides y de los maíces riman en primavera con las aguas plácidas y suaves de la ría de Pontevedra, encuadrada entre el in-

Madrid, 7 de Febrero de 1941.

Reverendo padre Fr. Miquel.

Mi querido Padre Miquel. Le agradezco de el alma su cariñosa carta de felicitación por mi ordenación de presbítero y primera misa. Acuerdo, querido padre, que fue mi iniciador en las elementales prácticas de piedad y vida religiosa (recuerdo con emoción que me enseñó usted muchas oraciones y entre ellas el *Sub faciem patris*) ha ido infinitas veces mi pensamiento y recuerdo emocionados. Y espero que Dios me conceda la merced de volver a abrazarle a usted pronto, este mismo verano acaso; y rehacer algunos de esos inolvidables porros por el más bello de los paisajes marinos. Es cierto que falleció nuestro D. Julián. Falleció el 26 de Septiembre pasado en Carmona (Sevilla). Yo no pude conseguir la oportunidad de verle. Las noticias que se me dieron de su muerte son en suma consoladoras. No confesó ni comulgó; pero en los últimos instantes, pidió por señas un libro que había encima de su mesa y se lo puso apretado sobre el pecho. Ese libro era el "Jesucristo" de Karl Adam, rector del Seminario Católico de Tübingen de Prusia. Como las vías de Dios son inescrutables, solo Dios mismo sabe lo que entonces pasara entre esa alma y El. Es evidente que puede haberse salvado. Y yo me complazo en adoptar para mis adentros esa consoladora y posible hipótesis. — Días pasados tuve que ir a la prisión de Portier, llamado por unos presos, que me encasaron dijera una misa por el alma de ... Agaña. ¿Qué tal le pareció, querido padre? Me consta que Agaña murió confesado y comulgado. ¡Viva Cristo rey!

Estoy deseando que lleve el momento de abrazarle de veras. Ahora lo hago por símbolo epistolar. Su siempre hermano en Cristo N.S. *M. Morente*

comparable pueblecito marinero de Combarro y la Escuela Naval de Marín, este monasterio—vigoroso como una fortaleza o un castillo, austero y granítico—ofrece un «no sé qué» de aislamiento y de misterio para la oración. Aquí vivió García Morente los días efervescentes o de fermentación de convertido. No cabría decir que encontró en este monasterio un contraste obligado y secante para su vida anterior y para sus ideas laicas, alimentadas por una filosofía neokantiana. No, no fue a buscar allí tal contraste, sino un alimento sólido para un espíritu que había cambiado de sentido. Si en algún punto existió el contraste, sería como cúmulo de impresiones nuevas, de un estilo cargado de tradición y de vida personal a la vez: en Poyo encontró estudio fecundado por la oración y retiro iluminado por la lectura serena de libros de filosofía, de teología, de historia y de Sagrada Escritura, en un seminario mayor que cumple la misión de la más limpia honestidad intelectual y espiritual, buscando un ponderado equilibrio entre el estudio formativo y la oración regeneradora.

Morente se propuso sumergirse dentro del talante de un escolar religioso, con el alma agitada por dudas e ideas en formación y con una vida disciplinada, metódica, repetida día a día. Es incuestionable que se trata de una vida realista y profunda, pero

revestida de un cierto formalismo y arropada en una cuidada exterioridad. Un seminario mayor es un centro de jóvenes en formación por el sacerdocio, y la atmósfera en que se mueven goza de «salud espiritual». Si traducimos enfermedad por «encontrarse uno mal» y salud «por encontrarse uno bien», habremos penetrado en la expresión «salud espiritual».

Retirado en una habitación austera, fría y con una amplia ventana al mar, Morente sintió la paz de Dios en la paz de unos muros de piedra de más de un metro de grosor, que le inspiraban seguridad en su decisión y fortaleza en una vida nueva. Pero, sobre todo, dialogó largamente con los padres de la comunidad: con el provincial Alberto Barros, con el poliglota y filósofo Fernando Bolaño, con el humanista y músico José Miquel, con el prototipo de anacoreta Rafael Vázquez. Su estancia comprende desde el 9 de septiembre de 1938 al 7 de junio de 1939. El hacia su cama y barría su celda: este ejercicio aparentemente vanal calaba muy hondo en el hombre que había cambiado para Dios. Se levantaba a las cinco, asistía con los frailes a la meditación a las cinco y media, cantaba las Horas Canónicas, oía misa y comulgaba diariamente. Después del desayuno, hasta el examen de conciencia del mediodía, estudiaba. Por la tarde daba

un pequeño paseo y se sometía a todos los horarios de la comunidad. A las diez se retiraba. «En disciplina regular fue intachable y aun edificante», anota el padre Fernando Bolaño, su confesor. (Revista Estudios, núm. 1, 1945, pág. 149.)

KANT Y SANTO TOMAS

Cuando entró Morente en la celda del monasterio de Poyo sacó de su maleta las dos Críticas de Manuel Kant. ¿Cómo? Sí; que quede bien claro: Morente no es un convertido desde sus ideas filosóficas, sino desde su alma religiosa. Un convertido de las ideas filosóficas será Ortega y Gasset, que después de estar «prisionero de Kant» nos dirá, lo repudia y se libera: es un «despojo», un caminar por cuenta propia con la bandera de «su» filosofía. Morente se convierte sin despojarse de sus ideas filosóficas. ¿Extraño? El fenómeno de la conversión cristiana consiste en un mirar a Dios de cara, cuando se le había dado la espalda: para ello basta la conversión de la mirada interior y no se exige que la arquitectura racional se vacíe y se aniquile. (Esto sólo se logra por una «nueva luz racional» — así le sucedió a Hegel con relación a Kant, o lo hizo Aristóteles con Platón —, o se produce por «soberbia intelectual», «política de partido», «genialidad innovadora», etc.) Pero se le hizo necesario adentrarse en los textos escolásticos. En Poyo leyó por primera vez la Suma Teológica. Su veredicto a cerca de textos de filosofía escolástica fue de este tono: «Se paran demasiado a refutar doctrinas ya enterradas, pasando superficialmente por cuestiones que nos torturan a todos.» He ahí la palabra difícil que explica el alma de Morente: tortura. Esas «cuestiones que nos torturan a todos» están tratadas — pudiera ser — con más hondura y análisis por autores poco ortodoxos.

DIOS Y LA VERDAD

Morente es un convertido desde lo entrañable de su alma, en una madura conversión religiosa, pero está muy lejos de un «convertido cerebral», fanático e iconoclasta. Ama la verdad y la busca al través de Dios, pero sigue buscando en las reflexiones filosóficas de los grandes pensadores — con idéntico aprecio que antes de su conversión — la solución filosófica a las eternas y torturantes cuestiones que afectan al pensamiento humano. En Poyo coincide la trayectoria de su nueva postura filosófica: la comprensión de Santo Tomás sin hacer caso omiso de la filosofía de Kant. El retiro de Poyo fue espiritual y filosóficamente una fértil fecundación. Amar la verdad con un alma limpia, en paz con Dios y con el espíritu sereno, da una coloración nueva a su vida intelectual. Queda atrás el intento prepotente de un «intelectual puro» encastillado en sus teorías, sin respeto a lo trascendente y con el alma fría o congelada por raciocinios individuales. Ahora Dios lo invade todo, y su luz obliga a ser fieles a la verdad, pero también a buscarla con humildad y a reconocer las limitaciones personales. Dirá Morente confidencialmente a un padre del monasterio de Poyo: «Mi desgracia ha consistido en ser catedrático de la central a los veinticinco años.» Se refería, claro está, a su vida religiosa que quedó orillada o desplazada por un sentimiento radical de orgullo. Su anticlericalismo y aversión religiosa fue de una virulencia patente. «No daba ninguna clase sin atacar la religión católica», me dijo hace pocos meses Recassens Siches, añadiendo que esto contrastaba con la respetuosa actitud de Ortega, siempre al margen de esos ataques personales. La nueva actitud adoptada por Morente es «nueva» religiosamente y es «continua» intelectualmente: De buscar una verdad sin Dios ha pasado a establecer el lema de Dios y la verdad. La vida de comunidad del monasterio de Poyo, en la que vivió sumergido casi un año, le aclimató vivencialmente a tal lema.

La Vida Nueva de GARCIA MORENTE

RAFAEL CAMBRA

Pienso que nada puede simbolizar mejor la diferencia que media entre el cristianismo y la posterior civilización racionalista (el mundo «moderno») que la imagen que uno y otro ambiente forjaron del *sabio* como tipo humano.

Típica de esta representación en el racionalismo moderno es la conocida escultura de Rodin «El Pensador». Figura humana desnuda, interrogación viviente que mira hacia el suelo, cavilación y angustia ante una problemática siempre profundizada y ampliada, hecha fin de sí, sin término ni descanso previsibles. La pintura cristiana nos ofrece, en cambio, la composición—tan frecuente en su iconografía—del «santo doctor»: el santo que, revestido de sus hábitos monacales o episcopales, eleva su vista de un libro y, suspendiendo en el aire su pluma, contempla extático una claridad del cielo o una imagen divina que se ha abierto de improviso ante sus ojos y su mente: premio sobrenatural que viene a coronar sus esfuerzos haciendo luminoso, diáfano y feliz lo que con trabajo y oscuridad había perseguido en su esfuerzo intelectual.

LA FE Y LA RAZON

Alguien ha dicho que la razón abandonada a sí misma, sin apoyatura en la fe ni orientación en la esperanza, se hace estéril o crea monstruos. Su indagación, desplegada como en abanico, aclara un ángulo de la realidad, pero amplía de continuo su frontera con las sombras, esto es, una problemática siempre creciente. De aquí el hábito, ya general en el lenguaje de nuestra época, de designar como «problemas» a todas las cosas de nuestro mundo (el transporte, la vivienda, el sexo, los hijos, los padres; incluso el descanso o el sueño...). Es el sentido de aquel famoso desafío de Tertuliano a los gentiles cuando acusaban éstos al cristianismo de irracionalidad en su fe y en su vivir: si vuestra filosofía—les decía—os ha conducido a absurdos como el escepticismo o la apología del suicidio (en los epicúreos), entonces *credo quia absurdum*, creo en mi fe precisamente porque es absurda, no racional (según vuestra razón). Se trataba, en rigor, no de un repudio de la razón, sino de la apelación a una luz superior, sin la cual el ejercicio de la razón, abandonada a sí misma, se pierde en un universo sin sentido y sin límites. Este elemento orientador y fecundante del saber, que es la fe, es tan esencial a la cultura cristiana que establece entre ella y la del racionalismo moderno una diferencia de espíritu y de intención tan abismática como la que media entre «El Pensador» de Rodin y el San Agustín de Zurbarán, por ejemplo.

De aquí que nada pueda darse tan hostil al cristianismo como vida y como cultura que los intentos—hoy tan en boga—de asimilar ciencia y religión, cristianismo y «mundo moderno», progreso y esperanza cristiana, en una supuesta visión superior que pretende identificarlos en un mismo dinamismo histórico. Reivindicar como «cristianas sin saberlo» todas las corrientes culturales y científicas de una época (o las demás religiones) por el mero hecho de existir y surtir alguna forma de eficacia, es un expediente cómodo para «ecumenizar» la fe sin esfuerzo y sin conversión, pero es también un medio de disolverla en la realidad universal, aboliendo su concreción, su contenido y su carácter sobrenatural; o lo que es igual, un cauce de apostasía. Tal fue la labor del gnosticismo en la antigüedad, tal la de eso que hoy llamamos «nueva teología», «progresismo católico» y «espiritualismo teilhardiano».

UN EJEMPLO INTEGRO DE CONVERSION

Allá por los años 1939 a 1942, durante mi carrera de Filosofía en la Universidad de Madrid, tuve la fortuna de ser discípulo de Manuel García Morente, aquella extraordinaria figura de la docencia filosófica, de cuya muerte se cuenta por estos días el 25 aniversario. Pude asistir con ello a una de las más raras y difíciles conversiones: la del paso de un espíritu profundamente filosófico desde una actitud puramente intelectual a la influencia fecundante y luminosa de la fe. El hecho había tenido lugar con ocasión de nuestra guerra de 1936 y culminaría durante esos años—en 1940—con su ordenación sacerdotal.

Recuerdo a aquel hombre de estatura baja, recio, en los límites de la madurez y la ancianidad, que se esforzaba por llevar con naturalidad su traje talar y la difícil unción sacerdotal... Su mirar profundo y vivaz tras unas grandes gafas circulares, aquellos ojos pequeños, muy abiertos, como expresando siempre el perpetuo asombro del filósofo; aquella mirada, quizá un poco desengañada, pero que se animaba con un brillo súbito cuando llegaba a las últimas evidencias de su discurso; aquel diario asistir y preparar las clases con una íntima honestidad profesional que es tan poco frecuente... Las lecciones de García Morente constituían un paradigma de lo que es un ideal pedagógico: la diafanidad de un lenguaje que se construía para ser comprendido, para aclarar y producir la evidencia. Sin la menor teatralidad ni

empeño de erudición o de originalidad, hacía transparentes los conceptos de forma que el oyente discurría de unos a otros como si él mismo fuera el artífice del discurso. El gesto, la entonación, las mismas pausas, parecían medidos para engendrar en el auditorio la fruición de la inteligibilidad. Y, paralelamente al razonamiento, constantes alusiones y evocaciones históricas que familiarizaban al alumno con pensadores y escuelas.

Morente se había formado filosóficamente en el racionalismo moderno; más exactamente, en la quintaesencia o culminación histórica de ese racionalismo, que fue el criticismo de Kant en su interpretación marburguesa. Para esta escuela, la filosofía venía a reducirse a una especie de teoría de la ciencia, y ésta constituía, a su vez, el conocimiento adecuado del universo humano, y el único posible para el hombre. Para el Morente de sus primeros libros, la visión científicista del mundo era no sólo la imagen auténtica de la realidad y el camino firme del progreso, sino el ideal cultural a que debía someterse incluso la filosofía, que, abandonando toda pretensión metafísica, debe constituirse en mera teoría de la ciencia o fundamentación de sus supuestos cognoscitivos. No otra cosa era la filosofía en el sistema de Kant para la interpretación de Marburgo. «Las Críticas de Kant—escribía Morente hacia 1918—son el más profundo esfuerzo humano por presentar en forma plausible la concepción que considera el conocimiento como un proceso de aproximación al ideal matemático, en el cual la realidad se nos presenta como verdaderamente es (...). La filosofía para él no es ni psicología ni teología, sino solamente teoría de la unidad del conocimiento.»

Este racionalismo extremo no produjo en García Morente frutos de paz y serenidad, ni siquiera de confianza en el propio sistema de convicciones. Antes al contrario, un sordo e inexplicable descontento fue creciendo en su alma, insensiblemente al principio, de un modo perceptible después, pero sin otorgarle estado oficial en mucho tiempo, quizá hasta los meses que preludiaron la gran tragedia de 1936. Insatisfacción, ante todo, de los hombres y del ambiente que le rodeaba, de los que pensaban y sentían como él, de los maestros que habían formado su espíritu. En esa actitud esteticista, comprometida hacia las tremendas realidades de aquella hora por las que tantos otros parecían dispuestos a dar sus vidas; en ese intelectualismo de conferencia o de club político, siempre propicio a la retirada despreciativa, nunca a la aceptación de una responsabilidad concreta, empezaba a descubrir Morente

una inmensa frivolidad, un algo morboso que se sostenía sobre un vacío infinito. En su *Ensayo sobre la vida privada* nos habla de «ese vivir extravertido, falto de sinceridad, amorfo, lleno de cobardía mental...». Insatisfacción paralela de sí mismo, como radicado en ese ambiente, visión amarga de un correr estéril de los años al servicio de unos ideales ciegos e impersonales, en los que el alma no podía encontrar un fin personal ni el sentido de su inserción en la vida. En el relato de su conversión nos cuenta cómo iba apareciéndose «lo infundado de esta especie de satisfacción modorrosa en que sobre sí mismo había estado viviendo; cómo percibía dolorosamente la incurable inquietud e inestabilidad espiritual en que de día en día había ido creciendo su desasosiego».

Dudas, por otro lado, sobre los supuestos teóricos en que se apoyaban las concepciones racionalista y kantiana del Universo. La *percepción de la existencia* como algo irreductible a la razón pura—eso que ha constituido la experiencia radical de la época filosófica posterior—, nos fue entonces mostrada por Morente en una angustiada meditación cuya vivencia era en él muy anterior a su renovación religiosa. Pero, por encima de todos estos motivos teóricos, el espíritu de Morente se veía trabajado por una profunda, desconcertante, impresión de claustrofobia espiritual, de encadenamiento en el fondo de su propio edificio intelectual. El ideal neokantiano de un progreso científico indefinido y de una filosofía al servicio de este oscuro determinismo no podían satisfacer a un espíritu sincero y ardiente como el suyo, profundamente humano. Podría perseguirse en sus escritos y lecciones de la época precedente a 1936 la insatisfacción y el hondo desasosiego que en su alma iba produciendo la concepción monista y panteísta del racionalismo, en cuyo devenir ciego, sin sentido ni providencia, se anula la propia personalidad en un esfuerzo infinito de anónimo conocimiento. La progresiva acritud de su carácter—desaparecida por entero después de su reencuentro con Dios—reconocía su origen, sin duda, en ese desesperante vacío. «El científico—decía como resumen de aquella experiencia personal—, al eliminar los valores en el mundo real, adopta una posición esquemática, antinatural, a la que llega el hombre muy tarde históricamente; una actitud antivital, puesto que la vida es esencialmente *preferir*, impulso intencional que se realiza prefiriendo.»

Sin embargo, toda esta interna tensión de ideas, dudas y sentimientos encontrados no creó en el espíritu de Morente durante los años que precedieron a la guerra otra cosa que ese desasosiego y personal insatisfacción. Muy posiblemente sin la coyuntura dramática de la guerra no hubiera llegado a producir como fruto el cambio radical que abrió su alma a una vida nueva, porque es condición del humano, sobre todo del adulto, encallecido por el correr de los años, localizar las internas angustias y «dejar pasar» la vida en un cómodo aplazamiento de los problemas que mantiene a cada día muy semejante al precedente y al que le seguirá. El mismo expresaba esta personal experiencia en su discurso de apertura del curso 1942-43, pocos meses antes de su muerte: «Durante los períodos de bonanza y próspera regularidad, el hombre sucumbe fácilmente a la tentación de creer que el paso lento y regular de los acontecimientos no es obra de Dios sino efecto de leyes naturales de la Historia, de la Sociología, de la Economía... y que la vida de los hombres puede quedar íntegramente determinada por las averiguaciones científicas que obtiene el ejercicio metódico de la razón... Pero Dios envía la bonanza y la tormenta... De pronto, un día, aparecen en el horizonte densos nubarrones de tormenta. Los acontecimientos se precipitan. Vívase en pocos días más y más intensamente que antes en años. Lo inesperado acontece: la muerte ronda en torno nuestro... dijérase que la vida se encajona en estrechuras de torrente y que la historia acelera su curso... En estos momentos es cuando el hombre vuelve su vista a Dios.»

En el verano de 1936 la vida de Morente—como la de todos los españoles—se ha precipitado en esas «estrechuras de torrente y de catarata». Se ha visto amenazado de muerte por el régimen que fundaron, pocos años atrás, sus propios

compañeros de formación intelectual; ha visto en su propio hogar la sangre de uno de tantos crímenes bárbaros e injustificados, y se encuentra en París, sólo y sin recursos, en medio de la incertidumbre y el temor por los suyos, que habían quedado en Madrid, mientras la guerra y la revolución arden en su patria. Como tantos otros intelectuales de izquierda—Ortega Gasset, Marañón, Madariaga...—, sale del Madrid rojo porque la vida es en él, simplemente, imposible.

Simultáneamente, un repertorio de valores sencillos, elementales, arraigadísimos, surge en ese momento decisivo del Alzamiento Nacional. Allí, en aquella suprema decisión, cuando la convivencia es ya imposible, se acabaron todos los doctrinarismos insinceros, todas las posturas intermedias, como para el hombre acosado en sí o en sus seres queridos se acababan las actitudes afectadas con que suele bandearse en las situaciones diarias. Por un momento, el eclecticismo dosificado de las «posturas» políticas desapareció y sólo hubo dos clases de españoles: los que, apurando las consecuencias, se lanzaban a crímenes masivos y a saqueos sacrílegos, y los que iban a la lucha cantando himnos de fe. Aquel fue el instante de las supremas decisiones, y esta fue también la hora decisiva del hombre García Morente.

No quiere ello decir que su retorno a la fe de su infancia y de sus padres fuera la mera coincidencia de unas circunstancias intelectuales con otras históricas. Aunque unas prepararan el camino y otras constituyeran la ocasión providencial, la conversión de Morente no se realizó por un proceso de convencimiento intelectual ni de vivencia histórica, como en Maetzky y en tantos otros, sino en una forma estrictamente religiosa, directamente sobrenatural. Fue «una luz bajada de lo alto, un inmenso consuelo», una voz interior que, como la que hablara a San Agustín incitándole a leer, premió su búsqueda sincera de la verdad, llenando de paz y de sosiego a aquella alma anhelante. Fue Cristo mismo otorgando la gracia de su llamamiento a este espíritu atormentado y bueno. En el momento culminante, Morente sintió sólo eso: la voz del Padre, la presencia dulcísima del Pastor y del redil.

Del instante de su encuentro con Cristo nada puede decirse porque él mismo lo ha expresado de un modo inimitable en una joya autobiográfica comparable con las *Confesiones* de San Agustín por su profundidad humana y sentido sobrenatural: la carta que en septiembre de 1940 entrega al doctor don José María Lahiguera, su confesor, y que se ha dado a conocer después de su muerte bajo el título de *El hecho extraordinario*.

En la soledad de París, a su huida de Madrid, sin noticias de los suyos, la regulación de la vida ha desaparecido para Morente, y los hechos le sobrevienen como movidos por fuerzas superiores ajenas por completo a su voluntad. En aquella coyuntura, cuanto intenta le fracasa, mientras insospechadas puertas se abren a su difícil situación. La idea de una acción divina, providencial, que ordena a su arbitrio las circunstancias y los cauces de su vida, le va apareciendo como algo evidente, experimentado. Ni la misma existencia, ni los hechos en que se desarrolla, se le ofrecen ya como propiamente suyos, sino de un ser superior, causa y guía de lo que existe. Ser superior que, sin embargo, le entrega o confiere esa vida a él, se la otorga en forma que no puede dejar de considerar esa existencia y esos actos como suyos.

Contra esta tesis providencialista se eleva una y mil veces su fe racionalista, arraigadísima, en el determinismo universal. No; lo que ahora, por turbaciones afectivas profundas, le parece providencial o milagroso, no es más que una de tantas combinaciones del azar en que se cruzan series causales perfectamente naturales, estrictamente determinadas. Pero en este momento cobra mayor fuerza otra objeción más profunda, más íntima y antigua en su espíritu, anterior a la tragedia en que hoy se ve envuelto: No; «esta vida mía, que yo no hago sino que recibo, se compone de hechos plenos de sentido». Evidentemente en ese poder y en esa acción superior que él está reconociendo en su propia vida, no puede verse simplemente la ciega combinación de átomos y fuerzas de un determinismo natural, sino la obra de una Providencia divina, «que hace nuestra

vida y nos la da y atribuye»; una Providencia que ha de considerarse como «supremamente inteligente, supremamente activa, fuente de vida, de mi vida y de toda vida, es decir, de todo complejo o sistema de hechos plenos de sentido».

Al cabo de esta trayectoria espiritual, una cierta sensación de paz y de confianza natural inunda el espíritu de Morente, a la vez que el fantasma frío y siniestro del determinismo científico se aleja del fondo de sus convicciones. Pero se trata todavía del Dios impersonal, casi conceptual, del *deísmo*, algo así como el principio de orden y actualización o motor inmóvil de Aristóteles, una providencia general e inconcreta como la del estoicismo senecquista.

Es en estos momentos de profunda soledad y abatimiento cuando la racionalidad profunda de su espíritu le impone una tregua, un descanso que le permita más tarde ver con mayor claridad y firmeza su propia situación, por árida y triste que haya de reconocerla. Es entonces cuando el receptor de radio le trae la suave interpretación de un fragmento de Berlioz—*L'enfance de Jésus*— y cuando su imaginación, fatigada de visiones de dureza y cósmico abandono, le ofrece, como por una extraña espontaneidad, cuadros dulces y entrañables de la familia de Nazareth, la mirada providente y amorosa de Jesús-Niño en busca de su Madre, esa mirada que está siempre presente para el cristiano y que establece para con él una relación de persona a persona. Los contempla Morente en su imaginación como el huérfano y desamparado, ve y envidia la paternal solicitud que rodea al hijo que pasa de la mano de sus padres. Ve después la amorosa entrega de Jesús a los hombres en los años de su predicación y en los instantes de su sacrificio por ellos. Ve con los ojos arrasados en lágrimas, por entre ellas, agrandarse la figura de Cristo-Hombre, clavado en la Cruz con los brazos abiertos en un universal abrazo de paz y de amor, y por bajo de él una llanura infinita pululante de hombres, mujeres y niños que se dirigen hacia ellos con su miseria y con sus angustias. «Y los brazos de Cristo crecían, crecían, y parecían abrazar a toda aquella humanidad doliente y cubrirla con la inmensidad de su amor; y la Cruz subía hasta el cielo, y tras ella subían todos los hombres, ninguno se quedaba atrás; sólo él, clavado en el suelo, en aquel paisaje ya desierto, veía desaparecer en lo alto a Cristo...»

El efecto de esta evocación fue decisivo en el espíritu de Morente. «Esc es Dios, el verdadero Dios, *Dios vivo*: esa es la Providencia viva. Ese es Dios, que entiende a los hombres, que vive con los hombres, que sufre con ellos, que los consuela, que los trae a la salvación. Si Dios no hubiera venido al mundo, si Dios no se hubiera hecho de carne de hombre, el hombre no tendría salvación, porque entre Dios y él habría siempre una distancia infinita que jamás podría el hombre franquear.»

Puede observarse que el proceso de conversión descrito por Morente es, cabalmente y por sus etapas, el inverso del proceso típico de descreimiento racionalista. Las fases psicológicas de este último proceso son: la actitud intimista de tipo protestante, el *deísmo* o religión natural, y el ateísmo (o panteísmo, según los casos). En la primera etapa, el espíritu rechaza la autoridad eclesiástica, la concreción de unos dogmas, y la administración humana de los sacramentos; ello en nombre del carácter personal, íntimo, del hecho religioso, que ha de reconocerse como una pura relación del alma con Dios, libre de cualquier género de intermediarios o simbolizaciones. En la segunda fase, el espíritu rechaza como insostenible racionalmente la concreción personal y revelada del hecho religioso; todas las religiones son verdaderas en su reconocimiento de la divinidad, y no lo es ninguna en sus caracteres positivos, diferenciales; sólo puede admitirse un Ser supremo al que se rinde adoración dentro del corazón o en el templo de la Naturaleza, obra de ese Dios. En la tercera etapa, en fin, se reconoce superflua la existencia distinta y trascendente de ese Dios, que vendrá así a reducirse a la propia Naturaleza en su unidad y en su interna regularidad.

Morente, en un brevísimo y dramático proceso de conversión, ha recorrido las mismas fases psicológicas, pero en sentido inverso. Desde su antigua posición,

que él califica como «una ética natural rematada en una concepción absurda e impía de Dios», pasa a la idea de un Dios providente, creador y ordenador del mundo, de una realidad que se forma de hechos *dotados de sentido*; de aquí a la aceptación de un Dios personal—Cristo—que abre sus brazos de Dios y de Hombre a cada uno de nosotros, a él mismo, como el padre los abre al hijo. De aquí, en fin, a la aceptación plena e incondicional de la disciplina eclesiástica católica a cuyo sacerdocio promete entregarse, si se le admite en él.

LAS IMPLICACIONES DE UNA FE VIVA

Terminada la guerra, Morente, mientras cursaba la carrera eclesiástica, se reintegraba—por orden de su obispo— a la labor de cátedra. Durante aquellos tres años Morente no pudo alcanzar una síntesis filosófica entre lo más sano de su antiguo pensamiento y la filosofía tradicional. Pero llegó, en cambio, por efecto de su nueva vida y cordialmente sentida, a intuiciones clarísimas sobre puntos clave de nuestro ambiente espiritual. Sobre esas realidades—tres fundamentalmente versaban las obras a cuya redacción se entregó en estos últimos años, algo de las cuales se publicó y mucho quedó en proyecto, truncado por la muerte.

La primera de estas cuestiones vividamente intuitivas fue la inspiración religiosa que entraña la historia de nuestra patria, la misión histórica que ha guiado el proceder comunitario de los españoles. Los intelectuales de cátedra, liberales y «europeizantes», se presentaban siempre a sí mismos como ajenos a estas cuestiones, tolerantes en religión y «patriotas regeneradores». El pasado español era, para ellos, «un inmenso dolor» o una «soberana ausencia»; era preciso, a su juicio, cerrar este pasado con doble llave y no considerar a esta patria como una comunidad de fe o de sentimientos forjados en un pasado común, sino, mirando sólo hacia delante, como una empresa común. Sobre esta patria «que no les gusta» era preciso construir otra sobre bases nuevas, estatales, laicas.

Resulta instructivo ver cómo un hombre de este ambiente, por el hecho de recuperar la fe de Cristo, intuye inmediatamente el alcance religioso de esta trágica ejecutoria histórica que llamamos España, y también la intención profundamente anticristiana y antiespañola de la postura europeizadora liberal. A este tema dedicó, entre otras conferencias y discursos, los titulados *Idea de la Hispanidad e Ideas para una filosofía de la Historia de España*, que fueron publicados, respectivamente, en 1939 y 1943. En el segundo de estos libros escribía: «El sentido profundo de la Historia de España es la identificación de la Patria con la religión...» «Los europeizantes—hombres de poca o ninguna fe—creyeron que los días de la religión católica sobre el planeta estaban contados, y querían que España se europeizara, lo cual, en su terminología, venía a significar que se desecristianizara.» «Aquellos hombres se propusieron un imposible histórico, es decir, una empresa en contradicción con la vocación perenne de España...» «Con ello se encerraban en este férreo dilema: o se hundiría la nación en la negación de sí misma o se hundirían ellos en el fracaso de su propósito. Esto, justamente, es lo que hemos presenciado, con los ojos arrasados en lágrimas de sangre, en el escenario político de nuestro país.» «Sucedió, pues, que la nación entera repelió la agresión de esos hombres a su más íntima índole, y enérgicamente restableció el orden espiritual.»

La segunda de estas cuestiones implicadas que intuyó Morente fue el valor y el sentido profundo de la obra filosófica de Santo Tomás. El la juzgaba prototipo de lo que llamaba «filosofías abiertas», por contraposición a las «cerradas» o de tesis. Poco antes de morir había iniciado una traducción con notas y comentarios de la *Summa Theologica*, por encargo de Espasa-Calpe.

La tercera, en fin, de esas intuiciones entrañables, la radical y primaria, fue la persona misma de Cristo como Pastor bueno, cuyo silbo amoroso había él escuchado, y en cuyo amor se fundaba toda la paz y la alegría interior que, al cabo, había alcanzado su espíritu. Las

últimas líneas que redactó en su vida fueron precisamente sobre la figura de Cristo como Pastor, para el prólogo de una Vida de Cristo. En esta labor recibió la segunda y definitiva llamada del Padre, hace ahora veinticinco años.

UNA REIVINDICACION SOSPECHOSA

Cuando en 1957—a los quince años de su muerte—redacté un estudio preliminar sobre la figura de García Morente para un libro que reunía varios de sus escritos posteriores a su conversión religiosa, expresaba este juicio al final del mismo: «No faltaron a Morente, en aquellos tres últimos años de su vida, contradicciones y amarguras, que sobrellevó con la paciencia y la alegría de los hijos de Dios. Unas, por parte de sus antiguos correligionarios, exiliados a la sazón, voluntaria o forzosamente, de España. Ellos hablaban de la «reacción sentimental» que le había hecho «terminar en un vulgar rezador de misas», y, tanto en sus últimos años como después de su muerte, le otorgaron el vacío y el silencio en que son maestros.»

El juicio ha seguido siendo rigurosamente válido hasta fechas muy recientes: ninguna alusión, silencio completo hacia el Morente religioso y español por parte de los antiguos apologistas de la tolerancia y la comprensión universales. Ha sido precisamente ahora cuando el silencio sobre esos años morentianos se ha roto por vez primera, y ello con ocasión de una cierta interpretación racionalista del catolicismo que ha irrumpido aparentemente victoriosa en su seno hasta aparecer hoy, para una visión superficial, como predominante y rectora en la Iglesia. Me refiero a aquella corriente reformista que quiere hacer del catolicismo una especie de «mercado común» de todas las religiones, y de la religión una anticipación alegórica del proceso perfecto del hombre por la evolución y el progreso.

Así, se ha escrito hace muy poco por uno de los epígonos más caracterizados de la antigua adscripción morentiana (*El sacrificio de Morente*, Julián Marías, en *ABC*): «La conversión de Morente sucedió durante la guerra civil (...). Ello tuvo la consecuencia de que la vida religiosa, y en especial la vida sacerdotal de Morente, quedase ligada a las condiciones que la guerra y su desenlace determinaron. En aquellos años el catolicismo estaba ligado en todas partes a posiciones intelectuales que hoy nos parecen—en el mejor de los casos—independientes de él; pero en España las conexiones temporales iban mucho más allá: envolvían toda una mentalidad, una actitud estimativa, un repertorio de convicciones políticas y sociales... Al cabo de veinticinco años, después de Juan XXIII y del Concilio (...), el católico de hoy encuentra en el Morente de siempre «uno de los suyos»; y esto es así porque el católico de nuestros días considera «uno de los suyos»—o, con mejor palabra, un hermano—a todo hombre honesto y sincero, aunque no sea católico, aunque no sea cristiano. La honradez con que Morente planteaba los problemas intelectuales, desnudo, sin defensas y por supuesto sin trampas; su capacidad de admiración y de entusiasmo; su voluntad de entrega, todo esto nos parece hoy del mejor estilo católico, un ejemplo de catolicismo «posconciliar».

O traducido al romance vulgar: que si Morente viviera hoy habría descubierto en aquello que de sí mismo negó en su conversión, en aquello de lo que abjuró con energía y humildad sobre-humanas, el verdadero y sano catolicismo. O, dicho de otro modo, que su conversión fue un enorme error, una insondable estupidez.

Nosotros, cristianos católicos de la fe una y eterna, discípulos de Morente en su última y definitiva palabra, reivindicamos de tales injurias la memoria de aquel sacerdote fervoroso e íntegro que fue Manuel García Morente. Creo muy cierto que si con don profético hubiera conocido esta apostasía diluyente y con error la hubiera dado por consumada dentro del catolicismo, nunca se hubiera convertido, y muy cierto también que, convertido por la presencia misma de Cristo y por su dulce llamada, jamás hubiera asentido a esta inmensa prevaricación de los espíritus y de las doctrinas.

SEXO Y MUERTE en GARCIA LORCA

FRANCISCO UMBRAL

DE Lorca podría decirse lo que de Milton dijo William Blake: «Es, sin saberlo, un gran poeta del partido del diablo.» Sin saberlo, porque Lorca no anduvo nunca complicado, que se sepa, en las ingenuas mascaradas de las misas negras y las rosa-cruz. Toda esa liturgia inversa, todo ese satanismo pueril —practicado muchas veces por clérigos desviados— en que son ricos los siglos XVIII y XIX, especialmente en Inglaterra, Irlanda, etcétera, nos hace hoy sonreír como lo que es: una concupiscencia con plena conciencia de pecado, una broma de beatos encerrados con el solo juguete del pecado dentro del ámbito estrecho de lo dogmático. Algo así como los niños que juegan a ser malos en el cuarto de los trastos, a escondidas de la madre y del padre, pero con la presencia de ambos gravitando penosamente sobre ellos. Quizá estas rebeldías de lucíferos de provincias estaban preparando de algún modo el ateísmo del siglo XX, aunque yo creo que este ateísmo ha llegado más bien por caminos filosóficos y científicos, antes que mediante el pintoresco trámite de las misas negras, efectivamente ridículo como lo califican los escritores e historiadores católicos.

¿PROCLIVIDAD A LOS RITOS DEL MAL?

Federico García Lorca, salvo su «etapa blasfematoria», inevitable en un futuro «poeta del partido del diablo», permanece saludablemente ajeno a tales ritos (subsistentes todavía en nuestro tiempo, en el suyo), si bien hemos de reconocer que en su afición por las razas que viven aún del esoterismo —gitanos, negros— puede haber una profunda e inconfesada proclividad hacia los ritos del mal. En todo caso, creemos que su vinculación a lo oscuro, su arraigo en el limo de que habla en la conferencia sobre el duende, es algo de carácter más profundo, que le vive en la sangre y se produce en su psique por el estado de dualidad, duplicidad o desdoblamiento. Este estado —dramático— va siendo progresivo en el poeta, de modo que en los años de plena juventud aún no se ha hecho absorbente, y el otro Federico, el de la leyenda coloreada (que como sabemos tiene su origen en la minimización y el primor, de origen a su vez nada claro), nos da aún un libro como *Canciones* (1921-1924), de puro juego formal en gran parte. Aquí, su duende es todavía el «demonio alegrísimo» de que él mismo nos ha hablado, o este demonio menor convive ya con el otro.

Entre las composiciones de este libro se encuentra aquella prodigiosa («El lagarto está llorando»), «a mademoiselle Teresita Guillén tocando un piano de siete notas», donde la capacidad de minimización y primor de Federico, su panteísmo en comunión con toda la naturaleza, con sus mínimas bestias, llega a extremos de genialidad por vía de pureza (ya hemos dicho que Federico, en cierto sentido, es puro y amoral como los niños):

*El lagarto está llorando.
La lagarta está llorando.
El lagarto y la lagarta
con delantalitos blancos.*

El vislumbre trágico de lo andaluz asoma, empero, en algunos de los poemas, como constante significativa del alma del poeta:

*Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?
...
Caballito frío.
¡Qué perfume de flor de cuchillo!*

Y la «Canción de jinete», que es uno de los mejores ejemplos de la poesía sonámbula de Lorca, con el tema típicamente onírico de la imposibilidad de llegar a algún sitio donde se está llegando:

*Aunque sepa los caminos,
yo nunca llegaré a Córdoba.*

EL LIMBO DE LA EXISTENCIA

«Tres retratos con sombras» es un apartado del libro que reúne a Verlaine —todavía el culto expreso por los malditos «oficiales», el dios Baco —expresivo de su telurismo, de su hedonismo (forma pagana de lo satánico)—, Juan Ramón Jiménez y Debussy, («Baco» es como una acotación al poema verlainiano; Juan Ramón Jiménez lleva como acotación el poema «Venus», y Debussy, «Narciso». Acotaciones o «sombras muy adecuadas»). «Canción del mariquita» es un desenfadado acercamiento de Lorca a un tema que él habrá de entender luego con grandiosidad en la «Oda a Walt Whitman», una minimización de algo mucho más profundo:

*¡Los mariquitas del Sur
cantan en las azoteas!*

«Lucía Martínez», poema recio y «macho», nos retrotrae al Lorca de *Poema del cante jondo* y es significativo de la intensa sexualidad de Federico:

*Tus muslos como la tarde
van de la luz a la sombra.*

Más adelante estudiaremos la sexualidad de Federico a partir de nuestra idea del «desgarrón sexual», pero es significativo subrayar ya, ahora, cómo la zona anatómica más citada por el poeta son los muslos. Muslos limpios de Margarita, muslos de cobre de la Petenera, muslos «como la tarde» de Lucía Martínez, muslos de la casada infiel, «como peces sorprendidos», muslos masculinos de los arcángeles cantados en el *Romancero gitano*... Los muslos, poderosas compuertas del sexo, obsesionan directamente a Lorca. Por otra parte, los muslos son materia pura, según ha dicho el gran poeta de la materia, Pablo Neruda, y Lorca bucea siempre en el limo de la existencia. Los muslos, por fin, son en cierto modo asexuados: lo más femenino del hombre, quizá, y lo menos femenino de la mujer. La ambivalencia sexual del muslo sugiere el pansexualismo de Lorca.

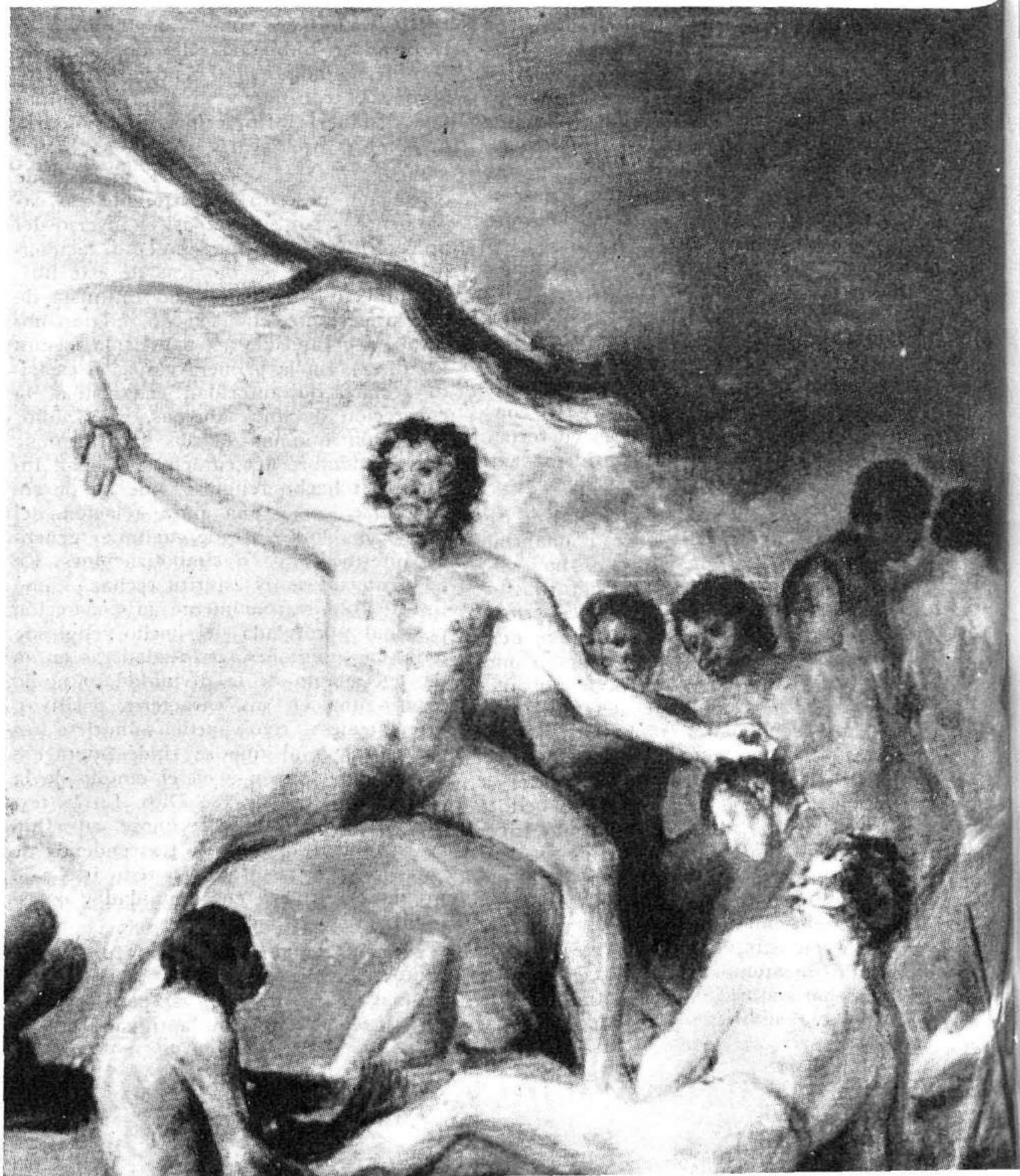
MAS ALLA DEL ESCANDALO

A este poema le sigue «La soltera en misa», donde el clima religioso está roto ya con absoluta desfachatez —que ni siquiera es escándalo, que está ya más allá del escándalo— por el erotismo de la intención:

*Da los negros melones de tus pechos
al rumor de la misa.*

En «Serenata» encontramos otra vez la obsesión de los muslos —«Anís de tus muslos blancos»—, servida por novísima metáfora que se reiterará luego en «Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín». Tanto la Lolita de este poema como Belisa tienen muslos de anís. Todo el poema «Serenata» lo encontraremos luego reelaborado

Sexo y muerte en Gó



—casi repetido—, y hay que pensar que quizá todas las versiones fueron escritas en las mismas fechas. El poema «En Málaga» nos presenta por primera vez otra obsesión erótica de Lorca:

*... viene tu culo
de Ceres en retórica de mármol.*

Los muslos y los glúteos—pulpa humana de vida, de materia ciega—, polarizan el erotismo del poeta. Y quizá—o aún con más razón— nuestra teoría de la ambivalencia sexual de los muslos pueda ser aplicada a los glúteos.

«Cancioncilla del primer deseo», de apariencia baladí, contiene un verso muy revelador:

*En la mañana viva,
yo quería ser yo.*

«Yo quería ser yo». He aquí, insinuado, el desdoblamiento de personalidad, la conciencia de heterogeneidad del poeta. El fenómeno del desdoblamiento, característico, a mi entender, de esta clase de poetas, suele darse como tema de sus obras; así, el cuento *William Wilson*, de Edgar Allan Poe, el gran maldito de la literatura norteamericana. Y, generalmente, el *alter ego* del personaje es el demonio: para nosotros, el subconsciente, lo demoníaco por ignorado (por ignorado temido y no colonizado). Aparte del desdoblamiento voluntario y obsesivo de Baudelaire en su vivir, el máximo ejemplo de estas duplicidades reales o literarias, lo encontramos, en prosa, en algún personaje de Dostoiewsky, si bien no hay que confundir las personificaciones novelescas, teatrales o poéticas (Cernuda) del demonio con la caricatura de cuernos y levita que tanto abunda en todas las literaturas y que, por grotesca, no tiene nada de demoníaca ni, por supuesto, de dimensión psicológica. «Y en la tarde caída / quería ser mi voz», reitera Lorca en este mismo poema. Su duplicidad es sencilla, verdadera, natural, diríamos, casi, y, por tanto, nada espectacular. Por eso, quizá les ha pasado inadvertida a los exégetas del poeta. En el poema «Narciso», unas páginas más adelante del mismo libro que estamos comentando, todo esto queda mucho más claro:

*Narciso.
Mi dolor.
Y mi dolor mismo.*

ESPECTACULO DE SI MISMO

Si el desdoblamiento viene producido por el narcisismo—aunque siempre es al contrario, pues no puede haber narcisismo sin desdoblamiento previo—, tenemos que el hombre es ya él y su espejo. El como espejo de sí mismo. El desdoblamiento como narcisismo tiene su más alto ejemplo en Baudelaire. El desdoblamiento como agonía, en Dostoiewsky. El desdoblamiento de Baudelaire es luciferino. El de Dostoiewsky, moral. No hay que decir que Lorca está más cerca de Baudelaire que de Dostoiewsky.

En «Granada y 1850», otra vez el tema del sueño, tocado ahora machadianamente mediante el símbolo de la fuente:

*Yo,
sueño que no sueño
dentro del surtidor.*

En «(Preludio)», unos versos que nos dan resuelto por el propio poeta todo el conflicto entre el mito sonriente que de él ha quedado y el rostro sombrío que nosotros le vemos:

*Y esta angustia mía
para hacerla viva,
he de decorarla
con rojas sonrisas.*

Las rojas sonrisas decorativas han engañado a todos los tontos dispuestos a dejarse engañar. Y así ha nacido la imagen de un Federico falso.

En el poema «De otro modo» está el verso clave para ilustrar nuestra teoría del desdoblamiento de personalidad en Lorca:

*Llegan mis cosas esenciales.
Son estribillos de estribillos.
Entre los juncos y la baja tarde
¡qué raro que me llame Federico!*

«¡Qué raro que me llame Federico!» La extrañeza angustiosa del propio nombre puede ser ápice o arranque de un desdoblamiento de personalidad. Todos hemos experimentado alguna vez esa extrañeza con una sensación de vértigo. En «Canción del naranjo seco» encontramos esta pregunta: «¿Por qué nací entre espejos?» Y esta afirmación: «... la noche me copia / en todas sus estrellas». O esta otra, angustiada ya, que el poeta formula tomando la voz del naranjo seco o poniéndosela: «Quiero vivir sin verme.» Es el tema del desdoblamiento y el narcisismo tratado y sentido de modo angustioso. El hombre que ha fomentado su duplicidad, experimenta de pronto el mareo de esa duplicidad, la angustia, el desgarrón, la tensión de ser dos. Y desea abolir tal duplicidad: «Quiero vivir sin verme.» El que quería ser él mismo, Narciso y su dolor, el que sueña que no sueña dentro del surtidor, el que encuentra raro llamarse Federico, no puede, por fin, soportar la trágica duplicidad, el espectáculo de sí mismo, y quiere vivir sin verse. El desdoblamiento de personalidad, como fenómeno demoníaco, es extenuante.

LA PALABRA Y EL SILENCIO

PEDRO SANCHEZ PAREDES

EL periodismo es el método de comunicación por excelencia. Creo que en este punto hay pocas divergencias de criterio. Sin embargo, paradójicamente, personas muy autorizadas han lanzado a los escritores serias advertencias contra él. Al parecer, existe la creencia de que la actividad periodística produce un efecto de dispersión en el escritor y le agota inútilmente en combates que discurren al margen de la necesaria trascendencia de una obra literaria. Tal vez sea cierto. Pero no es menos cierto que el periodismo ha constituido una actividad regular de muchos escritores que, paralelamente a su prestigio de periodistas, han sabido crear una extensa obra literaria que en algunas ocasiones, como en el caso de Hemingway, por ejemplo, para citar solamente el más conocido, puede considerarse de una gran calidad artística.

Con mis afirmaciones, no pretendo convencer a nadie de que esa advertencia de que antes hablaba sea injustificada. Nietzsche dijo, con voz de profeta, que «cuando la obra empieza a hablar, el escritor debe guardar silencio». Este bello aforismo es, sin duda alguna, el mejor consejo que se puede dar a un escritor que luche por la autenticidad de su obra. Pero sobre ese postulado supremo es preciso colocar el principio fundamental de toda obra artística, que es, a mi juicio, la sinceridad.

El escritor es un ejemplar de la especie humana que asume dos misiones primordiales. En primer lugar, tiene el deber ineludible de dar testimonio de su tiempo. Esta es su obligación inmediata. Pero junto a ella existe un motor de activación excelso, un imperativo histórico y social que tiene que inspirar todos sus actos de escritor y de hombre. Tras acusar, lúcidamente y sin resentimientos, los defectos de la época en que le toca vivir, debe contribuir con todas sus fuerzas a la gran obra de transformar el mundo. Y el periodismo es evidentemente un instrumento de primer orden para realizar esa tarea.

En este marco teleológico es indudable que el periodismo tiene un carácter eminentemente positivo y constituye la forma de expresión

más idónea para que el escritor pueda proseguir eficazmente la tarea de comunicación y de transformación que haya planteado en sus libros. Con ello, el valor aparentemente marginal del periodismo queda sometido a un proceso de sublimación que beneficia igualmente a la actividad periodística y a la literaria.

Ante ese objetivo grandioso, no cabe la posibilidad de establecer una dualidad de posturas. El individuo, si está movido por la sinceridad, no puede pretender, por mucho que lo intente, ser un autor cuidadoso y consciente de novela, teatro o poesía y, al mismo tiempo, un periodista apresurado, dominado por las peligrosas motivaciones de la improvisación. Un escritor no es un libro. Es todos los libros, todas las líneas, todas las palabras, todos los actos de la vida entera de un hombre. De un hombre que escribe porque se siente lleno de algo que tiene que comunicar a sus semejantes. Y ser todo eso es sin duda una empresa difícil que tiene que ser realizada consecuentemente, con una coherencia que excluya toda precipitación peligrosa, viviendo las veinticuatro horas del día—en la vigilia, en el sueño y en el ensueño—resignadamente obsesionado por la idea de que estamos sobre la tierra, con el objeto de llevar a cabo una obra que trasciende nuestros intereses inmediatos y las pequeñas pasiones que informan cada uno de nuestros instantes. Y es evidente que para realizar esa tarea no se puede excluir *a priori* ningún instrumento de comunicación.

El periodismo, como los géneros literarios históricos, constituye una ventana abierta sobre un mundo en vías de evolución, que ha de ser transformado por los hombres, por todos los hombres. Y tal vez la regla de oro de todos los que escriben libros y llenan las páginas de la prensa con sus reflexiones y sus palabras sea la norma que citábamos antes. «Cuando la obra empieza a hablar, el escritor debe guardar silencio.» El escritor debe considerar como su obra todo cuanto diga. Y en todo caso, hablar solamente cuando sienta la necesidad imperiosa de decir algo. Y callar, para enriquecerse en el silencio, cuando no tenga nada que decir.

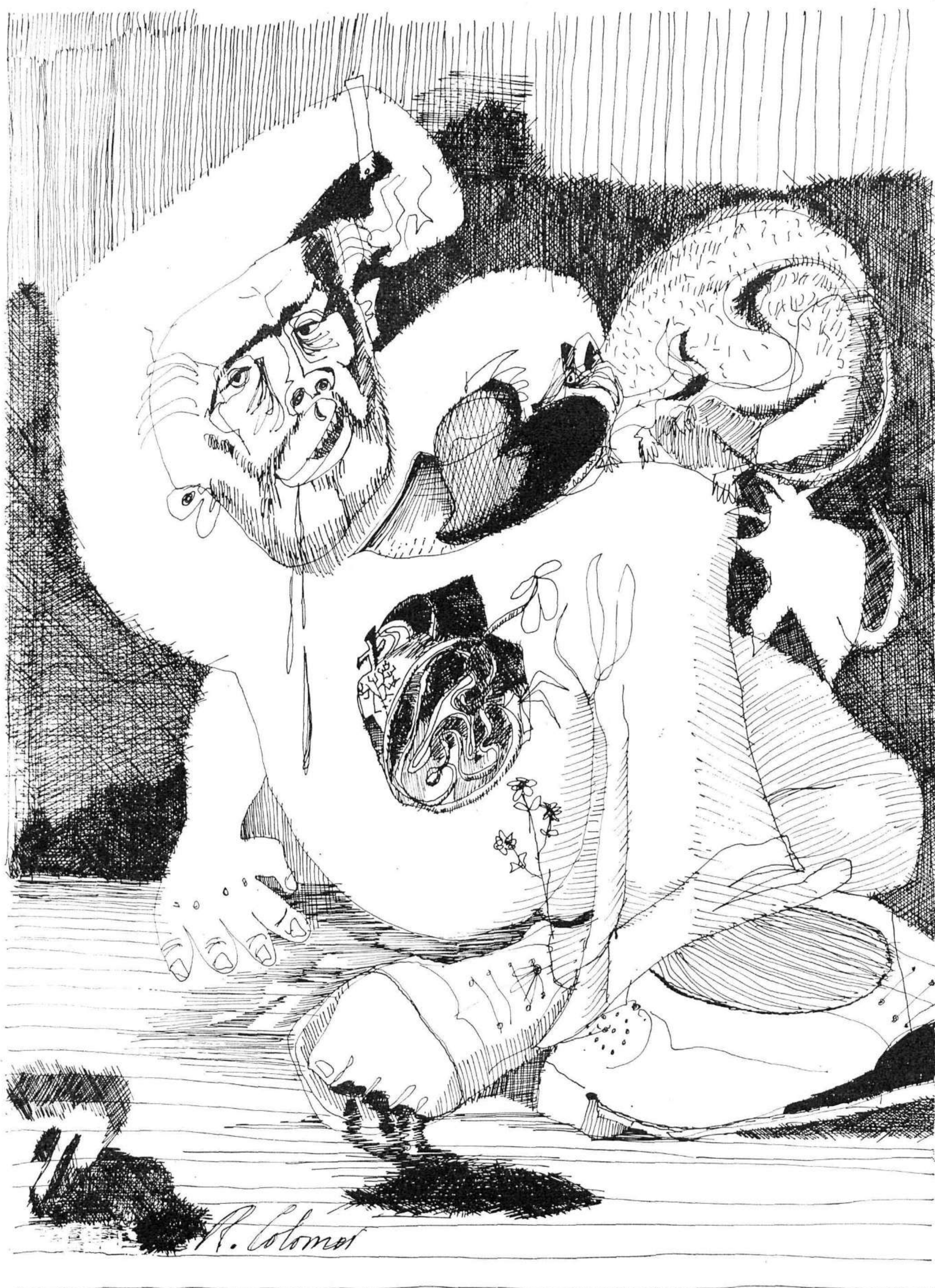
La Rata

JOSE ANTONIO G. BLAZQUEZ

Ilustra: RAFAEL COLOMER

EL hombre tonto del pueblo dormía en un rincón de la iglesia. Después de que salían las últimas beatas, comenzaban a surgir las risas de las ratas por entre las oscuras flores de trapo. El tonto, oculto debajo del púlpito, junto al confesionario, dormía y dejaba que la rata amiga suya le hiciese cosquillas en la mano que le servía para pedir. Al despertar, el tonto no sabía qué era aquel dolor, ni por qué se le caían, uno a uno, sus dedos marchitos. No se daba cuenta, y sonreía a la rata amiga, cuando iba a visitarle al rincón. El rincón oscuro, bajo el púlpito, junto al confesionario, lleno de palabras caídas... Se dormía, el tonto, y cada mañana tenía un dedo menos. Se miraba la sangre de sus muñones y abría mucho sus ojos perplejos. El no se daba cuenta, no sabía nada. (Los tontos, los pobres, no deben saber nada. Los tontos, los pobres, viven siempre debajo de cosas...) Bien, pues la rata amiga, que estaba más gorda que sus compañeras, le esperaba y le sentía venir con alegría. Una noche empezó a roerle los zapatos, y a la siguiente, pudo introducir su hocico afilado por el agujero. El tonto reía entre sueños porque sentía cosquillas. Entonces, la ratita se paraba, hasta que él dejaba de murmurar. Pero el hombre, cada día que pasaba, andaba peor, y al fin, se quedó cojo. Como no se lavaba nunca, pues ¿para qué?, no pudo ver que ya no tenía dedos en el pie izquierdo. ¿Pero qué sería aquel dolor? El dolor, un día, se le pasó también al otro pie. La rata engordaba, engordaba, y sus compañeras estaban envidiosas. El tonto, al despertar una mañana, no pudo andar y tuvo que permanecer en su rincón. El rincón estaba lleno de gotitas de sangre y de trozos de uñas rotas, y las beatas pasaban y decían «qué asco, por Dios, qué indecencia», y cosas así. El cura avisó para que se lo llevaran, pero el tonto se ocultó más debajo del púlpito, y parecía una rata más, grande y oscura, temible. Así, el hombre ya no podía moverse y dormía todo el día y toda la noche. La rata se le subía ya por la chaqueta, y pronto le abrió un buen boquete en la camisa. «¿Qué sería aquel dolor?», se preguntaba el tonto. (Los tontos, los pobres, no deben saber nada. Los tontos, los pobres...) Y la ratita amiga afilaba sus dientes y engordaba de tal modo, que el gato del sacristán huía cuando la veía rodar por los rincones y por los altares.

Hasta que pudo introducir su hocico en el pecho del hombre y le comió, trocito a trocito, el corazón palpitante y necio. Entonces, la rata se metió en el hueco que antes ocupaba el corazón del tonto, chilló un poco como si riese y se quedó tranquilamente dormida.



y no le quieren mal, que el que bien te quiere te hará llorar. Ahora es mediodía; si no ha comido, comer le lleva un cuarto de hora, o sea a las tres de la tarde, libre, y hasta mañana a las diez o a las once, según los días, pero todos, sólo puede dibujar. Sin embargo, teniendo tanto tiempo por delante siempre, lo mejor es no hacer nada, y vagar tantas horas es mucho aburrirse.

Todo esto es muy triste. Ya hace mejor tiempo que cuando ingresó en el colegio. Por la ventana abierta se oye la calle y los pájaros, y éstos son los ruidos más tristes, como los de las sillas contra el suelo o las paredes en el piso de arriba o de abajo. Ahora los niños están más trabajados con la cercanía de los exámenes de las otras asignaturas; de todas formas, no se ablandan; al revés, en la clase de dibujo es en donde quemán las energías sobrantes de todo el día, ahora mucha con el verde y el buen tiempo. Ciertamente que también Esteban tiene más energías, pero que allá dentro se le quedan, y cierto, igual, que ahora hasta les ha cogido un truco: el círculo, el redondel de tiza.

La luz de fuera choca con la penumbra de dentro. Al espejo, en cambio, todo esto le da lo mismo. A Esteban le parece más triste; será sólo que en él ve un profesor de dibujo muy triste. Dormir es una solución por unas horas; pero no tiene sueño. A ver mañana si el día amanece con otro pie; pero, ¡quia!, los días son como quieren ser.

—Don Esteban, ¿se puede?

—Adelante.

—Una carta.

—¿Una carta?... Gracias.

Esteban se fue hacia ella flechado. Antes de lanzarse vio el sobre de color azul. Malo. Quizá. Y todo esto ocurrió sin que se apreciara alguna demora en la marcha hacia el sobre. Un impreso. La criada, la antigua compañera de Pascuala, no la sustituta, cerró la puerta. El papel salió volando hacia la ventana, pero no la pasó, se raspó por la pared y quedó metido entre ella y el zócalo, por donde andan las chinches, el polvo y el dedeté.

Cuando una oportunidad muere, muere también con ella el poder de aguante para esperar a que llegue otra, si es que está de llegar; y la esperanza, ya un frágil hilillo, adelgaza de modo alarmante. Antes del acontecimiento de la carta-impreso, la vida—si cabe—sonreía mucho más a Esteban. Ahora hasta eso se ha convertido en una nueva desgracia a añadir en la sarta de Esteban, en un nuevo matiz de la oprimida vida del profesor. La maldita carta se podría haber perdido en cualquier bolsillo abandonado.

Fue hacia la ventana y se agachó a coger el papel. Sin abrir el sobre se sentó en la cama. Quiso retardar el pequeño tiempo que durara la lectura del anuncio, no por lo que pudiera decirle de interés. Un antiguo compañero de la escuela le invita a su exposición. Aquel que siempre estaba liado con las chicas y con el teléfono, y ahora ya una exposición. No está mal. Cualquiera lo diría. También podía irse a ver la exposición y charlar un rato con el amigo («Hombre, ¿cómo estás?» «Hombre, hay que vivir. ¿Y tú?» «Igual.» «Claro.» «Es bonito todo esto.» «¿Y qué tal?», etc.) Pero esas conversaciones ya se saben y tampoco ilusiona repetir las.

—Buenos días.

—Buenos díaaa... ahaaa...

Esteban instintivamente buscó la marca en el suelo. Se azoró después de una mirada rápida e inútil. No está, hoy no la han puesto. Su cara se entristeció aún más. La bronca, sin embargo, no es excesiva. En vez de armarla, algunos se ríen, simulan una risita. Son los que siempre cometen alguna falta, los que declinan siempre parte de las obligaciones de compañeros, los que cuando deben patear al profesor se ríen, pareciendo demostrar complicidad con el enemigo, queriendo dar a entender alguna cosa, aunque no directamente, sino con métodos especiales que, si bien les separan de los compañeros, no les acercan peligrosamente al profesor. Esteban sólo vio que unos reían y que otros chillaban, y ninguno de los dos bandos prefería, sólo que los reidores reían y eran menos, y los otros eran la mayoría y de voz, en general, tirando a aguda; formaban una gritería demasiado, aun para él, insoportable.

Esteban se sentó a esperar que los niños se cansaran de chillar. Hubo desconcierto entre ellos. Uno había dicho «¡ya!» y callaron los compañeros. Pero aún no dividió los compartimientos. Esteban miró de reojo debajo de la mesa. Ahí estaba el círculo. La penumbra apenas lo dejaba ver: el hueco de las piernas tiene tabla al fondo para que no se le vean las piernas a las señoritas profesoras; por esta tabla Esteban no podía ver bien su guarida y los niños si efectivamente estaba en ella. Al fin comprendieron o admitieron que si allí estaba el círculo, dentro tendrían que estar los pies. Esteban, confiado, hasta sacó un pitillo. Al dirigir la mirada a la llama por ella vio claramente la señal. Los niños no le podían ver, y Esteban, al tiempo que explicaba o que fumaba, fue moviendo milímetro a milímetro los zapatos sin que el resto de su traje ni su cuerpo se moviera. Iba conquistando imperceptiblemente el espacio libre sin redondel. Sin embargo, había calculado mal, y la marca tan grande para tan pequeño espacio ocupaba la tarima de debajo de la mesa casi por entero. Se forzó a mirar al tiempo que pensaba en la inutilidad del trabajo hecho; pero una gran alegría le brotó pensando que había algo en contra de los alumnos y sin su consentimiento. Su mirada y su cabeza concluyeron que si ponía los pies muy hacia adelante por encima del círculo, hacia donde estaban los alumnos, tendría que forzarse mucho y se movería, y ya estaba descubierto;

si los ponía debajo del asiento, que para ello no necesitaba moverse, le verían los pies al aire inmediatamente, e igual hacia los lados, que ya había visto que nada podía hacer. Entonces una idea feliz le vino; con que levantara un poquito los pies del suelo dejaba de obedecer a los muchachos; y así, poco a poco, poniendo levemente los músculos en tensión, lo hizo. Ya lo había conseguido. Los niños, obedientes a ellos mismos, miraban absortos la quietud continua de su profesor. El esfuerzo empezó a cansarlo pronto. Esteban temió que con la tensión se le pusiera colorada la cara...

Los niños pensaban:

—¡Qué raro!

—Parece que trabaja.

—Incluso le tiembla un poco el cuerpo.

—Parece que se ha quedado muerto.

—¿Qué hará con las manos debajo de los muslos?

—¿No va a hablar de sus dibujos?

Las manos tampoco le pueden aguantar más. Si baja los pies, los niños seguirán igual, él descansará y dará su clase. De esta forma, los alumnos no pueden tener queja: son obedecidos de nuevo (aunque ellos están al margen de esto) y reciben alguna explicación; esto es, la clase vuelve a su normalidad. El amor propio tampoco había ganado con su travesura, los niños no podían sentirse engañados al no saberlo y él no debía darles tanta beligerancia. Bajó los pies; se le cayeron al suelo. Era muy poca altura y apenas sonaron; toc, toc, llegó uno antes que el otro, seguramente porque la derecha, más fuerte, aguantó un poco más el muslo.

Los alumnos notaron que ahora descansaba, que su cuerpo estaba más tranquilo que antes y que lo habían notado de pronto, igual que si le hubiera dado un vuelco, y empezó a explicar, y los niños incluso atendían. Se paró su habla, algo que no recordaba bien. Estaba siempre preocupado y molesto con la clase y le era difícil seguir el hilo a las cosas que tampoco se sabía demasiado bien, pero con el azaro se movió casi como si fuera a levantarse y, aunque se quedó sentado, la murga por haber sacado los pies empezó de nuevo, lo que le salvó de demostrar su ignorancia momentánea. Esteban vio lo que había ocurrido, y pensó que los tenía domados cuando no sabía o no quería decir nada; ellos rellenaban el rato, y él con mostrar descontento cumplía; e iba pasando el tiempo.

Su felicidad diaria—nadie la ha conseguido tan fácilmente—está en un circulito exiguo y cambiante. Su único trabajo es buscarse la guarida y correr hacia ella guardando las formas; esto es fácil: saltando en cualquiera de las maneras de su repertorio, o bien con algún paso de baile, más rápido y más lento según sea el son. Tres o cuatro metros—más nunca puede quedarle entre su situación y el punto más alejado de la clase—se hacen fácilmente con un solo serpenteado de tango, con vuelta y media de vals, con un par de meneos de afrocubanos; los slows y demás lentos ya son otra cosa. Saltando al salta monito salta, en realidad ni un perfecto cronómetro puede apreciar el tiempo tardado de rápido que se puede hacer. Únicamente las formas de profesor es lo que puede restar algún instante.

Allá, en el papel, tirarariiraaritrantán, y ya está el profesor con las piernas como las cigüeñas, y una en lo alto y otra en el suelo; pero no sigue la bronca, ¡el reglamento!, ¡el reglamento! Mira para atrás, sin embargo, y la punta trasera del tacón pisa la línea—la necesidad espabila—, corrige su postura, deja de pisar la circunferencia y los niños callan. «En caso de que la guarida (redondel o círculo) esté en un lugar alto, el pie que se levante para justificar la obediencia debe ser colocado dentro de ella exactamente, y nunca rozar con parte alguna de él la raya marcada con tiza.»

Un movimiento de admiración, el primero que ha tenido Esteban, calmó silenciosamente la clase. Las miradas, los ojos, los gestos fueron suficientes para aplaudir y necesarios para no violentar el reglamento; el profesor seguía en una postura que reglamentariamente exigía silencio.

La esperanza, la ingrata fuente que nos mantiene vivos, acucia, aunque no se quiera. Esteban, en pesimista, niega la solución futura, pero como cualquier hombre espera que llegue el momento siguiente; niega, pero continuamente mira el reloj de sus desdichas. El pesimista quizá sea el que más espere, el que con más ahínco piense en la esperanza, el que, aun negándola, haga el acto de fe más desesperado y sincero. Por ahora, el reloj se va acercando peligrosamente al fin de la clase: cuando el profesor empieza a olvidar lo pasado ese día y la cabeza trabaja de nuevo en todo ese tinglado de lo que va a venir al día siguiente, casi deseado por el mágico espejismo del tiempo dando vueltas sobre sí mismo, sobre el redondel del reloj.

El profesor no puede creer en la venganza final del suspenso. El niño, al recibirlo, lamenta su suerte, pero Esteban, acaso contento con el teórico lloro del alumno, no puede verlo, primero, porque no se atreverá a ver la entrega de las notas; segundo, porque aunque se atreva, el niño sólo le mirará con desprecio, y únicamente después, camino de su casa y de la paliza del padre, llorará inútiles lágrimas, porque Esteban no las podrá ver; y tercero, a lo mejor el suspendido ni llora, dada la despreciable asignatura que le queda para septiembre; y cuarto, si el niño llora, definitivamente y delante del creído profesor de dibujo, no lo hará por su asignatura, sino por las otras

importantes compañeras. El odio no existe, sólo existe el amor, aunque no se conozca.

—Don Esteban, estoy muy contenta con usted.

—Muchas gracias, señora patrona.

—De nada, joven. Sí, lleva usted las cuentas conmigo al corriente. Usted llegará, usted llegará, ya lo verá.

—Gracias, muchas gracias.

—Pero ve usted, usted está contento con usted mismo porque no me debe, y yo también lo estoy con usted; pero, en cambio, con otros estoy muy disgustada, no me pagan. Uno no me paga nada y otro a trancas y barrancas. Tarde y mal.

Siguió cada uno a lo suyo. Esteban se fue a su habitación. Entró.

—¡Pascuala!

—Hola, Esteban.

—Mujer, ¿tú por aquí?

—Ya ves, he venido a verte.

—¿Cómo has entrado? ¿Y la patrona?

—Me ha colado con cuidado mi antigua compañera. No me ha visto nadie.

—Me alegro; y tú, ¿estás más delgada?

—Sí.

—¿En dónde estás?

—En una casa; no está mal, pero el trabajo es cansado...

—¿Y de dinero?

—Vaya...

Esteban cambió de conversación.

—Caramba, caramba...

—¿Qué?

—No, que otra vez por aquí...

No se estaban quietos, daban vueltas uno detrás de otro, no perseguiéndose, huyéndose. (¿A qué vendrá ésta? ¿A qué creará que he venido yo?) No, se han encontrado de nuevo y nada más. Lo más sencillo resulta lo más misterioso.

—Cuánto me alegra que hayas venido a verme.

—Yo también me alegro de verte.

Ya han parado. Ni Pascuala ha pedido nada ni Esteban ha ofrecido algo. Pascuala acaricia la cama. Miró para ella. Luego dijo:

—¿Te acuerdas?

—Mucho; me acuerdo mucho de ti.

—Cuánto me alegro.

—Pero mejor que acordarse...

—No, otro día cualquiera. Me confesé ayer para festejar una primera comunión de un sobrino. Es muy pronto todavía.

—Como quieras—dijo Esteban desilusionado.

—No te importe, hombre, deja que pasen unos días. La semana que viene...

—Entonces, ¿volverás?

—¿No te digo? Me voy.

—¡Mujer!

—Sí, tengo prisa. He de estar pronto.

—¿Te acompaño?

—No, salgo yo sola.

—Digo a la calle.

—Ah, no, tampoco. Creía que decías por la patrona. Si me la encuentro la escupo a la cara, o le digo que he estado con las compañeras, que pasaba por aquí...

—Adiós, entonces, y vuelve.

—Volveré. No te preocupes. Adiós.

Pascuala salió.

Mientras ha ido llegando el calor. Pronto se termina el curso, y dentro de muy poco las notas tienen que estar en la Dirección del colegio. Esteban tiene que empezar a trabajar sobre el asunto.

Menos mal que Pascuala no ha pedido dinero o no ha venido a decir que estaba embarazada. Ahora tiene que pensar en las notas de los alumnos, pero le tiene sin cuidado. Sólo el hacer algo es lo único que le molesta. Lo más fácil sería aprobar a todo el mundo o suspenderlo, y hasta otra. El suspenso no tiene justificación. El aprobado, simplemente por lo tarde que se ha empezado el curso; el profesor nuevo; después de todo, lo poco importante que es el dibujo.

Se ha ido Pascuala y que no vuelva, que le va a complicar su tristeza. No quiero ya que vuelva; tiene miedo que le quite su tristeza, lo único que le queda por perder. Si vuelve a la semana que viene conseguirá estropearle todo. Ahora, según está, es como quiere llegar al fin. La habitación con la cama, la mesa y el armario son suficientes albergue y compañía.

Otro día vendrá su amigo. Y hablarán.

—¿Qué tal por el colegio?

—Vaya, bien. Con ello voy viviendo.

—Me alegro de veras. Ya se te ve otra pinta. ¿Y los niños?

—¡Ah!, los niños, sí, ya me han domado. Ponen un círculo de tiza, y si me meto en él se callan todos y escuchan atentos. Hasta es posible que todos sepan para aprobar.

—...

—Lo malo es cuando tengo que salir del círculo. Eso es lo malo. Entonces me la arman. Pero qué le voy a hacer, ¿no te parece?

—Claro... Pero podías imponerte.

—Ya, ya me he impuesto; la prueba es que me respetan el círculo.

—Pero eso, ¿quién lo ha inventado?

—Pues los alumnos. Ellos, quién va a ser.

—Claro.

Esteban quiere estar solo. Y le resulta difícil siendo pobre la soledad. Los niños, la pensión, la secretaria, los amigos, aunque pocos, le acogotan, le rodean continuamente.

—Tiene que ir pensando en la calificación final—dijo don Cosme.

—Nos estamos portando bien ahora. ¿Qué nota nos va a dar?—dice un alumno.

—Sí, ahora que estoy en el círculo, vaya, no os portáis mal.

La misma innecesaria soledad que le rodea le mortifica; su cuerpo, inseparable de su soledad, también—y con ella—le oprime; la palabra soledad en el pensamiento—igual que éste—incluso le afecta. Un sueño infinito es acaso lo que le pueda liberar. Desde esa estancia el gusanito roedor le comerá su íntima soledad—la idealmente del bichito—; es igual que con el perro y la rabia, muerta la soledad, muerto el hombre. La voluntad puesta al servicio de la esperanza, ambas mantenidas por la fe, se resquebraja lentamente, empieza a caer, y con ella arrastradas por sus brazos, se van las otras hacia el pozo que sólo defiende la frágil línea de tiza.

Matilde quiere que Esteban la lleve al cine, pero el profesor se desentiende, mira para otro lado, o dice que no, que está un poco triste o un poco raro, que prefiere estar solo.

—Nada, hombre; yo te decía..., ya sabes.

—Claro. ¿Te enfadas?

—No.

—Bueno.

Esteban, al hacerse un poco la noche, aunque ahora el sol se pone muy tarde, se va a pasear por el puerto, que ni le gusta ni puede soportar el olor del mar podrido, ni es bien mirado por los que allí andan. En cuanto el brillito del horizonte desaparece son las nueve y se va a la pensión a cenar. No le importa demasiado comer; pero si llega tarde le arman jaleo, y al final le dan igual de cenar.

Del curso sólo le queda asistir a alguna clase más y entregar el parte de las notas. Las clases se dan por sí solas, las notas no tiene ganas de hacerlas. De todas formas, a los alumnos los desconoce, no son más que un telón de caras y malas ideas.

La línea de luz que se va de entre el mar y el aire se le ha metido dentro y la lleva siempre por la parte interior de los huesos de la frente. Cuando ya ha anochecido el puerto y marcha hacia la pensión ve la rayita dentro de los ojos, subiéndolos hacia arriba hasta hacerle daño; cuando cena la sopa y la pescadilla, a pesar de la atención que pone en las espigas, no deja de ver la franja luminosa de sus huesos; cuando duerme se pasa la noche mirando la rendija que se escapa por debajo del inmenso cierre metálico de los sueños; al afeitarse el espejo le refleja una línea más plateada que el resto por encima de la nariz y los ojos; en ella se fija tanto que se llega a cortar con frecuencia; al sacar el papel de fumar de su carterita (para que le deje de sangrar la herida de la cortadura hecha por descuido al mirar o al ver lo que no debe mirar o ver), por el borde casi dorado del pegamento, ve dentro de él o fuera—según mire sin fijarse o haciéndolo exactamente como el que lee—un hilillo lunar y alargado; al ponerse la chaqueta, etc.

—¿Estás enfermo, Esteban?

—No, ni mucho menos. Me encuentro muy bien.

—Será por las calificaciones.

—Sí, eso...

El día no es más que una espera para meterse en el círculo a la mañana siguiente. Entonces hasta llega a considerar que la vida le sonríe, pero es muy poco tiempo.

Los niños le han martirizado mucho. Ahora, sin embargo, son los únicos que le mantienen en vilo. Ha conseguido ver que hay algo en él todavía intocable, un pedacito de madera—su tabla de salvación—que cuando está debajo tampoco le interesa. Ya su orgullo, o su ansia de poder, le empuja a ampliarlo, a que la tabla se haga grande como un mundo. Esteban no se puede agachar para pintar más grande el círculo (hay que guardar la compostura); tampoco podría hacerlo aunque el agacharse no estuviera mal visto. La madera—¡la madera!—es la única que puede ensancharle el círculo, creciendo; aunque la marca de tiza no crezca, no importa; con cierto disimulo, el pie—con tantas tizas como hay en el suelo—podría ir tapando los agujeros de la señal. La madera tiene que ensanchar, tiene que agrandarse por lo menos para que Esteban quepa tumbado.

—Me vais a perdonar que os dé la espalda. Voy a orinar en las tablas. Al fin y al cabo, vegetal, y todo vegetal con el agua crece...

Algún niño rió, o fijate, fijate, va a mear. Alguno pidió silencio. El círculo. Esteban dejó el suelo con un charquito en el centro de



donde había caído el chorro, entre los pies, mucha humedad alrededor y salpicaduras hasta una distancia considerable. La espumilla del centro, al estallar, suena allá, en el suelo, ti, ti, ti.



—¡Qué cochino!

—Silencio.

—¡Es que me ha salpicado!

—Lo siento —dijo Esteban—. No he tenido más remedio. Lo siento de veras, pero tengo que intentarlo todo.

—Sí, claro.

—¡Silencio! —reclamó otra vez el alumno, más autoritario aún.

El niño se limpiaba las piernas con un papel, la página cincuenta y siete de la geografía, segundo grado, precisamente por la parte de los grandes desiertos donde el hombre por beber se bebe su meo. La hoja, aunque bastante vieja y desgastada, crujía entre los dedos y

la pierna del alumno, rompió el silencio. De esta vez nadie le dijo nada.

—Vaya —aventuró bajito el niño.

Nadie dijo nada tampoco.

—Pues sí, ¡cochino!

Tche. Tche. Tanto no, alumno; tanto no. Bueno está que protestes, pero algo dice que tú también estás abusando. Que no es para tanto.

—Anda que si os pasa a alguno..., bueno.

—Silencio.

Esteban mira. Sólo alguna palabra —las consentidas por la anormal situación—, algún gesto.

—Bueno.

Silencio. Algo.

El muchacho tiró el papel con asco; se frotó las manos en los pantalones, con rabia; miró descarado a sus compañeros. Con la cabeza decía con un vaivén: ya está bien, ya está bien.

—Perdona, muchacho. Es lógico que protestes, pero ya comprenderás que a pesar de todo es lo único que me quedaba por hacer.

—Señor profesor, salga usted del círculo. Nosotros también tenemos que vivir. Por favor, ande, ande...

Esteban salió.

—Salta, monito, salta...

Salto, saltos cada vez más altos; saltos, saltitos, dame unos pitillos; saltos, saltazo, dame un pedazo.

—Esteban —ya no había broncas— participaba como uno de ellos en las juergas. Las ofensas eran inútiles, a nadie se podía ofender, todo eso ha pasado.

—¿Que salte?, pues salta. ¿Quién puede saltar más alto?

—Ja, ja, ja.

—Yo, señor profesor.

—Yo, yo, yo, yo.

—Yo.

—Uno, uno solo primero; luego otro. Tú.

—Yo, eso.

—¿Cómo te llamas?

—González.

—A ver, salta.

—Muy bien, muy bien.

—Bravo.

—Aprobado.

—Ahora yo.

—Venga.

—Bien, aprobado.

—...

—Aprobado.

—...

—Aprobado.

—...

—Aprobado.

—...

—Aprobado.

—...

—Suspenso.

—¡Es que tengo la pierna rota!

—Bueno, otro, aprobado.

Esteban se fue hacia la puerta, y al dejar el círculo se oyó: salta, monito, salta, etc.

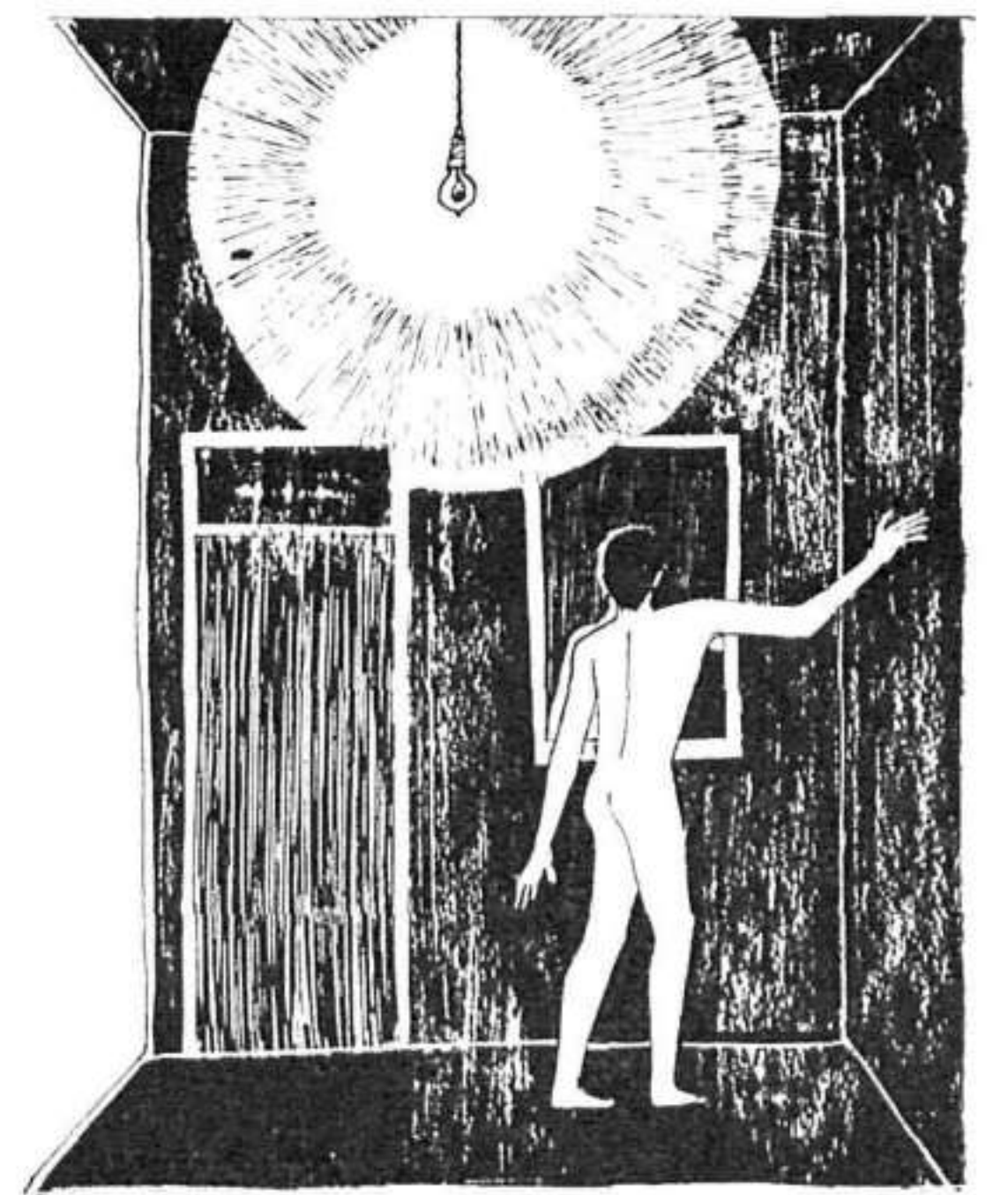
CAPITULO VI

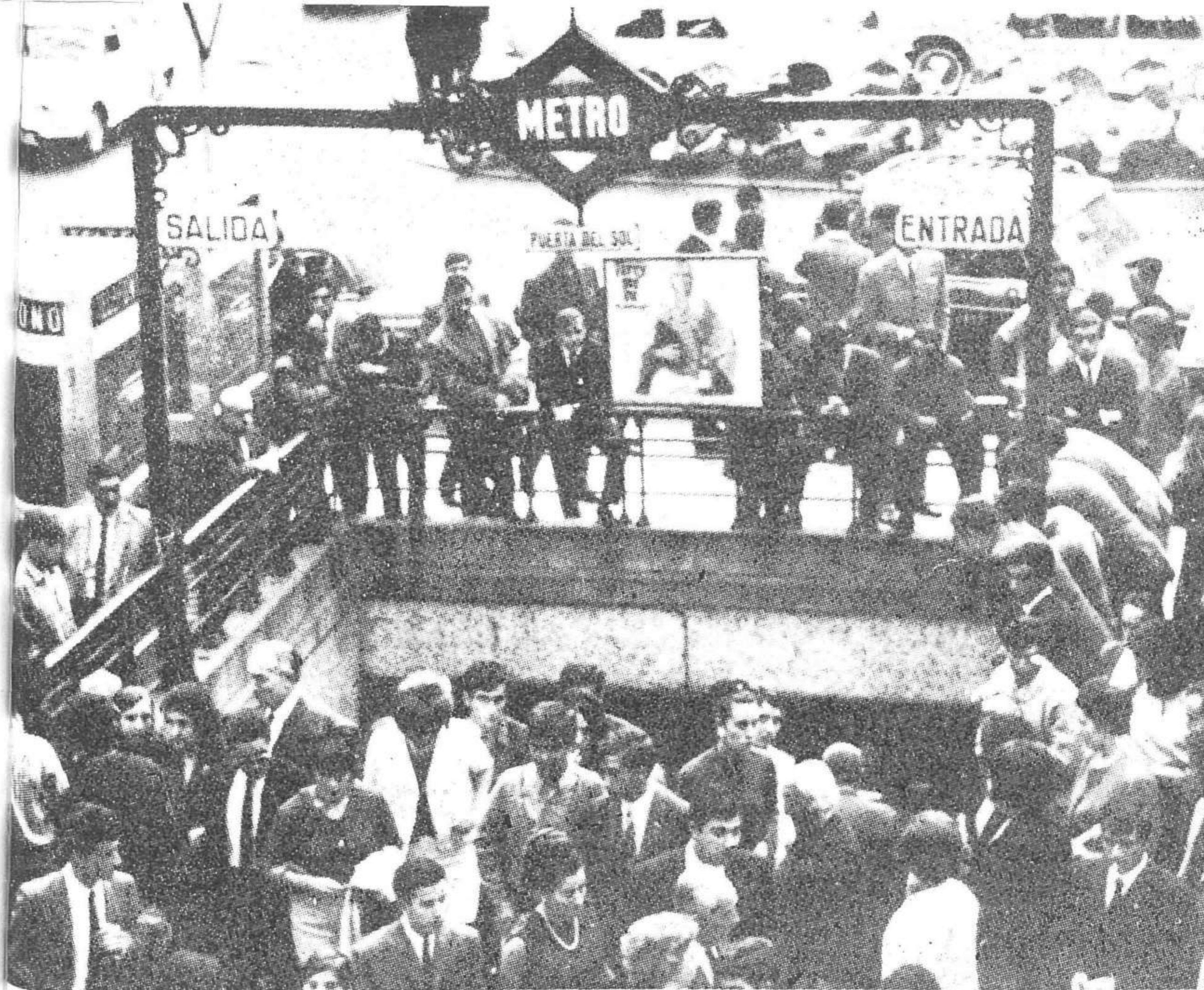
Hoy es el último día de clase. Tres cuartos de hora de francachela y el curso ha terminado. El último día de clase o el primero consiste siempre en un rato de francachela, sobre todo cuando no hay nadie suspenso y así no se pueden ver caras tristes, y aun cuando lo que se va a terminar es simplemente el dibujo. Esteban se mira

en el espejo, se deleita con el humo, con los minutos que le quedan para empezar a marchar. Hoy se va a perder el desayuno, no porque vaya a pasarse la hora, sólo porque está perdiendo el tiempo suficiente para luego, sin apurarse, llegar al colegio a lo justo. El espejo no es muy perfecto, tiene un bollo que le sube a la cabeza por el lado derecho; por el izquierdo en el espejo, por donde se despeña el humo de pronto en la subida. La chaqueta del pijama está medio abierta. Por entre los pechillos del pecho se ha encontrado un granito al buscar con el dedo, y se lo rasca un poco. Las zapatillas de paño ya le dan calor en los pies y los saca, pero ahora nota incluso fresco, por eso han inventado las zapatillas de entretiempo. El espejo refleja una lucecita de los ojos de Esteban muy triste, muy triste. Esteban se ha llenado de tristeza, ya no le queda sitio para ninguna otra cosa. Sin embargo, tiene que olvidarla lo suficiente para levantarse y andar, tiene que olvidar que es el último día, un rato tan sólo, y cumplir. Apenas le queda su débil tristeza que le sujete. Vuelve a costar trabajo, mucho trabajo, mover un dedo. El círculo se cierra, el círculo está cerrado. Ahora que ya empieza a sentir por adelantado (¿por unas horas?) la dificultad de sentirse completamente solo. Sin las clases que algo le acompañan, y lo que es más absurdo, cobrando durante el tiempo que tarde en empezar su castigo. Hoy es el último día en que aún tiene algo de prisa, pero para eso ha dejado de antemano el desayuno a un lado. Hoy, por ser el último día, va a dejar de desayunar; el acontecimiento hay que festejarlo con el estómago vacío, que hoy no es día de desayuno. No, sustituta de Pascuala; hoy es el gran día final. Hace al revés, festeja en ayunas. Es que me voy a hacer una radiografía. ¿Está usted malo? No, para ver simplemente. Ja, ja. Los alumnos que se van a divertir porque es el día último del curso llevan más bocadillo o más bocadillos. Hoy ponme dos, que tenemos libre todo. Hoy te pongo bocadillo para que festejes el final. Esteban sigue todavía en su puesto. El espejo está delante; en todos los puntos brillantes de su espejo hay un agujerito en donde se olvidan las otras cosas, los días anteriores, los trajes recién estrenados hoy, el último día, cambiados por la vasija de plástico. El sol constante en las calles, en las mujeres, es un motivo más de aflicción para Esteban. Su cuerpo se le infla con el calor, y su carne le explica el temblor profundo: la Pascuala, que es la que está más a mano. Pero, no, tampoco, también la quemó. Ya no le queda nada por quemar, sólo los últimos momentos del último día de clase, unos segundos que solamente el protocolo escolar exige. El profesor ya no tiene más que unos segundos con sus alumnos y un pensamiento puesto en nada de tanto como salta de un lugar a otro y que a nada se agarra; pero precisamente ese pensamiento es lo que le sujeta con un débil enganche la cabeza al cuerpo, el tibio pensamiento a unos segundos de espera impaciente. Por sobre todo ello anda la ausencia forzada, pero querida, de una mujer necesaria para un cuerpo. En las tapias posteriores del ministerio, a la luz del día, el sol de plano en ellas, va borrando esas huellas, hay restos de parejas del anterior anoche. En cada macho de cemento que sujeta dos tramos de antigua cal, hoy agrisada, en su borde derecho, respiran aún los residuos de humedad entre los restos de antiguas humedades secas (las que han pintado de grisura el blanco). De los restos líquidos, excremento de un crepúsculo de esfuerzo, se airean, levantan su vuelo las palabras tristes, entonces victoriosas, de unos encuentros pobres de mujeres y hombres. Las letras impregnadas de la maloliente podredumbre que el sol ahora levanta lleva al que pasa el significativo recuerdo de unas dulces palabras hechas materia ayer, hoy destruidas. Los perros husmean el olor del manoseo, el sudor de tanta carne junta, la historia repetida a través de consecutivas humedades. Los cicerones de las compañías turísticas enseñan al cuerpo que viaja la altura máxima que alcanzó la humedad del glorioso año veintisiete. La carga del camión piensa en siete idiomas en las jocosas y roedoras palabras dichas en siete idiomas que encandilan sexos de otros tantos países. Más allá está la iglesia, y luego el cine, y aún más allá, el cuartel de la Policía; por último, el periódico. Con todo, se puede hacer turismo. La gran iglesia donde se bendicen —porque así hay que hacerlo— las humedades de la tapia. El gran cine —pantalla panorámica, sonidos especiales, ambientes, etc.— donde las parejas muertas aprenden de los muertos personajes de la tela las muertas costumbres de moda. En el cuartel hay cine, iglesias y tapias. El periódico comenta todo lo anterior, movimiento de viajeros, vida religiosa, cartelera de espectáculos, sucesos, nuestro periódico acusa: inmoralidad en la vía pública. Señores, y a dormir tranquilos. Los programas de moralizar lo inmoral están previstos, escritos, en marcha. Las mujeres en situación de no hacer inmoralidades ya pueden estar tranquilas. Ya se están saneando las tapias de la localidad, de momento se han vuelto a pintar con cal. Ochenta pesetas el jornal, dieciocho jornales, mil cuatrocientas cuarenta pesetas; pintura, diecisiete mil cuatrocientas cincuenta con treinta y dos. Expediente setecientos cincuenta y cinco mil tres veintinueve A. F. catorce por dieciocho mil trescientos cincuenta con treinta y dos céntimos, archivado, visto bueno, conforme, timbre, registro, ¡qué más! Por eso Esteban, al que sólo le quedan unos segundos y un pensamiento estúpido, se afeita con deleite ante el espejo de la pensión. Según la cuchilla se lleva el jabón va aflorando su cara triste. Pero de nuevo se enjabona y la blancura ha borrado otra vez lo que en la cara sin pensar se tiene. Los dientes, entre tanto blanco, se le han oscurecido; necesitaría una pasta mucho más fuerte para ponerse a tono con el jabón. Pero ya no hace falta, la espuma, evaporándose lentamente, deja el blanco menos blanco de lo que estaba, y al tiempo y con igual intensidad los dientes van volviendo a su ser. A la izquierda del lavabo están las barras metálicas del pie de la cama: son lisas por la parte superior, en forma de grandes ondulaciones; en el encuentro de dos deja siempre el pitillo del afeitado, que apenas se lo fuma y fácilmente se moja. En ese lugar el metal amarillea. A la derecha del lavabo, en la pared de la ventana, hay

un estantito con cosas. Muchas veces al levantar el codo, buscando la situación más propicia con la maquinilla para la cara, tropieza con él y las cosas repiquetean por su base (o su costado si se tumban contra la tablilla de cristal). Cuando el pitillo ya se ha hecho bastante pequeño, lo retira de la cama, lo moja y lo echa a la pepelera siempre con los mismos papeles, apenas un nuevo papel de paquete de tabaco vacío, una caja de cerillas vacía, un papelillo de caramelo, muy de cuando en cuando. Se echó para atrás para solucionar alguna incomodidad que había en una zapatilla y tropezó con la mesa, que está al pie de la ventana hacia la derecha a partir del cierre central. Esteban se pasa la cuchilla por la derecha, y la luz, como tiene que dar el cogote a la ventana para poner de plano ese lado de la cara al espejo, es insuficiente. Por la izquierda la luz, en cambio, le pilló muy bien. El afeitado, aparte del acto higiénico que representa, puede resultar agradable por el roce de la máquina en la piel en un determinado estado de ánimo, o por ese tiempo que dura la operación, el tiempo que se escurre como un pez, que se estira como una goma, que se encoge como un muerto quemado. Una difícil combinación mental puede conseguir que el tiempo se escurra, se contraiga y se dilate casi a voluntad y casi al unísono. Un minuto compuesto de todos los instantes que uno quiera obtener desde su cabeza, origen de sus decisiones. Todavía por el mes, día y hora no hace calor, tampoco frío, se está bien. Una mañana de un día que será algo caluroso. Estuvo tentado de enjabonarse por tercera vez. Era una pena que se acabase el afeitado. Sin embargo, una mezcla de ligera pereza, de no ser necesario en absoluto, que después de todo el reloj marcha, y que ese ratito de la tercera vez se puede emplear en echarse más agua por la cara y el cuello y las orejas con las manos, o que algo le puede llevar en todo caso un tiempo equivalente a lo que pudiera haber tardado en la tercera: hacer en el colegio cualquier cosa, o un detalle de una uña le robó ese tiempo (que no le haría llevar ningún retraso, pero que le sustrajo esa porción de ratito) o una mosca—la primera que ha volado en la temporada oficial que se inicia de mosca y calor en las ciudades durante el verano—, que se entretuvo por acaso quererla matar. Entonces fue cuando estuvo a punto de salir (con un movimiento de torsión del cuerpo) del área del lavabo, pero al punto dejó de hacerlo. La cara estaba ligeramente enjabonada por las partes adonde no puede o no debe llegar la cuchilla, a ranuras y arrugas de narices o a las partes extremas impropias de bello y, por tanto, inútilmente enjabonadas. Además no se había lavado el resto de la cara, ojos y frente acción precisa para un día, sin duda, tan señalado. Incluso orejas y cuello. Los sobacos no, porque realmente todavía no se suda; más adelante, pero luego no habrá final de curso. Que se le va a pasar la hora del desayuno. Todavía es pronto, o no es tarde; el reloj también dice que es tiempo aún. Hoy no. Hoy no se desayuna. Hoy es el día grande, y hasta a lo mejor dan unas copas de vino español. Dentro de un rato, en el colegio, habrá una sensación estúpida de alegrías sin razones. Por encima de todos se echará como un manto de humo el vicio de la jocosidad, y todos se reirán con su pauta. De la alegría a la alegría, pasando por una explosión de alegría; todo sirve de motivo. Esteban se seca la cara con la toalla y se echa vaho; por donde tiene la cara tapada un calorcito húmedo le reconforta la irritación del afeitado. Primero le escuece ligeramente, luego la cara le queda fresca y tranquila. Mientras, por el sumidero quiere salir un fondillo de agua que queda, pero un trozo de jabón se ha atravesado con unos pelos en la cruz del agujero. El jabón, con el curso, se acaba. La toalla hay que pensar que un lavado no le vendría mal. Los ojos al final se los seca con el rincón más limpio, el de ellos. Los ojos son muy delicados. Los de Esteban en seguida le pican. La media toalla de los pies es la más sucia. Aparte hay trozos que si no tan sucios por lo menos ya están de color gris oscuro. Quizá hoy mismo se la cambien. Sólo quiere la ruina para él. Pascuala, vuelva o no vuelva, sólo quiere verle hecho un imbécil histórico. Liarle, casarse con él—en todo caso después de un embarazo prematuro—, y con el mayor amor hacerle la pascua para siempre. Dejará una herencia de él mismo, producto de un amor putrefacto, viciado por las incontables acciones inútiles que se hacen al fin contra uno, contra lo que más quiere o pueda querer uno. El alma perfecta de todas las Pascualas acorralan a Esteban, indefenso profesor producto de un aula y un círculo. La habitación de Esteban es pobre, la más pobre del mundo, y, sobre todo, es muy triste. Todo está triste ya. Desde luego, al año que viene—después de ir pagando religiosamente todos los meses— exigirá una alfombra nueva para los pies, la de ahora ya no se puede ni mirar de fristona que resulta. Igual ocurre con el lavabo, que presenta manchas de agua—la que todo lo limpia—por donde recibe el goteo continuo; el lavabo de material inalterable contra cualquier agente exterior, que no sean golpes. También había material contra golpes, pero el contratista de la obra, en este caso la patrona, prefirió ahorrarse unas pesetas, aunque el reclamo de los golpes le pareció de primera. En esos lugares, los manchados, el agua; una gota cada tres segundos en el grifo derecho si sólo se aprieta hasta el momento en que dos puntos determinados de la llave se enfilan con uno oscuro—defecto de fabricación del material (claro que no era del mejor)—y, naturalmente, habiendo dado las vueltas precisas de antemano para que el caño no suelte un chorro. En el grifo de la izquierda no se puede calcular la caída del goteo con tanta exactitud, sólo se puede decir que la gota salta entre dos y cinco segundos. Esteban hizo los cálculos con su cabeza y luego comprobó con un cronómetro prestado que el error era simplemente de décimas; inapreciable. La bombilla, también, también está buena, le hace falta un buen restregón a la bombilla, llena de churretes y opaca. Esteban mira para ella. No está demasiado alta. Con una silla hasta un recluta bajo puede llegar. Acercó una silla, casi debajo de la línea que haría el cordón si llegara hasta el suelo. Efectivamente, lo que parecía era verdad. La bombilla la dejó en la mesa antes de

bajarse de la silla; al bajarse—en no buen estado la silla, desportillada, se mecía crujiendo—podría caerse y las bombillas de cuarenta están ya por lo menos a doce o trece pesetas. Lo mismo que las edades de los niños del colegio. La yema de un dedo se le quedó oscura y todos los hilitos de la piel oscuros. En la mesa la bombilla, y todavía desde lo alto se le veía la huella de la yema con las mismas arrugas, sólo que al revés: lo que está limpio de un lado, está sucio en el otro, y al revés. Un poco de luz como la caja de unos zapatos de niño de grande, resultado de cuatro aristas: chimenea, tejado, techo del marco de la ventana y lateral del mismo; objetos que no permitirán que el sol reflejado en la mesa sea más amplio; la bombilla justamente participó de este sol, si no toda, al menos la parte que tenía la huella, y ésta se reflejó con sus sombras y luces hiladas en la mesa, aunque un poco alabeada por el paso de la imagen a través de la ocasional lente del trozo de cristal antipoda de la huella. Puso la bombilla al grifo y la fregó con jabón; el agua quedó turbia. La secó con el lado de la toalla para los pies. Encima de la mesa, al sol, la caja de zapatos, ligeramente desviada de la anterior posición, terminó de secarla. En el lavabo, al vaciarse, quedó un cerquillo oscuro de polvo mojado, nivel máximo de la subida del agua. La mano y un poco de jabón borró el cerco. La bombilla relucía casi como una joya. Daba gusto mirarla. Esteban se sentó a mirarla. Se iba desabrochando, al tiempo que se cegaba con tanto reflejo, la chaqueta del pijama. Se vistió lo mejor que le quedaba para el último día. La corbata es lo que más desluce. Una corbata para todo bastante juego da ya. Ha terminado, está para salir y aún le sobra un cuarto de hora. Media hora menos unos minutos de camino para llegar al colegio andando. Se sentó otra vez, la bombilla a su alcance. Y la cogió y vio que ya estaba seca. El sol le había secado cualquier humedad por escondida que estuviera. El vaporcito que soltó la gotita escondida en una sección de muesca, por ejemplo de la tuerca dorada de enganche, voló dos, tres o cuatro centímetros disparado hacia el cielo, pero dejó a esa altura de ser vapor y se convirtió en algo tan infinitamente pequeño y absurdo que solamente la lógica puede intuirlo: un barco de altura, unos testículos de toro o un alfiler de cabecilla de color simplemente. Volvió a poner la bombilla. Encendió la luz, se veía limpia; acaso por el lado del armario esté algo churretesa. Sí, efectivamente. Con la toalla y la silla quedó el cristal sin mácula aparente. La luz que ahora daba, sin duda más que cuando sucia, no se apreciaba con la de la ventana. Cerró las contraventanas y miró el efecto luminoso. Da gusto, con esta luz da gusto. Siempre hace uno las cosas cuando todo está a punto de acabarse, es lástima ser tan descuidado. Esteban abrió las ventanas, así entra luz y aire; dejó, en cambio, enganchadas las contraventanas. Al salir, en el pasillo, después de cerrar la puerta, se acordó de la luz encendida y del gasto que supone que hasta parece que debe gastar más una bombilla encendida por el día que por la noche, y de la patrona. Es igual, una vez sola; y la patrona, que se fastidie. Qué elegante va don Esteban; qué elegante vas Esteban; qué elegante va el señorito Esteban. Se encontró a la patrona. Se saludaron. La patrona le miró con ojos pediguños. Esteban le contestó con un descuide, precisamente ahora. La patrona le dijo que ya, ya. Y se despidieron. Hasta luego y adiós. La claridad de la calle mata la de la luz eléctrica por el día, y aunque a través de las rendijas de las puertas o sus alrededores pueda pasar, nadie desde fuera, ni la de los cuartos, la que tiene que pagar, se puede dar cuenta, y la rueda del contador dando vueltecitas y a tantas vueltas un kilovatio, y éste a tantas pesetas. La habitación está sola y con las luces encendidas. El espejo lo ve todo al tiempo, como si estuviera cuajado de ojos, cada punto un ojo. Una habitación vacía es muy difícil de mirar, pero hay que hacerlo sin que se dé cuenta, ni siquiera el ojo; condenar el ojo a no verla, los demás sentidos ni a sentirla; sólo el recuerdo es el que quizá pueda hacerlo; la única forma es estar pensando en ella, y si en algún momento de ese pensamiento nos sentimos lejanos, acaso entonces pueda uno decir lo que es una habitación vacía. En el lavabo, en esa habitación, a lo mejor ya no hay manchas de agua, ese conocimiento casi imposible las ha borrado. Cuando la habitación está vacía todos los hombres y mujeres que han estado en ella se pasean, se sientan o están desnudos, impúdicos, portadores de secretos insoportables; lo único que entonces demuestra que ese lugar es respetable (como se dice que una cosa es respetable) es que está vacío, que a pesar de todo está completamente solo, que lo más animado, o azaroso, o dañino, es el espejo. La habitación de Esteban está vacía. Esteban está bajando las escaleras de la casa. Casi ha llegado ya a la puerta del piso donde vive el niño que le prestó el método de dibujo, el causante—el efecto habrá sido malo o bueno—aunque no total, de su admisión en el colegio. Esteban, sin darse cuenta de por qué siente que lamentaría que esa puerta se abriese, hizo como si aligerara algo el paso, pero nada, una cosa imperceptible. En la calle se encuentra más tranquilo; ya, aunque se abriese la puerta—que alguna vez se abrirá—, no importaría. Lo peor hubiera sido pasando él, que la coincidencia hubiera sido fatal. Sin embargo, ahora ya, y a partir de este momento, la puerta se puede o se podrá abrir cuando lo necesiten o quieran por las buenas, o porque salga el humo, o el perro, o el niño, pero no le pillarán a Esteban, que acaso





Roque, el Hombre

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

NADIE creerá que a Roque le sangraban las manos, desgastadas de santiguarse. Pero yo voy a contarlo, porque es verdad. Estaba loco. Y trabajaba en el campo. Era ferviente devoto de sus amos. Devoto de los ricos. En los momentos de más excitación, exclamaba:

*¡Vivan los ricos! ¡Vivan las ricas!
¡Vivan los curas! ¡Vivan las monjas!
¡Vivan los frailes! ¡Vivan...!*

Creo que hasta había un orden jerárquico en sus gritos, que él mismo establecía, claro.

La conversación con un loco tiene algo de rito, de celebración, de culto a la sorpresa de la palabra y de la idea.

Mientras hablábamos—era en la calle—sonreía y miraba a los transeúntes. Se acercaron a nosotros unos franceses. Nos preguntaron algo en su idioma. Y yo les contesté, charlando brevemente con ellos.

El asombro de Roque llegó a su último grado:

—¿Conque ahora los entiendes? —me dijo—. ¡Cuánto sabes...! ¡Y ellos a ti también te entienden...! ¡Cagüen...!

—Tú también me comprendes, Roque. ¿O no? —le contesté.

Me dio la impresión de que no me había oído. Se me quedó mirando, admirando, con los ojos desorbitados, lejos, muy lejos.

En el manicomio solía arrebatar las cartas a sus compañeros de reclusión. Jugaban. Y los que perdían en el juego se «cagaban en el de arriba». Y les quitaba los naipes para que no siguieran jugando. La inmediata era que sus compañeros, más violentamente enloquecidos, le acestaban una lluvia de mamporros que le mandaban a la enfermería.

Era de pueblo. Gañán meticulado, de yunta y arado todavía. Trabajaba desde hacía varios años con su «Adán» y con su «Eva», un macho y una mula torda y falsa, que más de una vez

le había coceado. Su chaleco, de pana negra, estaba lleno de medallitas de monja, que él mismo había ido cosiendo, sin que le quedara ya apenas espacio libre para una más.

—Mira. Esta de la Milagrosa me la regaló sor Cándida. Esta, sor Enriqueta. Esta es la Virgen de la Estrella. Me la dio sor Lucía. Y el señor cura de Carriches me regaló este «cristito». Y yo le di veinte duros para vino y «sagradas hostias». Son muy bonitas, ¿verdad?

—Sí, sí. Son muy bonitas. Pero ésta...

—Es que ésta me la encontré en el campo de...

Como se quedó un poco pensativo, creí que sería en algún campo de batalla. Pero no.

—Me la encontré—siguió—en el campo de «la Rinconada». Y estaba muy viejecita y sucia. Yo la limpié. ¡Mira, mira...! Se nota que es vieja, pero es bonita. ¡Y es la Virgen del Remedio...! ¡Cagüen...!

Los domingos y los días de fiesta se cambiaba de chaleco. Se vestía de limpio. Pero cómo salir a la calle sin las medallas. Roque se pasaba la noche descosiendo y volviendo a coser. Posiblemente él querría lucirlas ante alguien. ¿Ante quién? De un chaleco a otro iban pasando las medallas en la aguja y en el hilo, potentes vehículos de su *shock* religioso. Quizá su intención estaba más allá de la tierra, porque estas condecoraciones gratuitas no las llevaba al descubierto. Se ponía la camisa encima del chaleco. Y ¿por qué me las enseñaba a mí? No..., no hay que pensar en lo absurdo. Yo tengo poco de esa clase de mediadores...

—¿Sabes? —me dijo un día, con cara de niño en noche de Reyes Magos—. Tengo ganas de entrar en una catedral, y mojarme hasta el codo de agua bendita.

Me extrañó. Yo no recordaba haberle hablado nunca de catedrales. Le hablé de grandes ciudades, pero jamás de grandes templos, donde dicen que Dios parece más pequeño. Estaba loco, ¿saben? Yo, no. Sólo sé que soy un escritor célebre, que he ganado el premio Nobel y

que se me estudia desde el siglo pasado en todas las Universidades del mundo; que he matado a Baudelaire de un puñetazo y que me baño desnudo en el mar Muerto cuando me da la gana. A lo mejor había visto alguna estampa de la catedral que proyectó.

—¡Chiss...! De esto no sabe nada mi mujer. Ella cree que voy a la oficina, que sólo gano seis mil pesetas y que ronco por las noches.

Roque tenía una tía. Su tía Leocadia. Quien le visitaba de año en año. En una de sus visitas, Roque recibió a su tía sonriente, como acostumbraba. Sin embargo, en su rostro tenía más esparadrapos que en otras ocasiones.

—Pero, Roque, hijo, ¿qué te ha pasado ahora?

—¡Na! Me pegaron el otro día éstos... (El taco no lo llegaba a lanzar nunca. Se le quedaba a flor de boca, entreabierto en esos puntos suspensivos.)

Roque le explicaba a su tía lo sucedido con las cartas, sus arrebatos y las naturales violencias provocadas.

—Hijo, no les hagas caso, déjalos que digan... ¿No ves que están locos? —le aconsejaba su tía Leocadia.

—¿Locos...? —gritaba Roque—. ¿Conque ahora cree usted que están locos, tía tonta? Estos son unos rojos, que no se quitan la gorra cuando pasan delante del retrato de Franco, ni rezan antes de comer.

Como Roque no había salido nunca de su pueblo, una aldea de poco más de cuatrocientos habitantes, antes de que le internaran en el manicomio de una ciudad, un día quise hacerle conocer Madrid. Le conté muchas veces lo que era y había en una gran ciudad, como he dicho antes.

—Tenemos que ir a Madrid juntos, Roque —le proponía—. Desde mucho tiempo veníamos hablando de ello. Y yo se lo repetía. Ya verás. Qué grande. Cuántas cosas. Cuántos anuncios con luces. Cuántas tiendas...

De los espectáculos y demás pasatiempos no valía la pena hablar a Roque. Abriría mucho los ojos. Me haría preguntas difíciles. Se asombraría demasiado. Mala experiencia para conocer después un manicomio.

—Si vamos a Madrid—preguntaba Roque—llevaremos a «Adán» y a «Eva». Les gustaría verlo también.

Yo tenía que hacerle comprender que los animales del pueblo se desenvolverían muy mal en la capital. Los coches, las gentes, los guardias... «Eva» soltaría sus coces a cualquiera. Y «Adán» se pondría enfermo recordando su cuadra confortable y su campo trabajado, donde él se sentía macho y rey. ¿En qué lugar degustaría su pienso mejor que en su pesebre o en su esportón colgado del yugo al lado de su compañera?

—Nada, Roque. Si vamos a Madrid, lo haremos solos. Si tú quieres se lo cuentas después al macho y a la mula.

—Como tú digas, hombre—me contestaba resignado.

El interés que había despertado a Roque conocer Madrid era cada vez mayor. Siempre que volvía del «corte»—que lo hacía cada semana, en sábado—iba a buscarme a una casita que yo alquilaba en el pueblo por temporadas. Roque estaba loco. Le gustaba mi compañía y a mí la suya. Dialogar con un niño no tiene importancia. Los niños son demasiado norma-

les. Ya empezábamos a tomarnos en serio mutuamente. La última noche le dije:

—Mañana vamos a Madrid, Roque. Prepárate.

Creo que ni siquiera era sábado. Algo raro —quiero decir algo normal— había en la mente de este loco. Tenía su mirada una expresión jerárquica, de mando, de combate. Pero fue sólo una ráfaga de cordura que en nada le favorecía. Afortunadamente cambió en seguida.

—¿Es día de fiesta mañana? —me preguntó.

—Sí —le dije—. Mañana es San Isidro. Es el Patrón de Madrid, ¿sabes?

—¿Y por qué no es fiesta en el pueblo? San Isidro Labrador... Pues, ¡na! Trabajaba el campo, como yo. ¿O es que Madrid es un campo, y eso de las casas, que me dices, es mentira?

He aquí una oportunidad para explicar a Roque el sabido milagro, y me diría:

—Lo ves, lo ves...

Pero es muy tarde ya. En el tren se lo contaré a él solo, porque ustedes y yo lo conocemos, y vamos a perder demasiado tiempo, y aún nos falta leer el periódico de hoy: la cordura, la guerra, la honradez.

No hace «buen día». Llueve. Poco viento para que la lluvia cese. El suficiente para hacer inclinar levemente los hilos finísimos del agua que cae.

El tren se pone en marcha. Roque está contento. Va a gustar de una nueva experiencia. No habla. ¿Piensa? Algunos pueblos por los que vamos pasando (ninguna ciudad en el pequeño trayecto) le sorprenden y sonríe en un sentido que no soy capaz de comprender. Estoy algo extrañado. Le pregunto:

—Roque...

—Aquellos cagones no se quitaban la gorra —dice sin escucharme.

Aumenta mi extrañeza, porque Roque desconocía aún el manicomio. Roque no debía de

ser un loco corriente. Más todavía. ¿Tendría Roque dentro de sí a todos los locos del mundo?

Nos acercamos a Madrid. El humo de la estación de Atocha le hace toser. El tira al suelo su cigarro. Yo, lo piso. Salimos a la calle y nos detenemos a la entrada de la primera escalera del «metro». El se quedó apoyado sobre la barandilla de hierro que protege la escalera. Volvía a su lado. Estaba observando, por eso no me aventuré a interrumpirle. De pronto soltó una gran carcajada. Rió, rió fuertemente, llamando la atención de los transeúntes. Le pregunté que por qué se reía, e intenté cortar su risa diciéndole:

—Estamos en Madrid, Roque. Esto es Madrid.

Sentí un poco de vergüenza ante su cara burlesca. Había dejado de reír. Me dio un golpe en la espalda y gritó:

—Bueno, macho, esto ya está visto. Vámonos al pueblo.

Principio Quieren las Cosas

Sr. D. Luis Ponce de León
Director de LA ESTAFETA LITERARIA
Madrid

Señor director: Me gustaría ver publicado en LA ESTAFETA el cuento que le envío adjunto, si lo juzga suficientemente discreto para ocupar un lugar en su revista.

De lo contrario, y en la hipótesis de que usted coincida con don Miguel II no sólo en el uso de la barba sino en la afición a la cocotología, podría servirle de materia prima para el ejercicio de la papiroflexia.

Usted verá y proveerá lo que más convenga.
Suyo afectísimo,

MANUEL F.-DELGADO MARIN-BALDO

AMIGO F.-D. M.-B.: Ahí tiene su discreto cuento impreso, sin que los folios hayan servido para nuestros ejercicios de papiroflexia. No respondemos de que el lector no utilice esta hoja impresa para su particular cocotomanufactura. Su espacio es tan cuadrado... La pajarita resultante, con la ilustración de Manolo Ríos a la parte del pico, quedaría muy bien. Adelante, amigo murciano

DOS VISITAS

—¡Señora!... El profesor la recibirá en su apartamento... ¡Botones! Acompaña a la señora.

El famoso hipnotizador había tenido ya media docena de actuaciones públicas, y el día anterior, una de carácter científico, con entrada por rigurosa invitación, patrocinada por el Colegio Médico de la capital.

Era hombre de cincuenta y tantos años, robusto, de mediana estatura. La expresión enigmática de su cara tal vez constituyera una especie de máscara profesional, pero en sus ojos había, natural y efectivamente, un poder fascinante.

Recibió en el saloncito de su apartamento a la señora que no había querido dar su nombre. Le acercó un sillón y se sentó frente a ella.

—Le he visto actuar en el teatro —dijo la recién llegada— y me impresionó su trabajo, aunque sospechaba todavía que hubiera truco... Pero luego he oído comentar a..., he oído que en la sesión que dio para los médicos consiguió dejarlos convencidos.

Hablaba con una voz pastosa y dulce, tan sensual como su figura. Distaba de ser una belleza perfecta, y lo más incitante en ella eran precisamente sus imperfecciones. Su nariz, levisísimamente achatada, y sus labios, carnosos, le recordaron al profesor el rostro de algunas mulatas distinguidas. La morbidez de su piel morena sugería una involuntaria carnalidad, aproximando la fruición visual hasta el lindero de lo táctil. Representaba menos de treinta años y, por debajo de su suavidad frutal, se adivinaba un temperamento inestable y nervioso. Aunque su indumentaria de mañana fuera muy sencilla, podía apreciarse el corte de una modista cara.

—He venido —añadió— con la esperanza de que usted pueda ayudarme.

El hipnotizador la interrogó con un gesto.

—Necesitaría recordar..., mejor dicho, revivir..., porque no es que las haya olvidado, ciertas épocas de mi vida. Recuerdo perfectamente los sucesos... Incluso los sentimientos y las emociones que me produjeron... Pero les falta..., no sé si conseguiré expresarme..., el sabor, el aroma... Como podría faltarles a un vino o a un café estropeados por el tiempo, aunque conservaran su misma apariencia... ¿Comprende lo que quiero decir?

—Desde luego.

—Y... ¿será posible?

—Confío en que sí, puesto que usted lo desea.

—¿Podría ser ahora mismo?

—No hay inconveniente. Usted dirá a qué épocas de su vida se refiere.

—La inmediatamente anterior al momento en que conocí a mi marido, y los dos o tres meses que precedieron a la boda.

—Muy bien. Siéntese con toda la comodidad posible y procure relajar sus músculos... Eso es... Míreme a los ojos y que ninguna otra cosa distraiga su mirada... Preste la mayor atención a mis palabras y desatienda todo lo demás.

El hipnotizador había acercado su sillón hasta casi tocar con las suyas las rodillas de la paciente. Inclínándose hacia adelante, dio algunos pases magnéticos con sus manos de largos dedos, a unos centímetros del rostro femenino. Durante algún tiempo, repitió monótonamente:

—Usted se concentra... Se va concentrando cada vez más... Cada vez más... Se concentra en lo que quiere revivir...

Luego, más imperativamente:

—Cierre ahora los ojos y reviva su estado de espíritu en aquella época que desea, antes de conocer a su marido.

Los párpados cayeron dócilmente sobre las pupilas color de miel, haciendo que se apreciaran mejor sus largas y rizadas pestañas oscuras. En el acto, el rostro pareció demacrarse y perder la boca su sensualidad, diluida en un rictus fatigado, doliente, amargo...

Por el contrario, cuando, unos minutos después, el hipnotizador le ordenó que evocara sus últimos meses de soltera, la cara, exangüe, se fue animando gradualmente. Reapareció, bajo el colorrete —que había llegado a semejar un maquillaje funeral—, el color verdadero. Se alegró la boca en un gesto de confianza, y los labios, carnosos, reflejaron, en rápidas transiciones, toda la gama de lo placentero: desde una expresión infantil y golosa hasta el mohín provocativo, la tierra burla, el arrobado casi demasiado crudamente voluptuoso...

Pasados unos pocos minutos más, el hipnotizador le mandó que abriera los ojos, y ella pareció despertar. Al principio, como deslumbrada. Hinchida de ingenuo ímpetu juvenil:

—¡Oh, profesor, qué feliz me siento...!

Se esforzó en responder con la mayor objetividad:

—La señora a que se refiere tenía un vivo interés en recordar fielmente determinadas épocas de su vida.

—¿Cuáles?

—La de antes de...

(Estuvo a punto de decir: «conocerle a usted».)

—...conocer a su marido y los últimos meses de noviazgo.

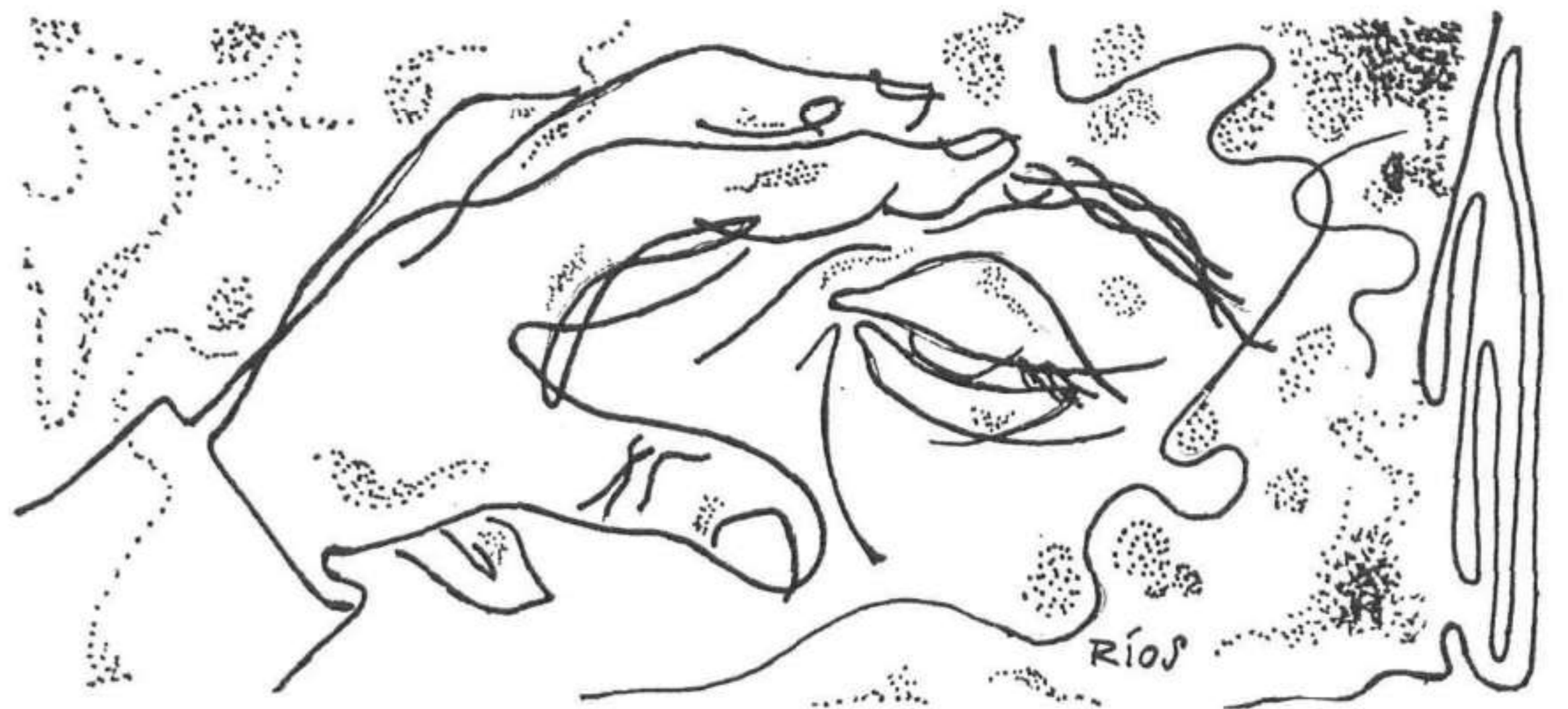
—¿Conque era eso?... Ahora me explico...

Parecía hablar consigo mismo. Luego sacó del bolsillo interior de la americana un sobre alargado, y de éste un plieguecillo que tendió al hipnotizador.

—Vea los resultados.

Su voz era irritada y hostil.

El hipnotizador desdobló la carta, escrita con una letra picuda y nerviosa, pero sin vacilaciones. No llevaba encabezamiento, fecha ni firma. Leyó en silencio: «El dar por terminada toda relación entre nosotros, sólo por considerar que tengo suficientes motivos de agradecimiento y amor a mi marido, hubiera sido menos de lo que él se merece. Hoy decido acabar, no porque sea mi deber, sino por haber llegado al con-



Apretó el resorte de su brazaletes, que mostró una oculta y minúscula esfera.

—¡Parece mentira que, en tan poco tiempo, haya podido revivir tantas cosas! Ha sido como en algunos sueños.

Sacó de su bolso un billetero de piel, que pretendió entregar al hipnotizador. Lo rehusó él sin acritud, y la señora tendió entonces sólo su mano.

Al día siguiente, por la mañana, el magnetizador recibió, dentro de un estuche, una pitillera de oro con sus iniciales grabadas y sin ninguna tarjeta o mención del remitente.

Algo menos de una hora después subió a verle un señor de unos treinta y cinco años, vestido con elegancia tan impecable que rayaba en empalagosa.

Callando su identidad, como la señora de la víspera, entró en materia bruscamente:

—Sé que estuvo aquí ayer una señora y necesito saber a qué vino.

El hipnotizador lo miró disgustado, dubitativo, sin decirle que tomara asien-

vencimiento de que lo sigo queriendo igual que cuando nos casamos. Adiós.»

El hipnotizador devolvió la carta, sin comentario.

—¡La muy coqueta, novelera —estalló el visitante—, hija de cualquier mujerzuela devoradora de folletines...!

Volvió a dar la impresión de que hablaba para sí mismo:

—Algo sabía ya de esa historia, y de sobra que ella era una cursi sensiblera. Pero confiaba en que fuera una ventaja.

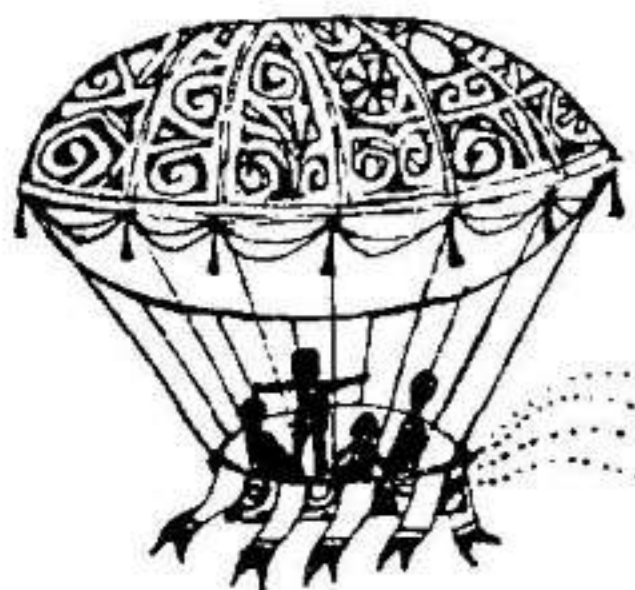
Se encaró de nuevo con el hipnotizador:

—¡Me ha hecho usted un flaco servicio con su hipnotismo y demás paparruchas!

En el rostro del hipnotizador se contrajeron un momento los músculos de la mandíbula, antes de responder con deliberada lentitud:

—No sabe cuánto celebro que haya podido ocurrir así.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió con un gesto terminante.



vueltecilla al mundo en 14 días

RODOLFO AREVALO

ITALIA, POTENCIA EDITORIAL

Italia viene dedicando una creciente atención a su prestigio editorial tanto en el interior del país como en el mundo. Para ello cuenta con la eficaz colaboración de toda la prensa italiana, tal como puede verse con motivo de la VII Exposición de Libros organizada por la Asociación Italiana de Editores, en Milán, en diciembre. En ella participan 110 casas editoriales, 99 individualmente y 11 en forma colectiva. Se presentan un total de más de 8.000 volúmenes diferentes. La intensa colaboración de la prensa está claramente representada por una sección dedicada a las «Páginas literarias de los periódicos italianos».

La potencia editorial italiana puede comprenderse fácilmente por los siguientes datos: hay en Italia 1.050 editores de libros, sin contar con los editores de revistas, periódicos y textos musicales, también muy numerosos. El valor de estas cifras se hará más patente si consideramos que Alemania, con una tradición editorial muy antigua y muy bien organizada cuenta con 1.444 editores y una producción global de 22.000 títulos. Sin embargo, esta fuerza editorial no encuentra en el interior del país un mercado de libros adecuado, ya que según se deduce de la encuesta sobre la lectura en Italia, realizada por el Instituto de Estadística, en 1966, el 77 por 100 de los hogares italianos no poseen ningún libro o en todo caso menos de 10. Este panorama afecta fundamentalmente al mundo campesino y obrero. El gasto medio que la familia italiana dedica al libro no escolar al año es de unas 140 pesetas.

Sin embargo, el mercado exterior es mucho más halagüeño. Según el informe del Instituto del Comercio Extranjero, la exportación global de productos gráficos y editoriales ha experimentado en los últimos diez años un gran desarrollo, pasando de 370.000.000 de pesetas a cerca de 4.000.000.000. La importación de libros ha ascendido a 1.040 millones de pesetas, lo cual arroja un saldo muy favorable en la balanza comercial.

El prestigio de las editoriales italianas, en especial en lo que se refiere a libros de historia, arte, divulgación y alta cultura, se refleja claramente en la facilidad con que consiguen coediciones en el extranjero.

ACTIVIDAD CULTURAL DE LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN ROMA

El consejero cultural de la Embajada de España en Italia, señor Fernández-Shaw, se desplazó recientemente a la ciudad de Nápoles con un triple objetivo: entregar al Instituto Universitario Oriental un importante donativo de libros remitido por la Dirección General de Relaciones Culturales y por el Instituto de Cultura Hispánica; donar igualmente al «Istituto Italiano per l'Africa», de Nápoles, una colección de libros sobre África remitido por la mencionada Dirección General; asistir a la inauguración de una exposición pictórica que tuvo lugar en el Instituto Cultural Español de Santiago.

El señor Fernández-Shaw hizo solemne entrega de los libros correspondientes al profesor Rossi, encargado del departamento español, en forma solemne. Le fueron enseñadas las nuevas instalaciones del Seminario Ibérico del Instituto Universitario Oriental, en cuya biblioteca serán muy útiles los libros donados.

El consejero cultural aprovechó la ocasión para visitar el curso de actualización del idioma español, organizado por el Ministerio de Instrucción Pública de Italia, y que se está desarrollando estos días, con asistencia de unos 40 profesores de Enseñanza Media.

A continuación el señor Fernández-Shaw visitó la sede del «Istituto Italiano per l'Africa», instalado en el Castel Nuovo. Fue recibido por el vicepresidente de la entidad, profesor Napolitano, y por el profesor Caravaglios, presidente de la «Unione della Stampa Turistica Italiana», que en su día había solicitado las publicaciones que envió la Dirección General.

DONATIVO DE LIBROS A LA UNIVERSIDAD DE HELSINKI

El pasado mes de noviembre el embajador de España en Helsinki hizo entrega al rector de la Universidad de dicha ciudad de un importante lote de libros con destino a la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras. La entrega se realizó con la solemnidad acostumbrada en la biblioteca de la Sección de Filología Románica. Asistieron a la misma, aparte del rector, señor Kivinen, los profesores Väänänen y Von Kraemer, así como diversas personalidades y el lector español de la mencionada Universidad. El embajador de España pronunció unas palabras explicando el significado de la donación, que fue agradecida en un breve discurso por el señor Kivinen. El señor Väänänen cerró el acto destacando que la referida donación fomentará aún más los estudios del español y elogiando la calidad y valor de los libros recibidos. De momento la aportación española a la Universidad de Helsinki ha hecho que la sección española de libros ocupe ya el segundo lugar, sólo superado por la francesa. Los diarios de la capital dieron cuenta ampliamente de dicho acto.

PRIMER SALON INTERNACIONAL DEL LIBRO DE ARTE Y BIBLIOFILIA DE PARIS

Ha sido inaugurado recientemente en París el Primer Salón Internacional del Libro de Arte y de Bibliofilia, expuesto en el Museo de Arte Moderno, al que han concurrido un centenar de expositores franceses y extranjeros. El conjunto muestra el auge excepcional que ha tenido en los últimos años el libro de arte, en especial en Francia e Italia.

España ha presentado libros de bibliofilia de la Editorial Alfaguara fundamentalmente, así como de otras casas editoriales. La presencia española es también destacada por las ilustraciones de muchas ediciones extranjeras, originales de Pi-

casso, Miró, Dalí, Tapies y Chillida. La Casa Maeght de París, por ejemplo, presenta una serie de litografías de extraordinario valor artístico y tipográfico, en tiradas limitadas para coleccionistas de algunos de los artistas antes citados.

Estuvieron representados algunos países del Este, principalmente Rusia, Checoslovaquia, República Democrática Alemana y Hungría.

II JORNADAS ESPAÑOLAS EN MONTPELLIER

Los días 2 y 3 de diciembre han tenido lugar en Montpellier las II Jornadas Españolas de acuerdo con el siguiente programa:

Día 2 de diciembre: apertura de la exposición de mapas antiguos, donados por la Dirección General de Relaciones Culturales a la Biblioteca Municipal de Montpellier. Esta exposición estuvo abierta durante una semana en el Salón Gótico de la ciudad; actuación de un grupo folclórico de Barcelona, que actuó a continuación en el centro español; recepción en el Consulado para imposición de condecoraciones al alcalde y secretario general de la Alcaldía, otorgadas por el Gobierno español; exposición de carteles turísticos y películas sobre España, dentro del programa de promoción del turismo de invierno en España.

El día 3 de diciembre hubo una exhibición de danzas españolas en la plaza de la Comedia y exposición de carteles turísticos y proyección de películas en el centro español.

Asistieron a estos actos autoridades regionales y municipales.

XIII EXPOSICION DEL LIBRO DE ARABE EN BEIRUT

El día 27 de noviembre tuvo lugar la ceremonia de apertura en el Palacio de la UNESCO de Beirut,

organizada por el Círculo Cultural Árabe y con participación de España. El acto fue presidido por el primer ministro libanés, señor Karame, quien demostró gran interés por el muestrario español.

Además de nueve países árabes, expusieron Rusia, Checoslovaquia, Austria, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

La prensa del Líbano ha resaltado la presencia española en dicha exposición, lo cual demuestra el acierto de concurrir a la misma.

NOTICIAS CULTURALES DE BELGICA

En la Biblioteca Real de Bruselas se inauguró el día 25 de noviembre una importante exposición de libros antiguos donados a dicha biblioteca, procediéndose a la entrega del premio internacional trienal de bibliografía, concedido al bibliófilo e investigador Jean Peeters Fontainas por su obra *Bibliographie des impressions espagnoles des Pays-Bas meridionaux*.

En la Casa de «América Latina» tuvo lugar el día 22 la inauguración de la exposición «Arte Popular Peruano», en la que se presentó una magnífica colección de arte post-colombino. Esta exposición fue organizada bajo el patrocinio de la Universidad de San Marcos de Lima.

En la «Britania House» se inauguró la exposición «Designers and art directors association», de Londres, compuesta de 300 creaciones originales de directores artísticos, fotógrafos y realizadores de la televisión inglesa.

El ministro belga de la Cultura, señor Wigny, ha visitado Rumania a invitación del Gobierno de aquel país. Durante su estancia inauguró una exposición de arte belga contemporáneo y celebró conversaciones con sus colegas de Justicia y Cultura.

OTRAS NOTICIAS

El día 10 de noviembre el vicecónsul de España en Belfast, señor Desmond Marrinan, procedió a la entrega de los libros donados por la Dirección General de Relaciones Culturales a la «Ulster Spanish Society». El diario *Irish News* de 1 de diciembre recogió dicha noticia. ● *Il Giornale dei Poeti*, de Roma, ha publicado con motivo del centenario de Rubén Darío un importante artículo sobre el poeta nicaragüense, y ha dedicado su atención igualmente a distintos poetas hispanoamericanos; el periódico socialista independiente de Amsterdam *Het Parool* ha publicado un extenso artículo de su corresponsal en España dedicado al escritor Angel María de Lera y a su obra *Las últimas banderas*, que recibió el premio «Planeta» recientemente. El comentarista señala que el libro está escrito por un republicano convencido y hace historia de su accidentada vida al terminar la guerra. Igualmente señala que el autor ha querido demostrar que lucharon por la República personas sinceras y nobles y que la violencia es inútil. ● El *Washington Post* ha publicado un comentario sobre la película de Luis Buñuel *El ángel exterminador*, considerándola como fascinante y profundamente emotiva. ● El profesor Rossi ha publicado en el *Osservatore Romano* un detallado estudio de las publicaciones más recientes del Instituto de Cultura Hispánica, refiriéndose en especial a los libros *Estudios de historia del pensamiento español*, de Maravall; *El sentimiento del desengaño en la poesía barroca*, de Rosales; *La literatura moderna y el demonio*, de Souviron, y *Cristo de la poesía lírica de Lope de Vega*, de Audrey Aarón.

el CUIDADO de los LIBROS

Páginas especiales de LA ESTAFETA LITERARIA 1968. - Se dedican expresamente a la promoción del comercio editorial y librero. - No admiten publicidad pagada. - Las cuida PEDRO PEREZ PIEDRA

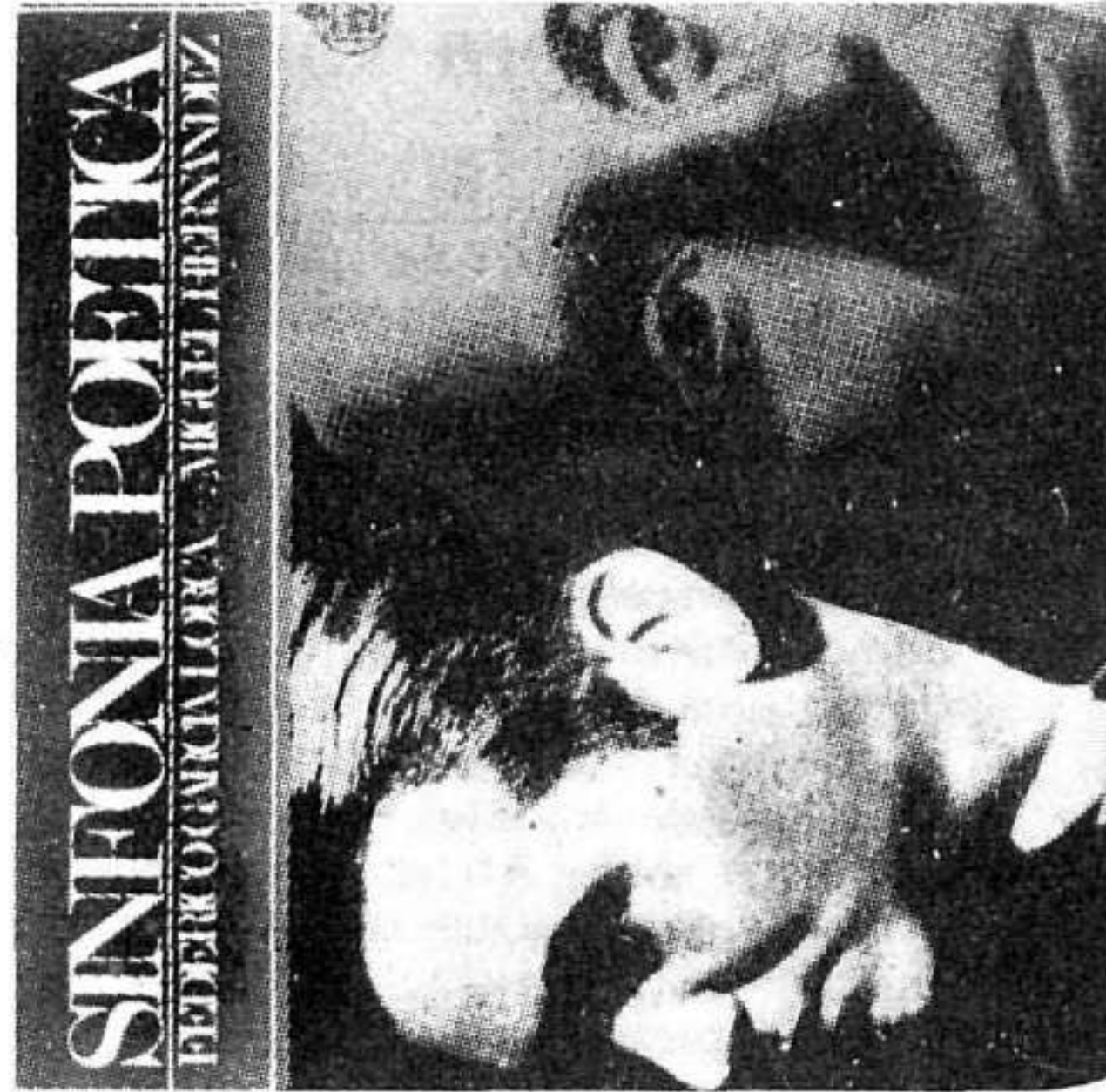
APUNTACIONES al DESGAIRE de PEDRO PEREZ PIEDRA y connotaciones de su inconstante amigo Ponce de León

¿SE LLAMA ESTO UN ARTICULO EDITORIAL?

No es flojo el apuro en que me pone mi inconstante amigo al encomendarme de repente «El cuidado de los libros». Sólo puede obedecer a que procuro leer cuidadosamente, a que no me trae sin cuidado la lectura, a que miro los escaparates librerías con tanta atención y deseo como el hambriento la vitrina de comestibles, como la mujer las que ahora se llaman «boutiques», como el chavero los artículos de viaje-deportes-fumador-regalo, como el aspirante a escritor los objetos de escritorio, como el viejo reumático los barómetros y termómetros de las tiendas de óptica, como el maitilla los carteles de los toros y la gloria.

Sólo por eso admito aquí arriba mi empedernido nombre. Por lo

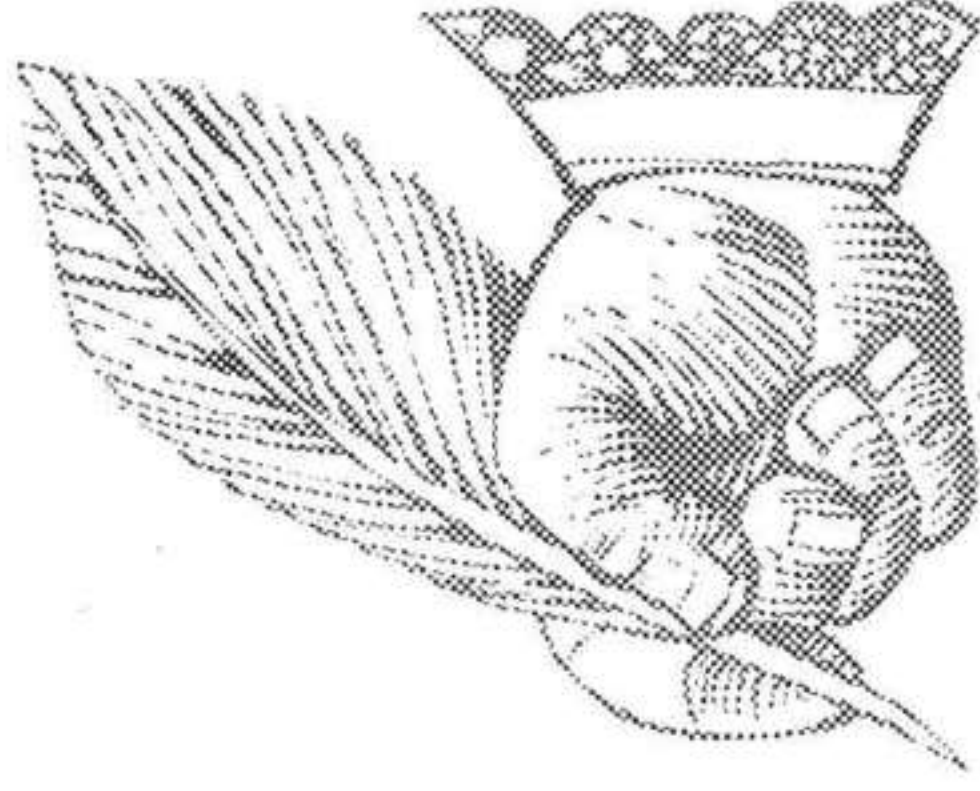
LA POESIA ES PARA DECIRLA



qué, sirenas, violines, orfeones, bandas de música y flautas y cornetas y panderas y palmas Sender, novelista del exilio; Castresana, joven y vizcaino en el buen sentido de ambas palabras, para mayor «inri», la bautizan, fijese bien qué dos palabras tan sencillas, «sinfonía poética».

Gracias a que en el otro mundo deben de estar bienaventuradamente sordos para los gramófonos, Miguel Hernández y Federico García Lorca no tendrán que tragar el sonrojo de escuchar su verbo propio y único, irrepetible, «arreglado» con los adornos y jeribeques de una barbería «cantaora» que les riza el tupé.—PPP.

También yo he recibido, y doy gracias al generoso productor y donante, el disco de «Hispanox» del que habla Pedro Pérez Piedra. Ignoro quién ha dirigido la grabación. El texto de la funda del disco está bien escrito; en el elenco de intérpretes de los versos figuran quince recitadores y cinco colaboradores musicales; entre estos últimos, una orquesta nada modesta. Quisiera quitar hierro a la opinión de Pérez Piedra. Decir que exagera el hombre. Suavizar lo que dice. Pero no sé como. Si la poesía tiene algún derecho, es el derecho a la desnudez. Vestirla y maquillarla, amenizarla con ilustraciones musicales, con trémoles...



demás, ni quiero pesar a nadie, ni dar pesar a ninguno, ni que sobre mis espaldas pese lo que otro escriba y firme. «El cuidado de los libros» habrá de ser una libertad y un respeto, atención auténtica y buenos modales, espontaneidad sincera en los juicios y presteza para enmendar lo que pueda doler, o sea, un «cuidado» de verdad.

Si esto es un artículo editorial o de presentación, vale; si no, todo al cesto.—PPP.

Claro que vale, Pérez Piedra. Es todo, un programa lo que dices. Lo suscribo —en lo que tiene de «programa» o «prospecto»— con toda el alma. Respeto los piropos que me echas a continuación —trabucándote, porque a veces me tratas de tú y a veces de usted— para ausentarme en lo sucesivo. De hoy más, tus «Apuntaciones al Desgaire» no llevarán mis «connotaciones» al pie, sino las escuetas notas o fichas bibliográficas de la Redacción.—L. P. de L.

lados por el ajón de mantener fáciles efectos de humor.)

En el ensayo dedicado al teatro de Giraudoux estimo se halla el máximo acierto de este libro. La influencia de los mitos queda tratada con morosidad en cada una de las obras escénicas del admirable escritor francés: Anfitrión 38. No habrá guerra de Troya y Electra. Y tales felices análisis determinan las fuentes rigurosas de Giraudoux, que no siempre fueron puramente helénicas, sino, en ocasiones, fuentes helénicas filtradas en otras obras escénicas de autores franceses clásicos o sospechosamente inficionados de un primitivo barroco. Así, para Anfitrión 38, más que en Plauto se apoyó Giraudoux en Molière y Heinrich von Kleist. Y por si le pareciera insuficiente esta aportación patriótica gala de sus obras, Giraudoux no intentó jamás imitar el estilo, el enfasis, el vocabulario de los clásicos griegos o romanos, sino que, como escribe Lasso de la Vega: «Sus palabras son muy francesas, ni viejas ni demasiado nuevas. Evita el arcaísmo, evita los provincianismos de un Jules Renard o una Colette, evita el argot al que recurren, en ocasiones, Cocteau o Sartre; algunas palabras nos salen al paso al doblar la esquina de cualquiera de sus párrafos (Lasso de la Vega toma tales afirmaciones de Mac Donald). La language de Giraudoux.) Y por igual actera cuando sentencian: «Son la clave de su propio pensamiento —el de Giraudoux— y como la proyección ideal de su personalidad: signer, faire, signe, politesse ravissant, fatalité, absence, écluse, tampon, innocence, aurore (¡la última palabra de Electra!.)»

El libro de Lasso de la Vega contiene otros dos ensayos de positivo interés: Humanismo y mito clásico en la obra de Thomas Mann y Stefan George y el mundo clásico. Al analizar el helenismo en las novelas de Mann, Lasso aporta curiosas y ciertas referencias a la modificación o interpretación acomodaticia con que el formidable alemán desmenua los mitos, rebozándolos en actuales necesidades sociales o temperamentales. Y cuando considera el helenismo del gran poeta Stefan George, Lasso de la Vega precisa con auténtica clarividencia cómo en el constante retorcido helenista de Stefan George más que

derecha y a su izquierda, sus dos hijos mayores: Antoni, el hereu, y Enric. El coche mortuorio, tirado por el viejo jaco «Negre», lleva en su pescante al curiosísimo tipo. En Vadó, vejete magro que desempeña los más diversos oficios, y desde medio siglo antes Caronte implacable de los muertos marenyenses hasta la última orilla vital en el lírico e inolvidable cementerio.

Miralls térbols me parece una ambiciosísima novela, pues resume, en perfecta armonía, los tres propósitos del autor: el tema de la incomprensión entre padres e hijos; la historia del desenvolvimiento de un pueblo catalán de la costa durante años decisivos, y la pintura descriptiva de este pueblo. No descripción fotográfica, ni folclórica, ni siquiera supeditada a lo histórico, sino unida enternecidamente a la sensibilidad del novelista; descripción cuya perennidad depende más del artista que de la exigencia geográfica. Declaro con absoluta sinceridad que tales propósitos de Ferrán de Pol me parecen enteramente logrados, y ensambalados con ejemplar maestría en el todo de su novela, tanto más auténtica cuanto que responde con fidelidad irreprochable a tres realismos: argumento, ambientación y escenografía. En Miralls térbols se masca, se huele, se oye, se siente un cataclismo tan neto como inolvidable y sugerente, tan envuelto en su hondo contrapunto lírico como acuciante en su creciente ritmo humano.

El contratista Josep Jaurés, hombre recio, de amplias espaldas, firme de movimientos y de acciones, poco sentimental y muy arrimado siempre al lado práctico de la vida, mientras inicia y realiza la que será su gran obra: el puerto de Mareny; tiene que capear el temporal tremendo que comienza su hogar. Su hijo Enric, de ideas rebeldes, disconforme con los patriarcales usos y costumbres de su tierra y con el egoísmo que rige el derecho del hereu, abandona el hogar para entregarse a una existencia sobresaltada y hasta menesterosa. Enric es ese hijo pródigo —sin prodigalidad, cierto— que se aleja de su casa sin volver la cabeza y jurando que en él no se repe-

rector —póngalo, por caridad, con letras bien grandes—, no para ejecutarla. Dios le libre de ver la ejecución de García Lorca y de Miguel Hernández perpetrada contra el paredin de baquelita de un disco de gramófono. ¡Qué alta infidelidad!

Horroroso es oír los versos de Federico gorrados con un gitano deje de «jozú» y de «jaisianda», de «jole» y de gili. No sé si es peor aún escuchar los de Miguel, clarísimos, volcados al acento de los recitadores de feria. Y encima, mire usted, para «ilustrar» la poesía la palabra impecable castellana escrita por Federico y Miguel—, turnan las voces; descajajingando un poema para repartirse los jirones de las estrofas entre media docena de sayones, digo, de recitadores; uno suspira en el oído y otro sale clamando por los cerros de Ubeda; con rabia mal reprimida trompetea un bárbaro el verso más lírico, y el más épico lo silabea otro cantor como si fuese un epigrama.

Pero no contentos con las ilustraciones, y llevados del buen deseo, sin duda, de «amenizar» la poesía, irrumpen de pronto un guiñarrazo, un tecleo de piano que no viene a

LA POESÍA ES PARA DECIRLA, señor director... Madrid-España, 13 de enero de 1968

A LOS TREINTA AÑOS DE PAZ: CUATRO NOVELAS DE LA GUERRA

Te he visto por la televisión, amigo director, y alabo, aunque esto quede entre nosotros y te pueda costar más de un disgusto, que te hayan puesto en las pantallas a los tres de la tarde del último día del año 1967. La más fenomenal publicidad literaria de todo el año —supongo que más del millón, según tarifa, habría de pagarse por ese espacio punta de cinco minutos con un presentador varón e in-

Luis Ferrán de Pol: *Miralls térbols*. Club Editor. Barcelona, 1967. 239 páginas. Ø13x19Ø. 115 ptas.

Luis Ferrán de Pol se cuenta ya, con plena justicia, entre los mejores novelistas y cuentistas españoles en lengua catalana. Su anterior novela, *Erem quatre*, y su anterior libro de cuentos, *Triptic*, lo demostraron cumplidamente. Ahora nos entrega una novela bien distinta: *Miralls térbols* (*Espejos turbios*), pues que su escenografía, su ambientación, su climax, su argumento, sus flecos sociales y sus criaturas intérpretes quedan firmemente adscritos a tierra netamente catalana, barcelonesa. Los caprichosos topónimos de Mareny y Muntreny apenas disimulan para catalanes y restantes es-

Aparte las gracias a Pedro Pérez, que es como dárseles uno mismo, por sus justos juicios acerca de la televisión y por sus acertadas puntadas respecto al principal de los medios informativos, no sabe uno qué añadir. Comparto, esta vez, sus opiniones sobre los libros que nombra. Sus opiniones y las mías son, por supuesto, independientes de lo que hayan opinado o puedan opinar, en estas mismas páginas, otros críticos. Empezamos el año durmiendo, ciegos de vanidad. Y llamando la atención sobre el generoso y comprensivo "a pesar de los pesares", que Pedro Pérez dedica a Angel María de Lera. No olvidemos los pesares de cada uno; obremos, "a pesar de los pesares".—L. P. de L.

de muy distintas lenguas: James Joyce, Aldous Huxley, Albert Camus, Graves, Simone de Beauvier, Thornton Wilder, Thomas Mann, Kafka, Cocteau, Gide, O'Neill, Anouilh, Unamuno, Sartre..., por no citar a escritores que han ejercido y siguen ejerciendo enorme influencia en las letras universales, han puesto en terrible y sugestiva vigencia la variadísima e impresionante temática llovida desde el Olimpo, o nacida de la repulsa humana contra lo olímpico.

Escrito ha quedado que José S. Lasso de la Vega es muy competente helenista y profesor de Filología griega. Se comprende así su preocupación por el examen y juicio de las obras contemporáneas nutridas en la mitología helénica, según demuestran los cinco ensayos que integran su importante libro. Y con excelente criterio ha reunido estos cinco ensayos que abarcan, con cierto rigor, la intención de dichos mitos en la poesía, en la novela, en el teatro de hoy. De estos estudios me parece el menos interesante, por tratado clásico en la poesía lírica. Por el contrario, me parecen muy estimables: Teatro griego y teatro contemporáneo y Los temas griegos en el teatro de Giraudoux, aun cuando en el primero de ellos el tema no queda apurado, sino esquematizado con precisión.

En la historia de las naciones y de los pequeños lugares, ninguna época más interesante ni más aleccionadora que la de esas radicales transiciones, que no son evolución, sino descajuo. *Miralls térbols* empieza con un episodio impresionante: el entierro de la madre del contratista Jaurés en el maravilloso cementerio de Mareny, colocado en la cresta de un buró que, como la proa de un fantástico navío, enfila el Mar Latino aun con resonancias de caracolas helénicas, combinador de sus azules, esmeraldas y grises bajo la comba de un cielo siempre espectacular de luces y contraluces.

En este mismo primer ensayo se señala la aportación del mito clásico a la dramática contemporánea. Aun mejor: los valores esenciales del mito trasapados al teatro de hoy; idea de la fatalidad y del inapelable destino; pasiones anormales; el determinismo egoísta de los dioses en sus relaciones con el hombre; el dolor absoluto en este, como expiación sin salvación inmortal; el valor del hombre sin como tal criatura perecedera, sino como protagonista circunstancial de un hecho importante... (Señala en este ensayo su autor los tremendos anacronismos en que incurren los dramaturgos y poetas casi siempre estimu-

UNA HISTORIA Y UNA NOVELA

FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

José S. Lasso de la Vega: *Helenismo y literatura contemporánea*. Prensa Española. Madrid, 1967; 323 páginas. Ø11,5x18Ø. 125 ptas.

El anónimo prologuista de este libro declara en el párrafo primero de su nota preliminar: «Bajo el título demasiado general de Helenismo y literatura contemporánea se cobijan unos estudios de muy similar locución obrados, durante la corriente de cuatro años, por un helenista que es, además, profesor de Filología griega. Versan dos de ellos sobre cierto teatro galofranco de tema helénico. Otros dos persiguen sendamente la huella griega en un novelista y en un poeta germánicos, espíritus ambos a dos de rara selección. Como póstico se ha puesto un panorama de amplia perspectiva, del que se deduce que los temas de la Antigüedad clásica no han perdido, en general, su fuerza en la lírica, novela y drama contemporáneos. También se traen a comentario ciertas consideraciones sobre la actitud del literato español en nuestros días frente al fenómeno griego.»

Antes de iniciar la lectura del libro estamos, pues, «al cabo de la calle», de lo que nos ofrece: ponencias, conferencias, ensayos con temas de mitología helénica. No creo cometer crimen de lesa patria afirmando que los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

los estudios helénicos de alguna entidad en España son escasos; y más desvaídos que escasos. Prácticamente carecemos de ediciones críticas serias de la literatura y de la historia de los griegos clásicos. Y si hay traducciones excelentes al castellano de bastan-

CRISTIANISMO: COMUNIDAD VIVIFICANTE

JUAN ZARAGÜETA: *Espiritualidad cristiana*. Editorial Espasa-Calpe. Madrid, 1967. 287 págs. Ø13,5 x 23 Ø. 165 ptas.

La primera afirmación que queremos dejar estampada previamente, en un tono enteramente positivo, es la de encontrarnos con una obra de madurez. Esto puede explicarse

Breve reseña de unos libros que salen juntos como familia bien avenida. *Los jesuitas se renuevan* es una explicación, cara al público, de las modificaciones y nuevas estructuras de la Compañía de Jesús después de su historiada Congregación General y del trepidante Concilio Vaticano II. Su autor, el italiano Giuseppe de Rosa, S. J.

El misterio de los jesuitas, su esfinge y sus hermetismos encandilaron siempre la curiosidad de las gentes. Ya son un poco menos misterio... Se descubren los cuatro supuestos básicos que trataban de armonizar toda la renovación jesuítica: lealtad a San Ignacio, a la tradición, al Concilio, a los signos de los tiempos nuevos.

La obra evidencia una rica espiritualidad que impregna las inquietudes. No hay concepciones al sensacionalismo, aunque las modificaciones son con frecuencia radicales. La parada es la fidelidad a la tradición, obviamente. Pero vale la sutileza de la tradición espiritual, la auténtica, contrapuesta a la material, tantas veces deformadora. La clásica prudencia ha llevado a decretos de carácter «experimental» sin sanción definitiva.

A través de los cambios o renovación en el gobierno, apostolado, educación, espiritualidad, etc., lo más impresionante es la certidumbre de San Ignacio de Loyola. Eliminadas las incrustaciones y adulteraciones resplandecen su plena actualidad y eficacia incluso en los virajes más bruscos de la nueva normativa de profesores y coadjutores espirituales, la meditación, obediencia dialogante con el subditado, etc. Se advierte a ratos el titubeo de un paso más resuelto. Una de las insistencias mayores se refiere al sentido de «responsabilidad» y «maduración» pronta, tan ignaciano, pero que se confiesa andaba algo perdido. En algún momento agradecería una disquisición más minuciosa por las raíces de la polémica. Pero se trata de una serena exposición. El estilo diáfano y didáctico se acomoda, sin margen para posicionismos, parcialidad o pasionalidad en la renovación. Un libro curioso para los curiosos en la materia... Con larga estela de sugerencias.

En estos tiempos de prevalencia de sicologismos, de la siquiatria y sicopatología, sus métodos empiezan a tener oportuna aplicación en algo tan importante como la vocación re-

nos muchas cosas. Entre otras, y la de máximo valor humano-literario, que la vida y la doctrina del autor forman un bien trabajado cuerpo de recia interpretación, en el que las palabras son esculpidas con latidos de corazón fatigado y con experiencias de un filósofo y sacerdote que ha cumplido los noventa años infatigablemente consagrados a una intensa

distica ha sustituido a la Teología, lamenta Görrer. El reccelo y el anticonformismo general afectan también a lo Sacro. El descreído no es de los viejos, dice, sino de «lo viejo», de todo el mundo antiguo, en la crisis de la confianza. En lo sagrado, proporción inversa con lo profano. El sentir democrático rechaza la idea de una salvación eterna minoritaria, aparte de los conceptos de condena eterna y un Dios Caridad... El autor pasa revista a una larga serie de enunciados religiosos, hoy arrumbados. Y muestra ese paso de péndulo de la «ultrafidelidad apologetica», que veneraba la mota de polvo del calzado papal a la hipercritica de todo lo humano e histórico de la Iglesia. Todo eclesiástico necesita un «bufón» que le cante las verdades como entre los absolutistas. ¿Hay un abismo entre psicopatas y metafísicos absolutamente insondable? Görrer dispara verdades que arañan. Estilo contundente, rasgante pluma. La solución «contra sperm» tiene menor estatura que la dificultad...

Cabía sospechar que la nueva órbita de la fe era lo social, en perfecto orden cósmico y lógico. Heinz Fleckenstein se encarga. Se apoyará en Arnold para el peldano superior al «no creer», que es el «no poder creer». La fe reducida a unas chispas de folklore y al anacronismo. El cristianismo de la era atómica no se centrará y cerrará en pura individualidad. Surge una nueva relación física y química con el Universo. Se mecaniza la vida cultural e intelectual por la electrónica. La palabra comprometida y los nervios rotos, más que tensos, han engendrado la desilusión y el escepticismo. Ha pasado el tiempo de la «altanera e invulnerable seguridad de la fe». El autor se pierde un poco en la «anecdótica» de los movimientos (sin contrasentido) y experiencias católicas, que confirman la «insularidad eclesial». Que se agrava con la excitación y tensión polémica. La inercia de muchos sacerdotes remacha el daño. Cuando se dispara del aislamiento cae en la exteriorización de un hombre de negocios. Al autor le falta un poco la fibra helénica y so-crática del «¿por qué?»...

El cuarto autor, Ernst Tewes, se refiere a un pragmatismo de ese servicio de la fe. Un alargamiento de la llamada «Teología de la Parroquia». Textos bíblicos con la ambivalencia de la universal «iglesia» y el gruppito parroquial. Comunidad es hermandad. Sigue la disquisición de sus componentes. Y las normas

vida profesional. Desde este cuadro queremos enjuiciar el libro.

Lo más sorprendente es la definición de «espiritualidad», que no parece rimar —aparentemente— con las de los psicólogos. Diferencia que la definición de nuestro autor es metafísica y afecta a la raíz de la vida humana: algo así como una fundamentación metafísica de una espiritualidad reflexiva. Esto ofrecerá un muro de resistencia a la comprensión de muchos lectores que buscan espuma de pensamiento en el libro y no ideas fundamentadas que le den razones vigorosas para penetrar temas. Claro está, que las razones meta-

Estimamos que su definición de «espiritualidad» constituye el acierto fundamental y la originalidad fértil de esta obra. No es de impresionante arquitectura tal definición, metafísica. «Yo diría que la espiritualidad viene a significar la orientación del hombre en su vida y su consiguiente ordenación» (página 11). La variable que define la vida espiritual de un hombre presenta estas dos caracterizaciones: orientación y ordenación. ¿Será el hombre espontáneamente un ser que no tiene trazado su horizonte definitivo y esencial? ¿Será la vida del hombre un cúmulo de actos dispersos y desjerarquizados que exigen de su parte un eje aglutinador y orden adecuado? La tónica impuesta por 'a espiritualidad en la vida humana afecta a su propia dinámica constituyente y constituida: la vida humana se orienta y se ordena en virtud de la espiritualidad, y, contrariamente, se despliega confusa y despersonalizadamente al faltarle esa interna fuerza axial y configurante de lo auténticamente personal. Sin una suficiente dosis de espiritualidad, la vida humana sufre los trastornos de un confusiónismo y de una superficialidad. La primera virtud que impone la espiritualidad es la reflexión, y, junto a ella, el discernimiento de lo verdadero, la ejecución eficaz y la perseverancia de fines trascendentes. Con la espiritualidad le adviene al hombre el «equilibrio», la firmeza en lo que realiza y la verdad en lo que proyecta. Como ejemplo, advirtamos que cuando se propone San Ignacio de Loyola Ejercicios Espirituales, podrá decir que consiste en «ordenar nuestra vida», tanto en el sentido de una espiritualidad como proyecto y con detalle y una bien meditada reflexión desarrolla el plan de ese orden a establecer por nosotros. Dirá J. P. Sartre en La Náusea de los Ejercicios de Ignacio de Loyola son de su agrado justamente por el sentido de situación que condiciona a los personajes: primero pone el paisaje y después los personajes. Como el horizonte determina de alguna manera la vida humana, la función de la espiritualidad consistirá en ordenar la vida en un horizonte. Hasta aquí, la versión de la espiritualidad en el área de lo humano.

Pero se trata de espiritualidad cristiana. El adjetivo cristiana añade algo esencial al sustantivo espiritualidad: invade todo su alcance y lo densifica con un contenido imparable, sobrenatural y de una riqueza múltiple. El hombre cristiano no puede crear su vida con originalidad inédita, sino que debe recrearla con originalidad de vivencia personal y con un compromiso activo a la doctrina de Cristo, encarnándola individualmente dentro de la vivificante comunidad de la Iglesia. En esa coyuntura de asumir como vivencia personal una inmutable doctrina evangélica

ERASE UNA VEZ... ANGEL Y JAVIER

JAIME FERRÁN: *Angel en Colombia*. Colección «La Ballena Alegre». Editorial Doncel. Madrid, 1967. Ø21 x 25,3 Ø. 160 páginas. 100 ptas.

LUIS DE DIEGO: *Cuentos de Javier*. Colección «La Ballena Alegre». Editorial Doncel. Madrid, 1967. Ø21 x 23,3 Ø. Páginas 110. 100 ptas.

Plausible dedicación a la literatura infantil la de Doncel a través de varias colecciones entre la que destaca «La Ballena Alegre», donde se recien publican los volúmenes *Angel en Colombia* de Jaime Ferrán y *Cuentos de Javier*, de Luis de Diego, que hacen los números 31 y 32 de la cuidada serie.

Jaime Ferrán, que es un fino y sensible poeta, ya había dado muestras en la misma colección y en otras, de su buen narrar para niños, al igual que Luis de Diego. En estos últimos títulos vuelven a poner de manifiesto estas cualidades.

Angel en Colombia está ilustrado literalmente por Dans. *Cuentos de Javier* —que prologa Manuel Alcantara— lo pintarraquea graciosa y maestramente Máximo. Sólo nos falta añadir que la presentación editorial es excelente, rica en material y tintas. LA ES-TAFETA, que en diversas ocasiones se ha ocupado de este género literario, se congratula de la labor de Doncel bajo la dirección de nuestro colaborador Antonio Castro Villacanas. Esperamos, pues, nuevos títulos y aciertos.

prevención injustificada contra él que, apoyada en un latente maniqueísmo, venía dominando la enseñanza espiritual, se pasa de golpe a un «postarse de rodillas» ante sus realidades. Encuentra particularmente provocador de alarma que sea precisamente un sector del clero el que con más temeridad se lance por las nuevas vías. Ello se acusa en resultados que dan mucho que pensar. «Hay tres cosas de las cuales un predicador inteligente no debe hablar jamás: el otro mundo, la cruz y la santidad». Un sintoma de la orientación temeraria hacia el mundo lo advierte en el difuso esfuerzo por situar el dominio de lo sexual en el centro de la vida del hombre. Pero sobre todo ve el peligro en los intentos de renovación teológica a partir de las hipótesis científicas sancionadas por nuestro tiempo, concretamente la de la evolución. A este respecto es particularmente significativa la crítica que hace de Teilhard de Chardin y especialmente del «teillardismo». El éxtasis que provoca esta tendencia en determinados sectores de la vida intelectual es tratado por Maritain con sarcástica ironía. La obra del propio Teilhard, salvando la buena fe de la persona y la honda calidad religiosa de sus sentimientos, es calificada, siguiendo a Gilson, como una especie nueva de gnosticismo. La

físicas exigen del lector una adaptación esforzada para sumergirse en un campo de pensamiento frío y profundo, tenso y minimizado. Los espíritus extraviados —tan adaptados al clima intelectual del periodismo de nuestro tiempo— no serán capaces de tal esfuerzo, y dirán, con trivial expresión, que los metafísicos se mueven entre abstracciones e ideas generales, desalmadas y secas. La verdad es que los temas profundos —y la espiritualidad es uno de ellos— reclaman un tratamiento a radice y una consideración metafísica. De no ser así, ocultan su alma y su reconcentrado perfil. Este libro sigue el camino adecuado para el estudio requerido por un tema de tan hondo alcance.

La auténtica actitud de la Iglesia, tal como se manifiesta en los textos conciliares, es muy otra. El *aggiornamento*, en ellos, no puede llevar en forma alguna a «una adaptación de la Iglesia al mundo». Pide para los tiempos que corremos un corazón fraterno y blando; pero exigiendo a la vez un «espíritu duro» y claro. El diálogo fraternal degeneraría «si el temor a desagradar al hermano contrarrestara al deber de decir la verdad». No está permitido confundir amor con *deseo de agradar*. Esgrimir la verdad en disposición integrista es «un abuso de confianza cometido en nombre de la verdad». Pero ello no autoriza a romper los diques impartiendo por verdad fantásticos mundos de ficción. Al romper con las rutinas que aislaron el mundo cristiano de la corriente de la vida general, ha de evitarse la tentación —en que caen muchas buenas voluntades y cabezas ligeras— de sucumbir al excitante del momento haciendo conclusiones fuera del ámbito siempre actual de lo verdadero.

Como maestro perenne de una teología asentada en lo real y fiel a las exigencias de la verdad, presenta Maritain a Santo Tomás de Aquino. También en este punto el nuevo libro del autor continúa la inspiración que dominaba en los anteriores. Ese maestro de la verdad ha sido traicionado por la «ideología» moderna, representada en los pensadores que se suceden desde Descartes. La crítica que estas páginas abren de la obra de figuras como Descartes, Kant, Hegel, Husserl, Heidegger, Sartre arroja un saldo negativo. No cree que los autores citados merezcan en justicia el nombre de filósofos. También alcanza la reprimenda a los propios tomistas que, en simplificaciones sucesivas, han dejado reducida la riqueza del Doctor Angélico a secos manuales de escuela.

Según puede advertirse, el diagnóstico del tiempo que nos ofrece Maritain abunda en sombras y peligros. Está hecho de una forma excesivamente sumaria con el consiguiente riesgo de incurrir en generalizaciones injustas. De todos modos, el libro no se ha escrito con ánimo de quedarse en denuncia de unos males que todos somos a comprobar. Los cambios a que estamos asistiendo amenazan ser cambios para mal. Cree, sin embargo, que «la crisis en la que se debate la teología hoy es un fenómeno transitorio». Las denuncias del autor tienden a poner de relieve el carácter de crisis de la situación y a suministrar elementos de juicio por medio de los cuales superarla. En esta línea han de entenderse las páginas que dedica a ver de poner a punto de nuevo la inteligencia en humilde y sincero servicio a la verdad. Así como las que, en el capítulo final, consagra a presentarnos la nueva faz de la Iglesia que, libre de múltiples trabas seculares, hoy queda visible. El esfuerzo constructivo a que apunta el autor es algo que brota de la experiencia misma de su vida, y que marca el itinerario espiritual de la mística en vistas a hacer centro de la vida el «amor evangélico».

Maritain despliega aquí un tono de sinceridad que no entiende es «llamar las cosas por sus nombres», no retrocediendo ante inconveniencias e incluso provocaciones: una sinceridad cazurra de «campesino» que no sabe o rehuye los trámites diplomáticos. Esto explica, teniendo en cuenta el contenido, que las reacciones ante su obra hayan sido

el primer momento se pronosticó su éxito editorial, y la realidad no ha desmentido los pronósticos. En marzo de 1967 van vendidos cincuenta mil ejemplares, y está traducido o en curso de traducción a varios idiomas.

Maritain cierra con él una vida de ejemplo constancia al servicio de la verdad, a la que mostró inequívoca fidelidad desde el momento de descubrirla. La discusión filosófica que ha caracterizado el fondo de sus publicaciones toma en este caso un carácter de diagnóstico de nuestro tiempo, denunciando los peligros de desviación para la inteligencia que en él se observan y tratando de apuntar el remedio. La redacción de la obra coincide con la clausura del concilio Vaticano II, y su desarrollo tiene a la vista las preocupaciones conciliares.

Comienza por una acción de gracias por los avances de doctrina y, sobre todo, de actitud, que las decisiones de la Iglesia, tomadas en los documentos de la magna asamblea, suponen: acción de gracias por «la justa idea de la libertad», por la apertura a la «fraternidad» universal, por el reconocimiento del «valor, belleza y dignidad» de este mundo, por la «afirmación de la misión temporal del cristiano» y la puesta de relieve del «estatuto de los laicos...». Una edad termina y otra comienza. Pero el autor abriga el temor de que los cambios que esta situación implica no envuelvan un «cambio para mal». Este temor se apoya en la comprobación de las experiencias a que estamos asistiendo y ante las que el cristiano se ve lleno de perplejidad por el modo como muchos de los representantes de la renovación que piden los tiempos se ponen a realizarla.

Lo que más preocupa a Maritain es el afán que se advierte de «acomodación de las cosas divinas a efectos de hacerlas aceptables» para el hombre de nuestro tiempo. Ve detrás de ese afán una «deber neomodernista», que supone una «temporalización del cristianismo». Encuentra en nuestro «absurdo tiempo» diferentes rasgos en que apoya su preocupación. Insiste sobre todo en la forma que reviste el nuevo aprecio del mundo. El mundo, por una parte, es bueno como obra de Dios; aunque los textos sagrados previenen contra él como uno de los enemigos del espíritu. La mentalidad reformadora actual tiende a suprimir la ambivalencia que implica la noción de «mundo», y desde la

Con esta obra se descubre la faceta sacerdotal de Juan Zaragüeta sobre la base de su talento de metafísico cerebral y riguroso. Lo esquemático de su estructura ofrece precisión y claridad al lector, aunque a veces sería deseable un desarrollo más minucioso de ciertos temas. Felicítamos al maestro noagenario que tiene todavía intensos arrostos para reflexiones tan sustantivas.

FRANCISCO VAZQUEZ

JACQUES MARITAIN: *Le Paysan de la Garonne. Un vieux laïc s'interroge à propos du temps présent*. Desclée de brouwer. Paris, 1966. 408 págs. Ø13x20Ø. Sp.

Se acabó de imprimir este último libro de Maritain el 29 de septiembre de 1966. Desde el primer momento se pronosticó su éxito editorial, y la realidad no ha desmentido los pronósticos. En marzo de 1967 van vendidos cincuenta mil ejemplares, y está traducido o en curso de traducción a varios idiomas.

Maritain cierra con él una vida de ejemplo constancia al servicio de la verdad, a la que mostró inequívoca fidelidad desde el momento de descubrirla. La discusión filosófica que ha caracterizado el fondo de sus publicaciones toma en este caso un carácter de diagnóstico de nuestro tiempo, denunciando los peligros de desviación para la inteligencia que en él se observan y tratando de apuntar el remedio. La redacción de la obra coincide con la clausura del concilio Vaticano II, y su desarrollo tiene a la vista las preocupaciones conciliares.

Comienza por una acción de gracias por los avances de doctrina y, sobre todo, de actitud, que las decisiones de la Iglesia, tomadas en los documentos de la magna asamblea, suponen: acción de gracias por «la justa idea de la libertad», por la apertura a la «fraternidad» universal, por el reconocimiento del «valor, belleza y dignidad» de este mundo, por la «afirmación de la misión temporal del cristiano» y la puesta de relieve del «estatuto de los laicos...». Una edad termina y otra comienza. Pero el autor abriga el temor de que los cambios que esta situación implica no envuelvan un «cambio para mal». Este temor se apoya en la comprobación de las experiencias a que estamos asistiendo y ante las que el cristiano se ve lleno de perplejidad por el modo como muchos de los representantes de la renovación que piden los tiempos se ponen a realizarla.

Lo que más preocupa a Maritain es el afán que se advierte de «acomodación de las cosas divinas a efectos de hacerlas aceptables» para el hombre de nuestro tiempo. Ve detrás de ese afán una «deber neomodernista», que supone una «temporalización del cristianismo». Encuentra en nuestro «absurdo tiempo» diferentes rasgos en que apoya su preocupación. Insiste sobre todo en la forma que reviste el nuevo aprecio del mundo. El mundo, por una parte, es bueno como obra de Dios; aunque los textos sagrados previenen contra él como uno de los enemigos del espíritu. La mentalidad reformadora actual tiende a suprimir la ambivalencia que implica la noción de «mundo», y desde la

Más allá del título y portada equívocos (se piensa en un manual de técnicas fotográficas o pictóricas), *La Revolución de color*, de Thomas Patrick Melady, es un libro apasionante. Se refiere al color epidérmico. Problema racial, fraternidad universal de todos los pueblos. El autor es profesor de Historia de África en la Fordham University. Ha viajado mucho. El hecho de las comunicaciones es determinante al hacer a los distintos pueblos «vecinos al lado». Como dice en la introducción, se trata de «abrazarse o destruirse».

El autor no disimula el fracaso del pasado y el abismo abierto entre blancos y negros en África. Se analizan los sangrientos hechos de Sharpeville y el Congo para concluir que el odio racial ha llegado al paroxismo por ambos bandos. Pero también por ambos bandos hay palabras de esperanza, de nobleza y de fe en la armonía.

Sobre el puro accidente del color se han creado mitos de superioridad. Trae el autor una magnífica proclama de la fraternidad del cardenal Suenens. Desbarata el concepto de razas superiores e inferiores y muestra las opiniones cambiantes. No tienen fundamento ni las generalizaciones ni los patrones. Del lado psicológico, fenómenos como el de la alegría espontánea de pueblos afroasiáticos en la pobreza.

En la panorámica de la esclavitud y colonialismo, el autor es más folletinesco que científico. Con superficialidad muy americana y escasa penetración analítica. Algún error craso en conceptos básicos raciales de España y extraña lusitanofobia. Le va mejor lo periodístico al hacer crónica del proceso contemporáneo de la revolución, decadencia y reajustes del poderío blanco, nuevos bloques políticos en la esfera afroasiática, nueva inquietud del cristianismo y catolicismo para borrar el concepto de religión de los blancos (también aquí más periodístico que doctrinal y hermenéutico). En las filosofías del odio implica lo mismo el exterminio nazi de judíos que las atrocidades de Sud-Mau Mau, los países segregacionistas de África y las normas de inmigración norteamericanas. En la filosofía de la esperanza sorprende que se citen doctrinas budistas, a Gandhi y a King, sin mínima alusión a los autores españoles que hicieron la fraternidad y el derecho de gentes. ¡Lamentable! La esperanza se dirige luego a Estados Unidos, y la Iglesia, en sus posibilidades, cara al futuro. Se cierra la obra con interesantes apéndices de discursos «fraternizadores» de Sédar Senghor, Luthuli, Lumumba, y extractos de White Man's Future, Luthuli, y de Pablo VI. Es decir, fraternizadores y denunciadores.

Un libro, en resumen, de gran actualidad como temática, de interesante lectura, de buenos chapuzes de sugerencia, pero bastante disperso y «liviano» de pensamiento para quien busque algo de las tremendas honduras del problema.

Reino y reinado de Dios, de Rudolf Lengsfeld; Reino y reinado de Dios. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø14 x 22Ø. 363 págs. Rústica: 290 ptas. Tapa: 340 ptas.—PETER LENGSEFELD: Tradición, escritura e iglesia en el diálogo ecuménico. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø14 x 22Ø. 348 págs. Rústica: 290 ptas. Tapa: 340 ptas.—THOMAS PATRICK MELADY: La revolución de color. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø16,5 x 24Ø. 260 págs. Rústica: 185 ptas. Tapa: 225 pesetas.

Los jesuitas se renuevan. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø13 x 18,7Ø. 153 págs. 60 ptas.—DRA. ANNE MARIE LEANNEC: La vocación religiosa femenina. Psicopatología y admisión. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø14 x 19,7Ø. 206 págs. Rústica: 140 ptas. Tapa: 178 ptas.—SCHNACKENBURG, GÖRRES, FLECKESTEIN, TAWES, SCHURR y REUSS: Creer hoy. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 222 págs. Rústica: 135 ptas. Tapa: 170 ptas.—MAURICE BELLET: Los que pierden la fe. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 227 págs. Rústica: 150 pesetas.

Los jesuitas se renuevan. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø13 x 18,7Ø. 153 págs. 60 ptas.—DRA. ANNE MARIE LEANNEC: La vocación religiosa femenina. Psicopatología y admisión. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø14 x 19,7Ø. 206 págs. Rústica: 140 ptas. Tapa: 178 ptas.—SCHNACKENBURG, GÖRRES, FLECKESTEIN, TAWES, SCHURR y REUSS: Creer hoy. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 222 págs. Rústica: 135 ptas. Tapa: 170 ptas.—MAURICE BELLET: Los que pierden la fe. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 227 págs. Rústica: 150 pesetas.

Los jesuitas se renuevan. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø13 x 18,7Ø. 153 págs. 60 ptas.—DRA. ANNE MARIE LEANNEC: La vocación religiosa femenina. Psicopatología y admisión. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø14 x 19,7Ø. 206 págs. Rústica: 140 ptas. Tapa: 178 ptas.—SCHNACKENBURG, GÖRRES, FLECKESTEIN, TAWES, SCHURR y REUSS: Creer hoy. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 222 págs. Rústica: 135 ptas. Tapa: 170 ptas.—MAURICE BELLET: Los que pierden la fe. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 227 págs. Rústica: 150 pesetas.

Los jesuitas se renuevan. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø13 x 18,7Ø. 153 págs. 60 ptas.—DRA. ANNE MARIE LEANNEC: La vocación religiosa femenina. Psicopatología y admisión. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø14 x 19,7Ø. 206 págs. Rústica: 140 ptas. Tapa: 178 ptas.—SCHNACKENBURG, GÖRRES, FLECKESTEIN, TAWES, SCHURR y REUSS: Creer hoy. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 222 págs. Rústica: 135 ptas. Tapa: 170 ptas.—MAURICE BELLET: Los que pierden la fe. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 227 págs. Rústica: 150 pesetas.

Los jesuitas se renuevan. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø13 x 18,7Ø. 153 págs. 60 ptas.—DRA. ANNE MARIE LEANNEC: La vocación religiosa femenina. Psicopatología y admisión. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø14 x 19,7Ø. 206 págs. Rústica: 140 ptas. Tapa: 178 ptas.—SCHNACKENBURG, GÖRRES, FLECKESTEIN, TAWES, SCHURR y REUSS: Creer hoy. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 222 págs. Rústica: 135 ptas. Tapa: 170 ptas.—MAURICE BELLET: Los que pierden la fe. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 227 págs. Rústica: 150 pesetas.

Los jesuitas se renuevan. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø13 x 18,7Ø. 153 págs. 60 ptas.—DRA. ANNE MARIE LEANNEC: La vocación religiosa femenina. Psicopatología y admisión. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø14 x 19,7Ø. 206 págs. Rústica: 140 ptas. Tapa: 178 ptas.—SCHNACKENBURG, GÖRRES, FLECKESTEIN, TAWES, SCHURR y REUSS: Creer hoy. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 222 págs. Rústica: 135 ptas. Tapa: 170 ptas.—MAURICE BELLET: Los que pierden la fe. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 227 págs. Rústica: 150 pesetas.

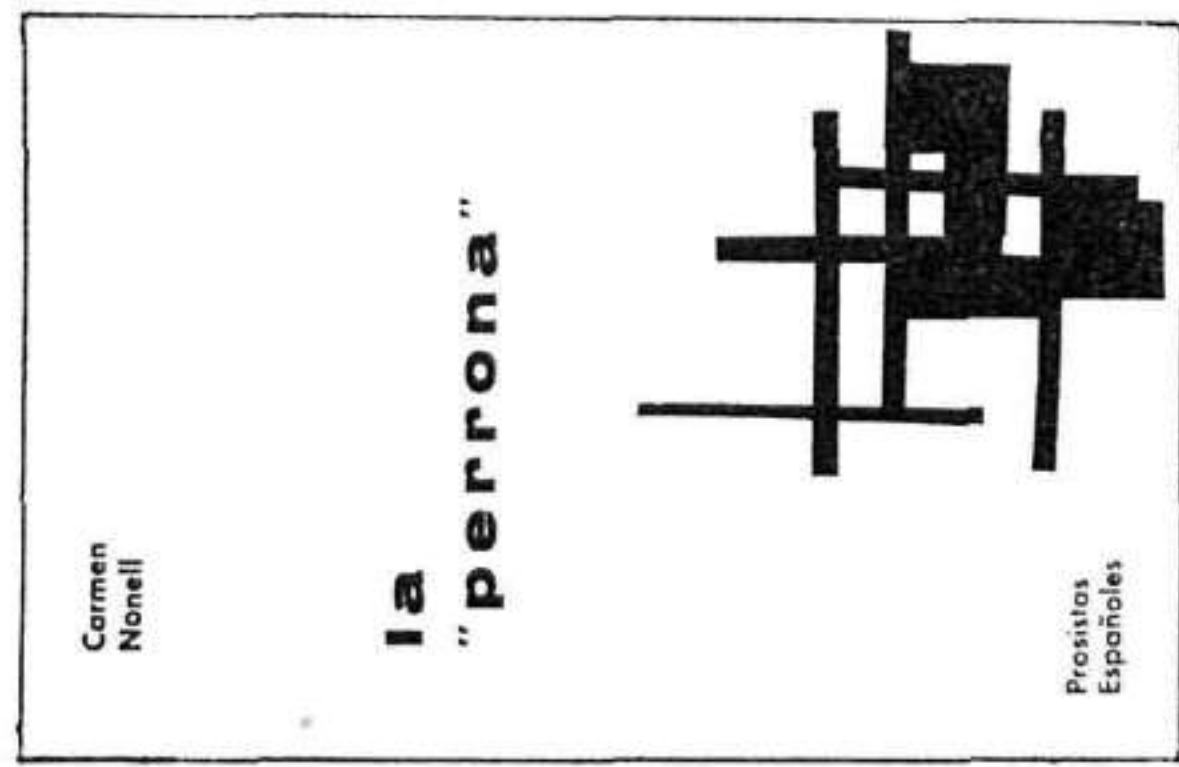
Los jesuitas se renuevan. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø13 x 18,7Ø. 153 págs. 60 ptas.—DRA. ANNE MARIE LEANNEC: La vocación religiosa femenina. Psicopatología y admisión. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø14 x 19,7Ø. 206 págs. Rústica: 140 ptas. Tapa: 178 ptas.—SCHNACKENBURG, GÖRRES, FLECKESTEIN, TAWES, SCHURR y REUSS: Creer hoy. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 222 págs. Rústica: 135 ptas. Tapa: 170 ptas.—MAURICE BELLET: Los que pierden la fe. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 227 págs. Rústica: 150 pesetas.

Los jesuitas se renuevan. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø13 x 18,7Ø. 153 págs. 60 ptas.—DRA. ANNE MARIE LEANNEC: La vocación religiosa femenina. Psicopatología y admisión. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø14 x 19,7Ø. 206 págs. Rústica: 140 ptas. Tapa: 178 ptas.—SCHNACKENBURG, GÖRRES, FLECKESTEIN, TAWES, SCHURR y REUSS: Creer hoy. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 222 págs. Rústica: 135 ptas. Tapa: 170 ptas.—MAURICE BELLET: Los que pierden la fe. Ediciones Fax. Madrid, 1967. Ø12,5 x 19,5Ø. 227 págs. Rústica: 150 pesetas.

dispare y con frecuencia disconformes. Ha habido quien lamenta que Maritain haya terminado escribiendo un libro como *Le Paysan de la Garonne*. Se ha sugerido la parcialidad de la visión de las cosas que contiene, ya que, al lado de los aspectos negativos, el balance de conjunto de nuestro tiempo, también en el aspecto teológico, es en sustancia alentador. Pero también se ha subrayado en la obra el valor de decir la verdad sin paliativos. En todo caso, es una

NARRATIVA FEMENINA

S. ALVAREZ TURIENZO



CARMEN NONELL: *La perrona*. Editora Nacional. Madrid, 1967; 155 páginas, Ø14 x 21,5, 150 ptas.

Resulta difícil dilucidar si la estructura de este libro de relatos es preconcebida o no. Si la cabal congruencia del contenido responde a una idea anterior a la redacción de los trece cuentos o si aquella viene dada por una natural inclinación de la autora hacia temas y situaciones muy determinados. Pero tampoco importa demasiado: el crítico debe atenerse a los resultados y, cualquiera que sea el orden de los factores en el proceso excepcional, importa constatar que el producto ha sido la perfecta captación de dos extensos y antipódicos ambientes vitales—seis cuentos para *El campo*, siete para *La ciudad*—, con una ahondadora descripción de sus respectivos condicionamientos diferenciales, deliberadamente sintetizados por Carmen Nonell en lo que estima sus facetas predominantes: erotismo y cuestión social, tratadas a veces por separado y fusionadas en otras sin solución de continuidad, como sucede en el primer relato de la primera parte—*El campo*—, quizá el más logrado; su título es el mismo dado a la totalidad del volumen, *La perrona*, y fue publicado en el número 358 de LA ESTAFETA LITERARIA.

A juzgar por estas narraciones, Carmen Nonell dista de concebir el cuento como género que se presta a describir la historia sintetizada de una vida o unas vidas, sino que

obra que ha promovido la discusión fructíferamente. Puede ser considerado como uno de los escritos indicados para ayudar a centrar a las mentes superando el confusionalismo reinante, aun admitiendo que no se esté de acuerdo con él. Su lectura es especialmente útil para prevenir los radicalismos y para curarse de la propensión a éxtasis ante nombres e ideas elevadas a mitología.

S. ALVAREZ TURIENZO

le sirve para captar un episodio determinado, con fuerza suficiente en sí mismo para que el lector advenga el resto... o le tenga sin cuidado, porque ya sabe bastante de todo cuanto importa.

Hay un distingo fundamental entre el tratamiento dado a los cuentos del campo y los de la ciudad, que por sí solo acredita las perspicaces dotes narrativas de Carmen Nonell: los personajes de los cuentos camperos son seres introvertidos y las peripecias que protagonizan vienen dadas, en gran parte, por sus propios sentimientos, en tanto que los de las narraciones ciudadanas cuentan con el entorno de una sociedad mediatizadora de actos e impulsos. Lógicamente, la escritora se guarda muy mucho de indicar explícitamente tal diferencia, sino que resalta por el curso de los relatos, de un realismo de vez en vez atenuado por la incorporación de elementos líricos.

Quizá Carmen Nonell pudiera haber evitado algunas situaciones demasiado similares, evidentes sobre todo cuando coinciden en el final de sendos cuentos. Véase las frases últimas de los cuentos *El pastor* y *La huída*, insertos además correlativamente: «Y cogíendola en sus brazos fornidos, la llevó al camastró.» «Y entonces, al verla en el suelo, casi sin sentido, la agarró brutalmente por un brazo y la arrastró hasta la alcoba.»

De los siete cuentos ciudadanos, dos transcurren en París, uno en Tokio y los cuatro restantes en Madrid, aunque en medios de diversa extracción social. Por eso resulta más meritoria la adecuación del léxico, perfecta en cada uno de ellos, aun cuando en algunas páginas la autora se muestra proclive a una morosidad descriptiva extremada, con pormenorización quizá más propia de la novela, exceso que bien puede provenir de la capacidad de observación que ha desarrollado en Carmen Nonell su dedicación a la pintura.

Los dos relatos parisenses suponen una repetida sátira de la simplificada opinión que de la capital gala tienen los que sólo la conocen «de oídas». Y *Nocturno erótico*, una eutrapelia en la que lo más crudamente erótico—que acaso adjujique a las «geishas» un cometido que no les corresponde—está delicadamente insinuado.

Dentro de la buena calidad del libro, *El sillón del obispo* comparte con *La perrona* una calificación sobresaliente.

JUAN EMILIO ARAGONES

todo lo que sea aprender a hablar bien será siempre poco, ayudar a que el verbo español tenga nuevos andadores.

ACACIA UCETA: *Frente a un muro de cal abrasadora*. La Gárgola de Cuenca. Carboneras de Guadazaón, 1967. 60 págs. Ø14 x 19,5. Spm.

Sintiéndose muy mujeres es como las poetisas—¿por qué no este nombre?—se han sentido seguras y flexibles para compartir su canto con los poetas sin complejo de inferioridad alguno. Así se fue borrando aquella imagen de la lirica sentimentalera y con muchas bardas en su corral, tanto como la otra imagen de la fémina dispuesta a poner su poesía en pantalones.

Para que el instinto—tan adjudicado rasonablemente a la mujer—tenga validez poética hace falta desbrozar a veces mucho camino y no quedarse en torpe tanteamiento, mucho o poco sentimental. No sé si todos estamos de acuerdo en que la conquista máxima de la mujer poeta en el presente es haber sabido compaginar lo vigoroso y tierno, haber salido de sus habituales pagos sin perder posibilidades expresivas.

No divago. Trato de apicar, seguidamente, lo que es clima casi común de lo femenino poético a lo que escribe Acacia Uceta en su segundo libro. Le viene justo a su poesía el ayuntamiento entre la sostenida pasión por la vida, que, como tal, alza la voz, y la luz íntima. Una fuerza heredada de titanes / me yuegue la cintura: sí, pero al sur toco mi tierra y profundizo / en mi oscura raíz indescifrable.

No se trata de una lucha entre aquella fuerza y esta raíz, sino que es la primera, humanizada, quien dirige la navegación. Frente a... lo que sea, se provoca el esclarecer de las actitudes de las personas. Frente a un muro de cal abrasadora—deslumbrante frontón para lanzar el alma—, Acacia Uceta vuelve una y otra vez a definirse. Primero a través de predicados generales, y luego muy particularmente—padres, esposo, hijo—, preocupada por el futuro—Testamento. Sobre el ara desierta—hasta llegar a decir: Están llegando, / y es preciso que encuentren / rebosante de amor la vieja mesa / y hallen un florecer de violetas / sobre nuestras raíces carcomidas.

Es mujer fuerte quien habla, mujer madre. Con dramatismo, sin sensiblería, sostiene impecablemente su propia tensión, procurando que su desnudez de lenguaje no resulte equívoca a sequedad. No; refulge, se exalta, se entenece de cara al muro que indica más vida aún. Algunas expresiones no debieron pasar la aduana. Yo situaría a Acacia Uceta en una línea que está entre Carmen Conde y Angela Figuera. Tiene sentido clásico, sin necesidad de usar de la rima, por supuesto; lanza el poema, pero mide su efecto. Contruje con solidez. Vibra mucho. Tal vez deba, sí, repasar algunos de los recursos retóricos.

JUAN MOLLÁ: *País de la lluvia*. El Toro de Granito. Avila, 1967. 76 págs. Ø18 x 15,5. Spm.

Naturaleza, cómo se empeña el hombre en

presarse así un poeta en la situación presente, cuando la poesía pasa por un ciclo urbano como la civilización toda. Pero, de cuando en cuando, se produce el salto a la regla, y un poeta trae el aliento del campo. Es más: ahora, Juan Mollá, ofrece en los primeros poemas de su libro una naturaleza en la que lo subjetivo del hombre queda aparte. Son, puramente, los pájaros, la luz, el bosque que quienes sustentan, descritos, quienes valen por una impresión del Paraíso, después convertido en país de la lluvia.

Y, con el país de la lluvia, el hombre romántico, el dolor, la ausencia, la sed y la rabia (así en el poema de la página 32), de modo que la naturaleza se convierte en espejo de las emociones humanas cuando no su motor. Mollá dice el amor ciñéndose a los ritmos, con buen oído y buena letra, si bien su poesía sigue por lo general papeles pautados dentro de una evidente dignidad.

Es suelto y cordial este libro, amplio de temas, cardinados todos en la sensibilidad para darle al paisaje lo que es del paisaje y al hombre lo que es del hombre. Lo que uno escha de menos, lo mismo que en tantas obras, es que ese hombre no parezca tener otro centro que la soledad, otro norte que la estética de la tristeza, y en este punto sí que hay que acusar a muchos de convencionalismo y de falta de imaginación.

Ojalá que se haga verdad en el poeta su anuncio de futuro: *Pero entonces vendré sin este signo serio, / y, aunque en el tibio ocaso el dolor se desliza, / yo traeré mi verdad ya pura sin misterio / ¡y tú conocerás entonces mi alegría!*

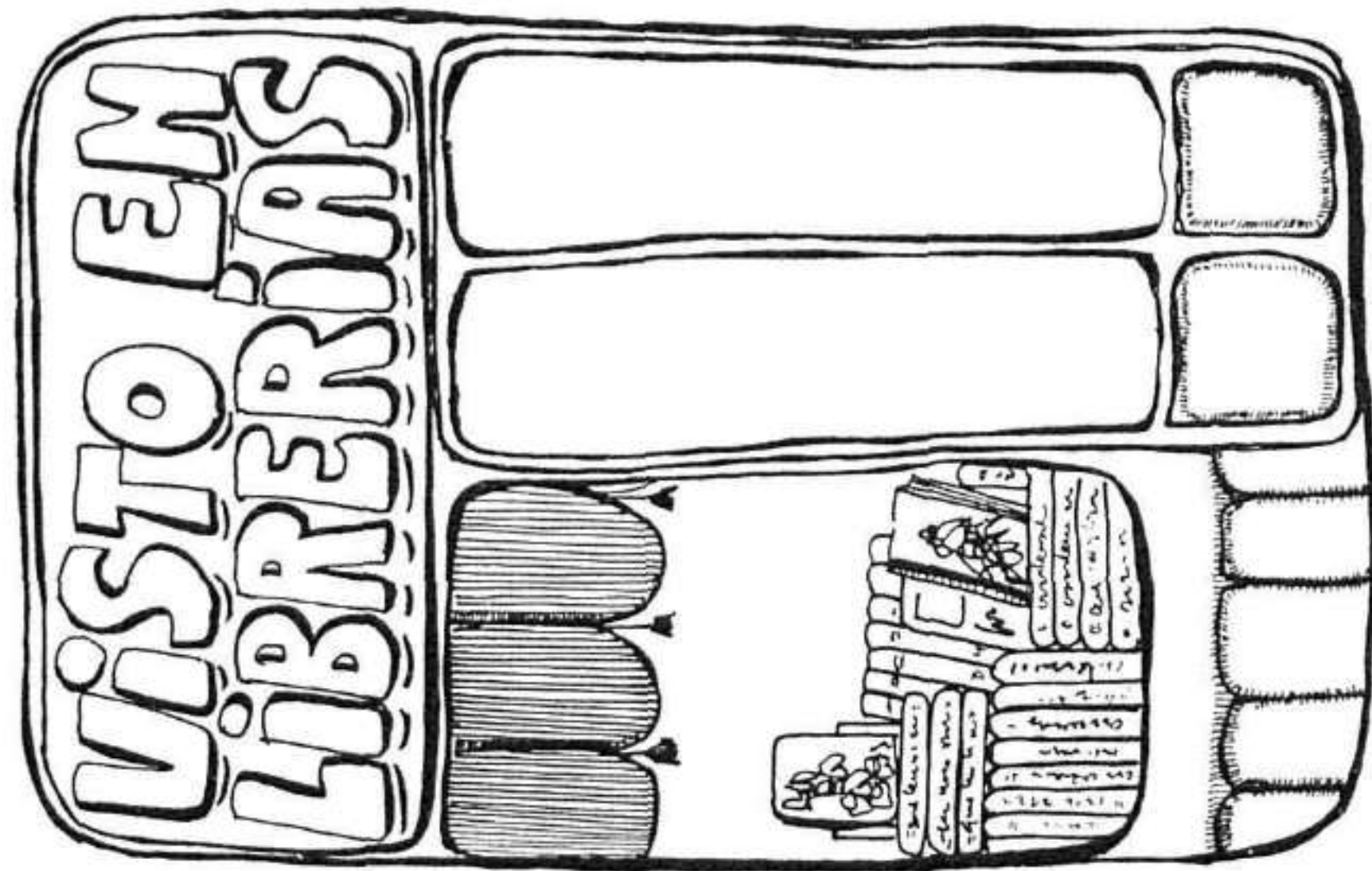
Cualquier día se titula el poema. ¿Premitorio?

Y, ADEMÁS, ANOTAMOS

Los números 16 y 17 de CLARABOYA, la revista leonesa, dedicados a la poesía gallega de posguerra. La difusión del verso gallego cunde, de lo que soy, con hechos, un decidido partidario. El prólogo, seriamente hecho, es de Basilio Losada Castro. Los poetas incluidos, en versión bilingüe, son Luis V. F. Pimentel; Luis Seoane; Alvaro Cunqueiro; Celso Emilio Ferreiro; Manuel Cuña Novas; Xose Neira Vilas; Manuel María; Uxío Novoneyra; Bernardino Graña; Xohana Torres; Salvador García-Bodaño; Xose-Luis Franco Grande; Xose Alejandro Criebeiro; Xose Luis Méndez Ferrín; Carlos Casares Mourín y Arcadio López Casanova.

En rigor, este doble de CLARABOYA es una magnífica antología sobre la que habrá que volver pronto. Sirvan estas líneas de simple anuncio.

HONDA TERNURA, de Crisoralia, pseudónimo de Piedad Rosario Soria. Edita el Club Femenino de Cultura de Quic (Ecuador). Firma el prólogo María Asunción Lazcorreta. Versos cuyo tono se desprende del título; versos con mucha abundancia del corazón, ese objeto de trasplante, realizados con gran facilidad y a nivel discreto. Como la autora es joven, resulta previsible que su poesía sufra una debura-



ENSAYO

Vicente Ramos
LITERATURA ALICANTINA
DE LA POSGUERRA

MANUEL ASIN • ALICANTE, 1967
235 PÁGS. Ø15,5 x 21,5. S/p.

El período abarca el tiempo comprendido entre los años 1940 a 1965. El autor no solamente se refiere a autores, sino también a revistas y actos literarios. Todo ello nos da una clara idea de la importancia de la literatura alicantina en nuestras letras.

Jesús María Vázquez
REALIDADES SOCIORELIGIOSAS
DE ESPAÑA

EDITORA NACIONAL
MADRID, 1967

325 PÁGS. Ø17 x 24,5. 250 PTAS.

La sociología religiosa en España, La estructura de la Iglesia española, Sociología religiosa de la emigración, Realidades socio-religiosas del turismo extranjero en España, Sociología religiosa de las vocaciones y bibliografía de sociología religiosa en España son los apartados de este libro.

Luis Antonio de Vega
GUIA VINICOLA DE ESPAÑA

EDITORA NACIONAL
MADRID, 1967

274 PÁGS. Ø17 x 24,5. 250 PTAS.

Comienza con la división de la España vinícola en seis alcoratos: Vinos Verdes, Taitas vinícolas, Al Manchara, Pámpanos Frangantes, Puno-Helénico, Vinos Machos. Después se extiende al estudio de estos y a otros temas relacionados con el vino.

Luis Antonio de Vega
GUIA GASTRONOMICA
DE ESPAÑA

EDITORA NACIONAL
MADRID, 1967

243 PÁGS. Ø17 x 24,5. 250 PTAS.

El autor hace un interesante recorrido por



José Luis Rodríguez Argenta: *La potestad del alfarero*. Colección Poesía. Editora Nacional. Madrid, 1967. 120 págs. Ø12x21Ø. 60 ptas.

Para mí se ve claro que la poesía española, por algunos de sus brotes, está queriendo aprender de nuevo a hablar, lo que se dice a hablar, cosa que con los cuentos de la

eficacia, la trascendencia, el asumir y otros lugares comunes, estaba olvidando. Ya se sabe: cuando la poesía quiere volver a aprender a hablar, recuerda inevitablemente las bases de ella misma: el lenguaje figurado, cuya ausencia, o falta de renovación más bien, es la verdadera causa de una crisis poética que va afecta a dos promociones.

Uno está en la obligación de referirse a síntomas advertidos en los libros. Lo de menos, en este caso, es quiénes los firmen y la edad que tengan. Pero, eso sí, puede observarse que en los más plenamente jóvenes es donde asoma esa voluntad de no creer que el grado de esteticismo—o de estética, simplemente—se mide por el grado de reaccionarismo. (Y también lo contrario, error que erre.) Un nuevo libro, de autor primario, viene a confirmar esa tendencia que digo, de cuyos últimos resultados sería precipitado hablar. Ya es algo que esté ahí; por ahora, lo más importante que puede ocurrirle.

La potestad del alfarero se apoya en el sentimiento amoroso, así que una esta inclinación a la de poner tiento y belleza en las palabras. En poemas invariablemente breves, sin títulos, y respondiendo a semejante estructura, se desenvuelve lo que hay que llamar amor-naturaleza, en cuanto que son las cosas naturales quienes aportan una imaginaria referida casi siempre a la amada. Decía Ortega y Gasset que el cuarto del amante huele a habitación de enfermo; se trata, como es lógico, del enfermo romántico. Aquí, por el contrario, huele a tormenta, a pajaro, a noche, a calle llovida, más que a mujer, porque este amor tiene mucho de anticipatorio, ya que el poeta, sintiéndose alfarero, modela lentamente lo que desea. Es muy sintomático que abunden las imágenes que expresan huida cuando se habla de la amada y que cuando no hay nadie en los *despachos*, / voy, una sombra más, y acaricio la silla donde tú sientas, etc. De igual modo, se insiste en el término *azar*, salta la pregunta de *¿cuándo te encontraré?*, y, en el último poema, Rodríguez Argenta se define como *yunque de todas las esquinas*.

No es el interés psicológico ni menos anecdótico—por fortuna—, lo que caracteriza a este libro, sino su forma, su lenguaje, su belleza creada con elementos que, a fuerza de olvidados o semiolvidados, parecen nuevos. Es claro que algo de la poesía amorosa de Neruda se halla presente aquí (también en el chileno naturaleza equivale a mujer), pero descargada de sensualismo digamos directo. Lo imaginativo es base principal de estos poemas; hay un uso bastante frecuente de la anátesis y de la repetición hecha con sentido no solo copulativo. Por otro lado, el tono de la segunda parte es más cálido, aunque, en líneas generales, no es conseguir la emoción cuanto parece perseguir el poeta, sino trabajar su modo de decir. Y esto, el modo de decir, la capacidad para crear poesía desde las mismas palabras, es la baza más positiva de este poeta—y de todo poeta—recién acabado de darse a conocer. Creo que no debe confiar tanto en el mismo esquema—consciente o inconscientemente y construir con más rigor—, pero

NOVEDADES DE HISPANOAMERICA

De la editorial Diana (México) recibimos varias obras. James Daniel y John G. Hubbell han escrito *Mientras América dormía*, que es una historia de la crisis cubana del año 1962, cuando Estados Unidos tuvo que intervenir ante la presencia de proyectiles teledirigidos rusos en Cuba. Los autores analizan los sucesos acaecidos en una época no poco crucial para Norteamérica.—Robin Maugham, bajo el título de *William Somerset Maugham y todos los Maugham*, traza una biografía de su tío, con quien vivió estrechamente unido al interesarse ambos por los mismos movimientos culturales. Naturalmente, Robin cuenta muchas cosas que nunca otros biógrafos de Maugham han escrito. Tres años se ha pasado Robin escribiendo esta obra, indispensable para conocer, preferentemente en el aspecto humano, al que ha sido y sigue siendo un escritor que dejó huella en generaciones posteriores.—En Diplomático entre guerreros, Robert Murphy escribe sus impresiones políticas, a las que llegó desde que, tras una entrevista con el presidente Roosevelt en 1940, fue nombrado diplomático.—También la misma editorial ha publicado *El Don*, novela de Vladimir Nabokov. La traducción es de Carlos Barrera.—De la editorial Goyanarte (Buenos Aires) se nos remiten dos novelas de Juan Goyanarte, que falleció pocos meses después de haber visitado nuestra redacción. *Farsa* y *Lago* argentino no son los títulos de las obras. En ambas están presentes los problemas sociales.

Año nuevo, poeta nuevo: Rodríguez Argenta. Atención. Acacia Uceta vuelve a cambiar sus monedas de poesía, y Juan Mollá, que es también novelista, completa la primera terna de 1968, a quien, desde ahora, hay que procurar quitarle de la cabeza que su condición de bisieito le da derecho a la diablura

Adiós azar de carne, tierno azar que se viste con mi azar, adiós azar que me palpitas. Adiós, todo el amor derramado para tus oídos. He vuelto a las esquinas para darte las rosas de mi término, pero tú estabas entre las rejas que separan siempre. Y vuelvo, como la gota que acarició las ramas, y volveré sacando fibras a mi corazón, abriendo mis surcos esperando la lluvia de tus ojos; esperando que la apretura de mi piedra te haga sentir el sabor del musgo y el metal de las estrellas, y la verdad de la noche, y la anchura de mi reflejo, y la fe de los horizontes y el último mar siempre, el que nunca termina, el que nunca se vierte.

(De «La potestad del alfarero».)

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ARGENTA

A MIS PADRES

Me acerqué hasta vosotros como llega la savia al tronco nuevo. Con el tibio temblor de la sorpresa supieron de mi peso vuestros brazos y se aplazó la cita con la muerte cuando visteis doblada vuestra imagen en el pequeño espejo de mis ojos. La línea de la vida, trazada desde el día del origen, se volvió a prolongar con mi existencia. Ante mi rama virgen florecida palpasteis los bolsillos de vuestra vieja estirpe con el ajón ingenuo de poner algo hermoso entre mis dedos, sino unas pobres vidas anteriores amasados por todos y de siempre. Tan sólo hallar pudisteis, para abrigar mi tierra amanecida, vuestra renuncia y vuestro amor trezados. Y renunciasteis a la primavera para alfombrar con vuestras hojas secas el sendero de piedra que el mundo desdoblaba ante mi paso.

(De «Ante un muro de cal abrasadora».)

ACACIA UCETA

A D A N

Y nació el hombre. Miró en torno. Puso la mano sobre el árbol. Bebió el agua del manantial secreto de la vida. Bebió la luz. Durmió sobre la hierba. Entre sueños, su mano tocó el frío lomo de la serpiente. La acarició durmiendo. Y al despertar, en vano tristemente buscó las alas que perdió en el sueño.

(De «Pais de la lluvia».)

JUAN MOLLÁ

Frederick Hardman
LA GUERRA CARLISTA VISTA POR UN INGLÉS
TAURUS ● MADRID, 1967
178 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 60 PTAS.

En 1834 el autor vino a España como representante de la legión británica que participó en la primera guerra carlista. En estos escritos, Hardman demuestra una especial simpatía por la España que él conoció como soldado y viajero.

Jean Becarud
LA SEGUNDA REPUBLICA ESPAÑOLA
TAURUS ● MADRID, 1967
191 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 100 PTAS.

Investigación de sociología electoral sobre España, dedicada a un período de nuestra historia más reciente. El autor, joven hispanista francés, traza con objetividad el panorama político español entre 1931 y 1936.

Francisco Delgado
LA LOZANA ANDALUZA
TAURUS ● MADRID, 1967
226 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 60 PTAS.

Pieza importante de nuestra novelística clásica. Estudio preliminar de Joaquín del Val.

Eugenio Noel
LAS SIETE CUCAS
TAURUS ● MADRID, 1967
270 PÁGS. Ø11 x 18Ø. 60 PTAS.

Quizá la más importante novela de Eugenio Noel.

Luis de Diego
CUENTOS DE JAVIER
DONCEL ● MADRID, 1967
109 PÁGS. Ø20 x 25,5Ø. 100 PTAS.

Trece cuentos y un prólogo para lectores infantiles. Las ilustraciones son de Máximo.

Jaime Ferrán
ANGEL, EN COLOMBIA
DONCEL ● MADRID, 1967
159 PÁGS. Ø20 x 25,5Ø. 100 PTAS.

El pequeño personaje recorre Colombia. Libro ameno para los pequeños lectores. Ilustraciones de Dans.

Carmen Nonell
LOS QUE SE QUEDAN
ALFAGUARA ● MADRID, 1967
131 PÁGS. Ø11 x 16,5Ø. 20 PTAS.

Novelista, pintora, conferenciante y viajera incansable. Así es la autora de esta novela corta, de contenido hondamente humano.

Alejandro Núñez Alonso
SOL DE BABILONIA
PLANETA ● BARCELONA, 1967
663 PÁGS. Ø15,5 x 21,5Ø. 225 PTAS.

Segunda parte de «Semiramis». Nueve momentos históricos y de su amena forma de narrar.

Julio Manegat
HISTORIAS DE LOS OTROS
PLANETA ● BARCELONA, 1967
264 PÁGS. Ø13 x 19Ø. 125 PTAS.

Veintidós relatos del autor de «Spanish Show».

«JAZZ» Y OTROS

EL Casón del Buen Retiro fue escenario para el cierre de la temporada musical 1967, con un concierto en el que intervinieron la Orquesta de Cámara de Juventudes Musicales de Madrid, dirigida por Isidoro García Polo; la Agrupación Instrumental de Música Antigua de Madrid, dirigida por Alejandro Masó; el Coro de Cámara de la Radio-Televisión Española, y los solistas Pura María Martínez, José Foronda, Jesús Zazo, Miguel Ángel Tallende, Joaquín Moya, Juan Zamora y Enrique Lafuente.

Obras relacionadas con la *Navidad* de Hans Leo Hassler y *Heinrich Schütz* integraban un programa que se recibe con satisfacción. Los siglos XVI y XVII de sus autores han dejado numerosa música vocal de extraordinaria belleza que convence por su ligereza e imaginación.

La interpretación tuvo sus momentos buenos y los que no lo fueron tanto, pero se explica por la dificultad de «montaje» y «ajuste» de los distintos participantes. Es tradicional que estos conciertos se preparen con muy pocos ensayos, y si ésta no es razón que justifique, si sirve, como decimos, para explicar las causas. Por otra parte, lo que queremos expresar es la seguridad de que los intérpretes son capaces de mantener la línea de calidad que fue discontinua.

A caballo entre 1967 y 1968 nos han llegado dos sesiones extraordinarias en el Club de Concier-
tos,

dedicadas a la música de «jazz». Teníamos noticia de este empeño, y nos ha producido gran ale-

gría el verlo hecho realidad. Tras la habitual crónica de música de «concierto», el crítico español se

siente obligado a preluar su valoración de la música de «jazz» y al extraordinario interés de este

MIENTRAS AFINAN LOS PROFESORES

EL concierto ya celebrado entraña un comentario concreto referido fundamentalmente a exposición de los niveles interpretativos y a la valoración de los estrenos. Pero, junto a este comentario, cabe también la orientación anticipada, el análisis de los proyectos que ya han cristalizado, en una visión del panorama que va a ofrecer la actividad musical.

Con esta intención iniciamos esta nueva crónica de la música, en la que el anuncio queda comentado en la consideración de nuestro juicio personal.

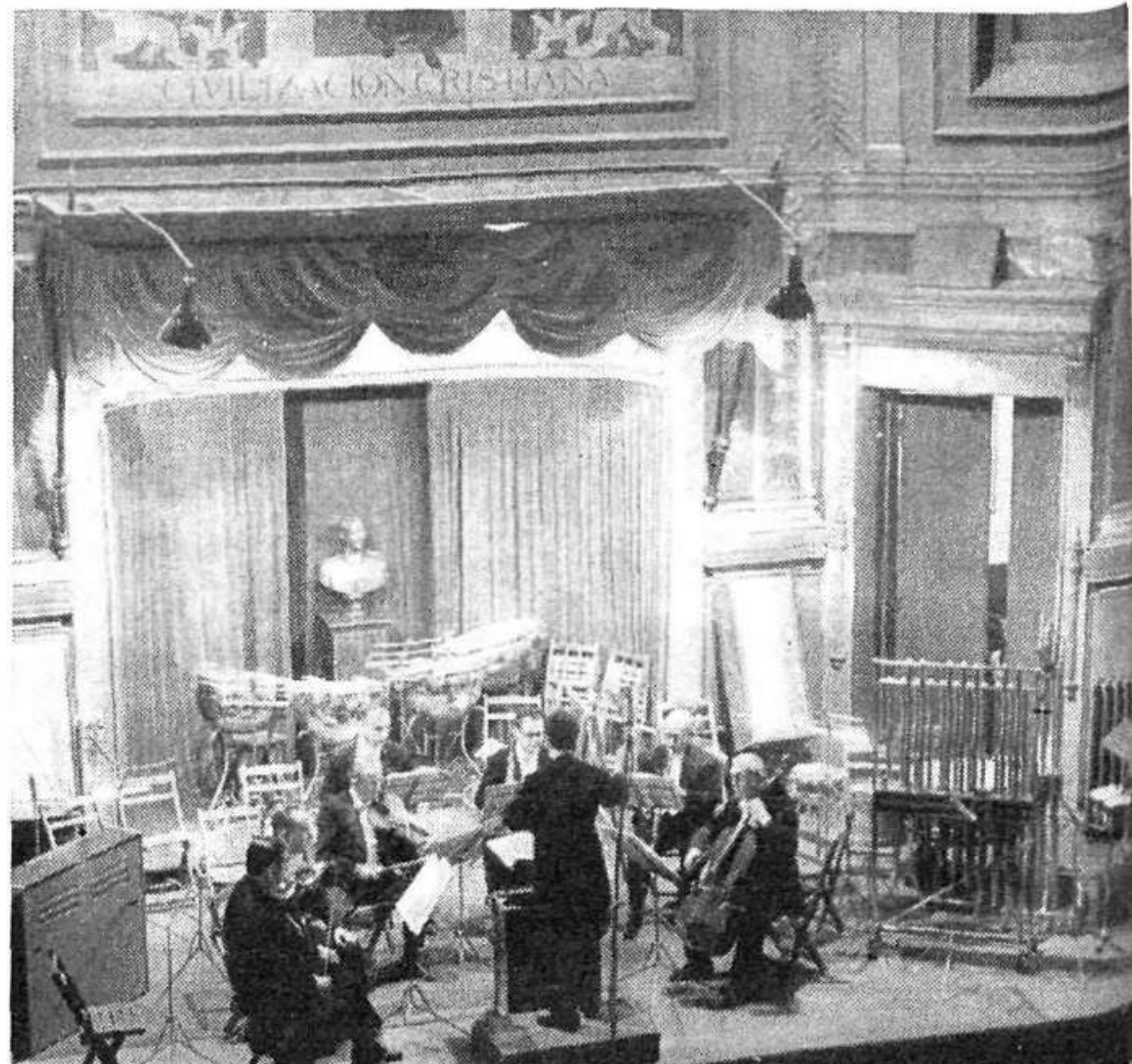
El futuro próximo de las actividades de la Orquesta Sinfónica de la Radio Televisión es alentador. La primera sesión, que coincidirá con la aparición de este número, ofrece la nota especial del estreno de una obra, producto de un encargo de Radio Nacional de España.

Los encargos—lo hemos dicho en varias ocasiones—son fuente absolutamente precisa de obras y compositores. Este mecenazgo a nivel de los tiempos se viene empleando con éxito en todos los países y está proporcionando una copiosa producción que nace amparada en dos «calores» esenciales. Por una parte, la ayuda económica que permite al compositor un trabajo continuado y temporalmente estable. Por otra, la ansiada seguridad del estreno. De ambos son consecuencia una acentuación, muy necesaria, de la profesionalidad, y la apertura de nuevas posibilidades posteriores en las que ya va a entrar en juego, de modo exclusivo, la «calidad» personal del autor.

El programa está integrado, además, por la *Segunda Sinfonía*, de Schumann—equilibrio tradicionalista—, y por el *Concierto en fa*, de George Gershwin. Este último no se escucha con frecuencia en sesiones vivas, aunque figura como obra ya «tradicional» en los programas de radio. La dirección corresponde a Enrique García Asensio que suponemos que con esta última obra corresponde cortésmente a sus actuaciones frente a la Orquesta Nacional de Washington, con la que ofrece títulos españoles en justo intercambio y acercamiento. Edward Mattos será piano solista en el concierto de Gershwin.

Para que ese intercambio no sea sólo más allá de nuestras fronteras, Enrique García Asensio dedicará el programa del jueves día 18, frente a la misma orquesta, a la música española, con la colaboración de la soprano Angeles Chamorro y del pianista Javier Alfonso. Es esta también una grata ocasión y no puede pasarse por alto la importancia y la trascendencia de imponerse una tarea como esta en la programación que atiende, por encima de todo, a la responsabilidad formativa de una orquesta oficial.

Sin los años previos, en los que el acercamiento a la música era terriblemente lento, no se había podido llegar a la ascendente situación actual. Pero no es posible dormirse en lo hecho y seguir líneas que tuvieron su vigencia, pero que han sido superadas por el público. Ahora, a este momento, corresponde esta otra programación para establecer la nueva etapa, la nueva «familiarización» con el hecho de la novedad.



Tres compositores españoles llevan el programa. Julio Gómez—a quien recordamos con extraordinario afecto de nuestros años en el conservatorio madrileño—, con su *Suite en la*; Javier Alfonso, que ofrece, desde el piano, su *Concierto para piano y orquesta*, y por último, las deliciosas *Ocho canciones vascas*.

Así, pues, la semana constará tan sólo de conciertos de orquesta, ya que pasamos al sábado siguiente en el que de nuevo Enrique García Asensio subirá al «podium» para ofrecer el estreno mundial—un nuevo estreno—de la obra del maestro Gerardo Gombau que ha recibido el premio March. Completará el programa *La infancia de Cristo*, de Berlioz, y colaborarán la soprano Fuencisla Martín, el tenor Santiago Sansaloni, los bajos José Antonio León y José Lemat, con coro de la Radio Televisión, que dirige Alberto Blancafort.

Dentro del Club de Concier-
tos se presentará el día 25 el pianista Alberto Giménez Atenelle, con un recital que incluye obras de Beethoven, César Frank, Schumann y, para crear el equilibrio lógico, la *Sonata, Op. 1*, de Alban Berg.

El maestro Igor Markevitch se hará cargo de la orquesta de RTVE el día 6 de febrero en un concierto extraordinario a beneficio de la Sociedad Artística-Musical de Socorros Mutuos, en el que dirigirá, con la colaboración del coro, la *Novena Sinfonía*, de Beethoven.

Continuarán las sesiones de la Orquesta Nacional, de la Agrupación Nacional de Música de Cámara, Juventudes Musicales, Grupo Alea, etc., cuyos programas se irán anunciando con menor anticipación.



género en muchas ocasiones. Estas son, naturalmente, todas en las que la calidad y la pureza han sido conservadas.

El motivo es bien simple. La música de «jazz» ha sido «comercializada», en el sentido peyorativo de la palabra, mixtificada, y se ha creado una imagen falsa generalizadora que la hace como ajena a la sala de conciertos. Todos sabemos lo que de verdad debe ser calificado de música de «jazz», y no es preciso, por tanto, proseguir con este prelude.

La primera sesión se celebró el 28 de diciembre y la segunda se anuncia para el día 4 de enero, pocas horas antes de cerrar este comentario. Hablemos, pues, de la primera.

Peer Wyboris, batería; Paul Grasse, piano; José Chenoll, trombón; Erich Peter, contrabajo, y Pedro Iturralde, saxos tenor y soprano, formaron el conjunto, presidido por este último.

Bien la repetida música de «jazz». Bien sus versiones de títulos de Miles Davis—el «arreglador» para trompeta del concierto de Aranjuez para guitarra y orquesta de Joaquín Rodrigo—, Bronislaw Kaper—autor de abundante música cinematográfica—, Rollings y Coltrane. Bien, en resumen, todo lo que pertenecía de lleno al género.

No es posible decir lo mismo de la segunda, en la que no se siguió esa preocupación. Por ello, no queremos adelantar juicios. Esperamos y deseamos que la segunda sesión, a cargo de Juan Carlos Calderón, responda íntegramente a su epigrafe. Esas mismas reservas que apuntamos sobre esta música obligan aún más a una pureza para no asustar y confundir a los oyentes. El aficionado medio participa muchas veces de esa imagen generalizadora, y lo que conviene es ofrecerle la real, la que corresponde a un estilo que tiene categoría y que ha influido más o menos intensamente a casi todos los compositores de este siglo.



PLASTICA

ADOLFO CASTAÑO

MARIA CALVET

María Calvet nació en Barcelona. Allí ingresó en la Escuela de Bellas Artes, y continuó y terminó sus estudios en la Escuela de Madrid.

Participa en numerosas exposiciones colectivas: nacionales de Bellas Artes, concursos nacionales, Rodríguez Acosta, Salón de Mayo, Bienales de Zaragoza, Salones Nacionales de Pintura en Alicante, Valencia, etc. Salón del Toro.

Ha celebrado exposiciones individuales en Madrid, Barcelona, Salamanca, Segovia, Valladolid, Zamora, Cuenca y Palma de Mallorca.

Ha obtenido dos veces becas del Instituto Italiano de Madrid para viajar por Italia.

Ha residido un año en Londres.

Hay obras suyas en la Sección Contemporánea del Museo de Arte Moderno de Barcelona y en el Museo del Toro, en Soria.

Ha conseguido el Molino de Bronce en la exposición manchega de Artes Plásticas y una Medalla de Bronce en el Salón de Arte de Puertollano.

Actualmente es profesor adjunto en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, explicando Historia del Arte.

Esta panorámica de su vida y su quehacer no nos da mucha luz sobre el presente y futuro de esta artista.

Yo no creo en absoluto en estos pedregos que se consiguen hoy sin ningún talento. Basta un poco de audacia, una brizna de capacidad y el dinero suficiente para montar y soportar los quince habituales días que dura una exposición y ya se cuenta con un curriculum.

Pero el caso de María Calvet es distinto. Ella se esconde detrás de los datos, le gusta dejarlos en una ambigüedad, en una penumbra discretas. Yo diría que es demasiado respetuosa con todos nosotros. Y este respeto se quiebra tan sólo con acercarnos a sus pinturas. Y cuando digo acercarnos lo digo en un sentido pleno, con los ojos y la mente abiertos y preparados a comprobar, a desenmarañar.

María Calvet no evita ciertas preocupaciones humanísticas. Vivimos apiñados en las ciudades y puede decirse que nuestro único panorama es el hombre, por dentro y por fuera.

A esta artista le toca muy de cerca la soledad de los seres. Es como si la presencia en las calles, en las casas, en los lugares públicos, de las gentes le diera al trasluz su soledad, su propia y personal soledad. Y por eso busca el calor de la compañía en el corro familiar. O simplemente, y con un dramatismo mayor, la colocación de estos seres, uno tras otro, dirigiéndose a cualquier parte.

El espacio, por tanto, está cru-

zado por estos seres, unas veces. Otras están orillados al borde del lienzo y dejan tras de sí un hueco vacío con una puerta, o tal vez con el peso de la penumbra que desciende de lo alto.

El paisaje también habita este mundo serio y preocupado, al que una vibración lírica muy profun-



da aparta la etiqueta de social. Y este paisaje está también tratado de forma humana.

En su agrupación, en el dinamismo de sus tierras, en la individualidad de sus colores, los campos, cielo, árboles, sol y casas adoptan una topografía, una configuración de cuerpo. María Calvet relaciona las formas halladas en la naturaleza, sus agrupaciones, con las formas y agrupaciones de los hombres. Y les suma un significado que es aplicable a ambos. Pues si de un paisaje puede decirse que es yermo, también podemos aplicar el adjetivo a un hombre con un determinado estado de espíritu.

Su realismo, un realismo que no esquiva las abstracciones ni los símbolos, tiene un carácter muy español.

En primer lugar la consciencia de nuestra condición humana; en segundo, esa limitación física que algunos pueden confundir con un fatalismo propio de las gentes que viven bajo un sol potente y un cielo lejano; en tercero, un deseo de escape, de modificación de una situación dada, pero estrictamente referido a los hombres. Todos estos datos la unen a una corriente realista, nada literaria, que ha sido privativa, aunque de forma distinta de como se da en María Calvet, de ciertos pintores a partir de la generación del 98.

Lo que sí es indudable es que María Calvet no acusa influencias externas. Ella se nutre de lo mejor de la tradición y luego lo sien-

te hoy, ahora, en sí misma, para comunicarlo sobre las superficies de sus pinturas.

Y ¿cómo son estas superficies?

Sobre una preparación generosa, preparación que efectúa por sí misma, mancha directamente, ateniéndose a un esquema previo que siempre es modificado al tomar cuerpo.

La fluidez de su materia deja que se transparente el soporte; muy pocas veces empasta. Gusta de velar los colores, alternando uno sobre otro. Siente preferencia por las tierras, los grises, los azules. Ya se ha alejado de los naranjas, de los amarillos. Se mantiene serena al lado de los carmines.

No ha terminado de encontrar su dicción. Pero sus pinturas ya se reconocen. Ya tiene un estilo.

Alguien dijo una vez que su pintura, como materia, no es limpia. Yo creo que quien esto dijo no terminó de profundizar, de indagar en el total. Un cuadro es un todo, algo acabado, entero, que tiene existencia por él mismo.

El hobby de María Calvet es pintar. Y no sólo lo dice. Pinta a pesar de las dificultades, y si no pinta sufre con dolor palpitante, verdadero.

Yo apuesto por ella. Apuesto por su pintura. Lo hago por su técnica, por su personalidad entera.

María Calvet no es brillante. No tiene relumbrón al que asirse. Su pintura actúa desde el fondo, desde las entrañas de la composición. Ella quema las etapas de su crecimiento lentamente; busca su acento; encuentra su estilo; lo utiliza y luego se vuelve hacia nosotros, comparte con nosotros su tarea.

itinerario de exposiciones

- En la Galería Neblí hemos visto unos «collages» de Juan Roldán Cortijo y unas hojalatas pintadas de Pepita Alberich e Isidoro Almazán, sencillos, graciosos, alegres, y justo en el límite del arte más ingenuo y puro. Algo que merece verse y gozarse.
- En la Galería Da Vinci, un par de acuarelas de Primatesa de una calidad espléndida por su sencillez de trazo. El resto, demasiado complicado de construcción, con una preocupación que nubla, por querer ser tremendamente real, su seguramente indudable valor artístico.
- En la Galería Círculo 2, los dibujos de Maximino Peña (1863-1940). Sólidos, perfectos, con un sentido preciso para captar lo fugaz de la realidad que se desarrolla ante sus rápidos ojos. Maximino Peña era, sin dudar, un artista para quien no había secretos en lo visible.
- En la Galería Seiquer, el homenaje que Zabala hace a «arrosier c'est la vie». El conjunto es exquisito. Con un valor indudable en la investigación, con dos o tres pinturas de rara y perfecta diana.
- La última exposición de la Casa del Siglo XV de Segovia ha sido la de Hernández Quero. Quero es un valor seguro en el grabado y en el dibujo; su sensibilidad le hace ver detalles y asociar valores opuestos.
- María Moutas expone, en la Sala de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes, 46 pinturas de desigual fortuna. Junto a interiores, bodegones y composiciones de peculiar factura, a caballo entre lo perfecto y lo torpe, pero de un singular valor pictórico, pintura-pintura, hay otros que se despegan y se alejan. En conjunto es positivo. Una exposición se salva por un buen cuadro, y aquí hay ocho o diez que pueden quedar de eslabones para siempre en la historia de María Moutas.

EL TIEMPO GANADO DE JOSE MARIA SANJUAN

RAUL TORRES



Tu fuiste a verme, ¿recuerdas José Mari?, un día hace cuatro años o hace mil años. Era primavera y llovía; llevabas un paraguas y una sonrisa, una fe y una esperanza. Hablamos por las calles de Madrid, de literatura, de bondades, de cuentos, de hombres, de amistad; del premio Sésamo, de la «nueva conciencia» (que tú la inventaste o mejor, la descubriste de las ruinas de tanta generación) y fuimos amigos. Un día y otros días, un año y otro año. Recuerdo que estabas buscando, que ibas tras el tiempo perdido, en busca del tiempo perdido. Y lo has encontrado. ¿Ves cómo el premio Nadal, ese que soñabas, del que hablamos en tantas ocasiones, llega?

No sé cómo es *Requiem por todos nosotros*; pero de lo que estoy seguro, conociéndote como te conozco es de que tendrá la juventud, los descubrimientos, las aventuras literarias que llevas muy dentro. Lo digo, lo apunto porque he leído *Solos para jugar*, *El último verano*, *Una nueva luz*, *La patrulla*, más cuentos tuyos y hasta una novela inédita *Unos días de agosto*, que te debiste dejar en casa alguno de los días que fuiste por allí. Ahora me hace ilusión volver a leerla (perdona esta debilidad humana), ahora la encuentro mejor (perdona estos fallos humanos). Cuando empiezo a leer: «Estaba allí sobre la cama, con las persianas de la habitación bajas, de tal forma, que sólo dejaban entrar unas cortas claridades. La estancia tenía una suave penumbra, y sin embargo penetraba el calor... me parece que algún editor ha cometido una torpeza más y estoy seguro que no será la última; pero ésta es otra cuestión que no viene bien aquí ni a qué.

HABLAMOS DE HEMINGWAY, DE KEROUAC

Hablamos de todo y de todos; de todo lo que fuera literatura, y siempre aparecía Hemingway, quizá uno de tus maestros y esto lo apunto más seguro, porque una vez me contestaste a la pregunta, «¿qué influencias asoman sobre usted cuando escribe?», contestaste: «creo que dos: el vitalismo de Hemingway y la enorme capacidad de nostalgia y de humanidad de Vasco Patrolini».

Y luego desaparecías, te ibas a patear España de norte a sur; después a patear el mundo, porque te habías propuesto servir la causa del hombre

de conciencia, de esa nueva «conciencia» literaria, social, humana, de la que puede o debe ser representante la juventud con mayúsculas. Después aquel viaje al Congo y la extraña enfermedad que te aferró a la cama, aunque tu espíritu siguiera viajando, que eso lo sabemos todos.

Fuiste noticia a gran escala por lo de la «Hucha de Oro», con *Una nueva luz*; a propósito de aquello hablamos largo y tendido. Unas veces solos y otras con grandes maestros como Castillo Puche (entre los dos acabamos con tu botella de vino de Pamplona). Por eso fui sabiendo de todo lo que pensabas sobre la vida y sobre la literatura, qué era y es lo que más nos interesa.

TENEMOS SUBDESARROLLO EN LA NOVELA

Yo te pregunté y tú me ibas contestando a todo. Por ejemplo, ¿recuerdas aquella conversación?

—¿Crees que hay un subdesarrollo en la novela española?

—Naturalmente. Igual que hay un subdesarrollo en lo económico, en lo social. Tenemos subdesarrollo en la novela—en la creación—porque también somos un país subdesarrollado en proteínas. ¿Comprendes? Pero esto es corregible, creo yo...

—¿Qué clase de revolución literaria habría que hacer en España para que hubiera más lectores?

—El problema es de raíz. Por tanto las soluciones deben empezar desde abajo.

—¿Qué habría que hacer entonces?

—Formar, formar a la gente, crear en el hombre, desde niño, una auténtica obsesión por el estudio, una curiosidad por la lectura, una necesidad por saber.

Sé por qué has ganado el premio Nadal y por qué ganarás lo que te propongas. Recuerdo otra respuesta tuya a otra pregunta, que puede aclararlo.

—¿Tu vida literaria tiene etapas o es un currir continuo hacia una meta propuesta?

—Yo soy un hombre de «metas fijas», lo cual es producto de mi enorme voluntad para llegar a ser. Ahora bien, en toda meta propuesta hay un camino y en el camino a recorrer, una serie de etapas.

—¿Y en qué etapa estás ahora?

—Empezando, empezando...

Y es sólo el principio este premio Nadal, este *Requiem por todos nosotros*, aunque te haya convertido ya en figura. Imagínate cuando vayas por la mitad...

TENGO FE EN MIS COMPAÑEROS

Así que cuando he leído la noticia escueta me he puesto contento, he sentido que no estuvieras en Madrid para poder hablar contigo y darte un abrazo, y me he puesto a rememorar nuestra última conversación, con la que continuó:

Hablamos de los compañeros. Te pregunté:

—¿Qué opinión tienes de tus compañeros de generación, los que ahora tienen entre veinte y treinta y tantos años?

—Yo tengo fe y un respeto profundo por todos mis compañeros, los que trabajan en serio, con honradez y para despertar eso que yo llamo una «nueva conciencia» en nuestro país. A los que no les tengo ningún respeto y me dan mucha risa es a los que van de café en café, pregonando su incompreensión y—naturalmente, sin base para ello—su primacía. Eso de ser el mejor, se demuestra trabajando, con hechos y con obras, jamás con el montaje apriorístico de una coreografía de cartón.

Me gustaría estar contigo ahora en Pamplona y hablar del Nadal 67, de lo mal que lo has pasado mientras se desarrollaban las votaciones y de lo contento que estás cuando ha pasado la tormenta, para hablar de la novela que habrás empezado ya, estoy seguro, con el nuevo año; para hablar de *El ruido del sol*, tu libro de cuentos sobre la fiesta española, que ya debería haber salido, para seguir hablando de literatura, pero como no puede ser, te escribiré una carta y esperaré que vuelvas de nuevo a Madrid para seguir charlando de todo, mientras tanto, volveré a releer *Unos días de agosto*, ya que tengo la suerte de ser el único que la posee.

Cataluña Literaria

DE NUESTRA DELEGACION

EL NADAL y otros Premios

HEMOS asistido al XIV Premio «Eugenio Nadal». Los amplios salones del Hotel Ritz se encontraban repletos de público. Sabido es que en Barcelona estos acontecimientos literarios revisten un carácter marcadamente social.

RECUERDOS DEL CERTAMEN

Por una serie de circunstancias, hemos asistido a todos los premios «Nadal». Recordamos el inicial—6 de ene-

ro de 1945—, otorgado en el evocador Café Suizo (un restaurante que tuvo la mejor «minuta» de principios de siglo y en el que gustaba vivaquear, a la sombra de un buen condumio, al inolvidable don José Félix de Lequerica). Hoy, el viento de la historia sopló en el viejo café entrañable, de donde saltó a la fama una pálida joven llamada Carmen Laforet, y se ha transformado en la cava flamenca Los Tarantos!

Seguimos luego al premio al Restaurante Glacier, asomado, como el Suizo, a la plaza Real, alumbrada por las farolas de gas diseñadas por An-

tonio Gaudí. Allí ascendieron al cielo de la fama literaria, entre otros, José Suárez Carreño, y se reveló una nueva escritora, Ana María Matute, finalista con *Las luciérnagas*.

Más tarde, y soñando más dilatados horizontes, el «Nadal» acampó en el Hotel Oriente—el hotel de los toreros—, cuyos espejos habían reflejado el perfil de Rafael «el Gallo» y cuyo gerente conserva, como una reliquia, la suite de Manuel Rodríguez, «Manolete». En sus salones se proclamó un nombre casi desconocido entonces: el de Luis Romero, ganador, con *La Noria*, del «Nadal» 1951.

Por último, el certamen dejó el mundo duro, soñador, pintoresco, de las bajarrambas barcelonesas, para sentar sus reales en el Hotel Ritz.

No cabe duda de que el «Nadal» contribuyó al renacimiento del arte novelístico en nuestra difícil trasguerra española. Aunque en la actualidad, y vista la inflación de los premios literarios, se piense que éstos, como las monedas devaluadas, deberían someterse a un salvador reajuste.

LAS OBRAS SELECCIONADAS

Treinta y dos fueron las obras seleccionadas. Nos extrañó que ya en la primera votación fueran despachadas novelas con firmas tan prestigiosas como la de María Beneyto. Con las máximas puntuaciones pasaron a las eliminatorias siguientes las obras de Francisco Baeza Linares, Ricardo Laus-talet, Francisco García Pavón—en la

papeleta de calificación sólo rezaba un seco «Francisco García», por lo que nos fue, al principio, difícil identificarlo—y Fernando Quiñones.

En la cuarta votación se «cayó» la novela de Domingo Manfredi Cano, *Padreando dolores*, obra de ambiente rural, según nos dijo un miembro del jurado, Rafael Vázquez-Zamora, paisano del hoy director de Radio Nacional en Sevilla. La quinta votación fue también aciaga para las letras del Sur, pues naufragó el magnífico escritor y poeta gaditano Fernando Quiñones, que navegaba bien en las anteriores votaciones con su *La información del lunes*. En la sexta quedaron enfrentadas dos novelas: *El reinado de Witiza*, de Francisco García Pavón, y *Requiem por todos nosotros*, de José María Sanjuán. Por 2-5 quedó proclamada «Nadal» 1967 esta última. La tensión de las votaciones había cedido.

CHARLANDO CON EL JURADO

Los veteranos informadores del «Nadal» no ignoran que a la sexta votación es fácil subir al segundo piso, donde se encuentran reunidos, en opíparo banquete—cuya minuta suele preparar varón de tan alta sabiduría gastronómica como Néstor Luján—, los miembros del jurado. Allí se puede obtener el número del teléfono de los ganadores y detalles sobre las obras y personalidad de los premiados.

No vamos a evocar la emocionada y emocionante figura de José María Sanjuán, por conocida por los lectores de

LA ESTAFETA LITERARIA y, en general, por todos los medios literarios españoles.

Tanto Vergés como Rafael Vázquez-Zamora, amablemente, nos dieron toda clase de detalles sobre el relato vencedor. El paisaje del mismo se localiza en Marbella, en la Costa del Sol. Se derrama en una doble vertiente: los personajes, de diversas condiciones, edades y niveles sociales, sufren un accidente de automóvil, y, hospitalizados, van muriendo uno a uno, excepto Mario, el protagonista, que oficia de narrador y evoca las vidas de sus compañeros.

Nos facilitan el teléfono de José María Sanjuán, distinguido escritor de la que pudiéramos llamar «generación del SEU». Aunque marcamos el 254 99 62 de Madrid, no obtenemos respuesta. Nos dicen más tarde que el escritor asistirá a su apoteosis en el ambiente hospitalario descrito en su novela, ya que convalece de una grave enfermedad adquirida durante el cumplimiento de unos trabajos periodísticos en el Congo.

ALGUNOS CHISMES SOBRE EL «NADAL»

No hay guiso literario sin la salsa de la chismografía. Este año se ha podido mojar pan abundante en su plato.

Primero hubo una confusión: al anunciarse que se subiría el «Nadal» a un millón de pesetas, se creyó que las bases modificadas regirían para este año, como el «Planeta». No era

así; se trataba, en principio, de conmemorar el XXV aniversario de la fundación del premio, que correspondía a la edición próxima. Este año su cuantía quedaba cifrada en 200.000 pesetas.

Ahora bien, atención a los futuros concursantes: el señor Vergés ha rectificado su primitiva idea. El «Nadal» próximo aparecerá convocado con sólo 500.000 pesetas. Las otras 500.000 pesetas del millón se destinarán a un premio, aún no esbozado, y que se anuncia, genéricamente, como en favor de la «narrativa» catalana. Este premio se llamará «Josep Pla». Es curioso recordar que don J. Manuel Lara, para el premio que tiene convocado de novela catalana, pensó en ese mismo nombre, y hasta hizo algunas gestiones que no dieron fruto. Por eso su premio se apellida «Ramón Llull».

CUATRO GRANDES PREMIOS PARA LA NOVELA CATALANA

Con el nuevo premio «Josep Pla» la novelística catalana gozará de cuatro grandes premios, a saber: «Sant Jordi», otorgado dentro de los galardones del día de «Santa Lluçia»; el del «Municipio de Girona», creado también este año; el «Prudenci Betrana», nacido, de idéntico modo, en la Ciudad de los Sitios y dotado por un grupo privado. A estos tres hay que añadirles el «Ramón Llull», aunque conviene que quede claro una cosa: el premio del «Planeta» no se editará en catalán; la novela será traducida al idio-

ma castellano, con el noble objeto de difundir la literatura vernácula en Hispanoamérica. Puede concederse, por tanto, a una novela editada y no inédita.

Y AHORA LOS «CIUDAD DE BARCELONA»

Ahora, y con motivo del próximo 26 de enero, entramos en el radio de acción de los premios «Ciudad de Barcelona».

Tan sólo se filtraron, hasta mis oídos de observador literario catalán, un grupo de nombres, posibles ganadores del premio de poesía castellana: García Nieto, Juan Emilio Aragonés, Alfonso de la Torre, Rafael Guillén, Julio Alfredo Egea...

A todos, buena suerte.

Y VOLVIENDO A LA NOCHE DEL «NADAL»

Y regresando a la noche del Día de Reyes, registremos que se fallaron los premios de reportajes «Manuel Brunet». El primer premio (10.000 pesetas) se concedió a Gabriela Schroeder Quijano, por un trabajo periodístico sobre *Las brujas de Llers*; el segundo premio fue para Dorothy Molloy, por su reportaje sobre *Canciones populares finlandesas*, y el tercero, para Carlos V. Bonet, por su narración sobre Groenlandia titulada *Los dientes del diablo todavía son blancos*.

ESTAFETA BREVE DE LAS PROVINCIAS

ALBACETE

PINTURA.—Nueve dibujos, siete óleos y treinta y dos bodegones ha expuesto últimamente José Antonio Lozano Guerrero en su sala «Estudio.»

Por la calidad de estos trabajos la exposición ha constituido un auténtico éxito, hasta el extremo de que ya, la noche de su inauguración, pudieron apreciarse en algunos marcos el codiciado «Vendido», con lo que se justifica así la calidad de este excelente pintor albacetense tan querido y apreciado en su buen hacer.

José Antonio Lozano tiene un estilo extraordinario, limpio, estético, sin complicación de ningún género. De José Antonio Lozano es fácil ver cualquier mural en nuestra provincia porque Albacete le quiere y le busca. Ha tratado de reflejar siempre, y lo consigue con bastante propiedad, la aridez de nuestra tierra, nuestro desnudismo, la desolación del campo manchego y hasta tal extremo se ha compenetrado el artista con esta desolación, con este desnudo nuestro, con esta pobreza de geografía, que la pintura de Lozano la refleja en muchísimas ocasiones.

Un paso más, dado con fir-

meza, de uno de los pintores albacetenses más apreciados.

MUSICA.—Siguiendo una simpática tradición, impuesta para regalo de los amantes a la buena música, los músicos albacetenses, en homenaje a su patrona, programaron un brillante, excelente, concierto, el primero de esta temporada de 1967-68.

El acontecimiento revistió caracteres de extraordinario, porque, junto a la actuación de la banda municipal, colaboró el grupo de ballet ilicitano que dirige Pilar Sánchez, quien ofrecería un auténtico espectáculo de gran calidad artística, de variado y selecto repertorio, con estilos y páginas de la música universal de todos los tiempos: «El lago de los cisnes», «Córdoba», «Triana», «La muerte del cisne», «Rapsodia en blúe», «La hoda de Luis Alonso» y «El amor brujo», entre otras, fueron las piezas que desfilaron, entre la aclamación general de los asistentes, por el marco escénico del coliseo que año tras año viene brindando a los albacetenses los conciertos que la banda municipal ofrece en local cerrado.

REVISTA.—El Servicio Español del Magisterio albacetense edita anualmente una revista en la que recoge su sentir e inquietud.

Este año, ante el segundo

centenario de la canonización de San José de Calasanz, maestro de maestros, el SEM albacetense se solidariza en la pluma de uno de sus directores con todos los actos conmemorativos y glosa de una forma brillante la entrega total de aquel español con entereza de titán que se dio al semejante; la revista, por tanto, en su pórtico, trae un excelente artículo en este sentido de don Severino Teruel Avila.

También publica dos de los trabajos premiados en el último concurso literario convocado con la festividad del maestro, «Vitelín», cuento futuro de tiempo-ficción como su autor, don Angel Ortiz, lo llama, y el bellissimo poema que una maestra de Málaga titula con «Oración para una maestra del siglo XX».

Poema rebosante de amor «Concédeme, Señor, la palabra precisa para templar la cuerda del corazón de un niño»; de inquietud: «El mundo está perdido, si se pierden los niños», o de súplica angustiosa: «Señor, hazme maestra, esto sólo te pido».

CANTORES.— Actuación fugaz en la Ciudad del famoso orfeón alicantino «Stella Maris».

Este juvenil conjunto, que llegaba aureolado de una justa y merecida fama, a

juzgar, desde luego, por el éxito obtenido en su intervención, dio un concierto en el teatro Circo con canciones del siglo XVI, de Mozart, Sorozábal, Leo Delibes, Rossini y del famosísimo cantante francés Charles Aznavour, el que ofrecerían con un donaire pocas veces igualado «Venecia sin ti».

HUMOR.—Pasa por el excelentísimo ayuntamiento, y en acto ofrecido por la Sociedad de Ampliación Cultural, un gran humorista que cosecha oleadas de simpatía, que hace el que su humor barra toda melancolía, Evaristo Acevedo.

La conferencia constituye un gran éxito y a su terminación el ilustre escritor sostiene con los presentes un interesante y festivo coloquio.

TEATRO.—También, y en homenaje a María Guerrero, con motivo del primer centenario de su nacimiento, el Grupo de Teatro Contemporáneo que dirige Rafael Cores, ofrece varias escenas culminantes de las principales obras estrenadas por tan eximia actriz que son interpretadas por otra, Tina Gasco, que en Albacete cuenta con muchísima simpatía.

El público que abarrotaba la sala premió la excelente labor de este conjunto en

gira por España y asimismo fue admirable la representación dada en La Roda y Hellín, de nuestra provincia.

MS

ALMERIA

CONFERENCIAS.—Varias Conferencias y charlas de divulgación cultural han tenido lugar en diferentes auditorios de esta capital.

Se inicia esta serie a cargo del catedrático don Luis de Sala Mavia, quien nos habla en el Salón de Conferencias de la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos sobre «La nueva orientación de estas enseñanzas». Creemos sinceramente que no sólo la exposición del tema, sino su contenido, fueron factores básicos del éxito de esta jornada de orientación, divulgación y promoción artística en una ciudad como Almería, donde el Arte, a través de la Historia, ha sido huésped permanente y goza de los máximos cuidados y mimos.

El insigne poeta francés Jean Rousset ocupó la cátedra de la misma sala de conferencias de la Casa de la Cultura «Francisco Villaspesa», en acto organizado en colaboración con la Alianza Francesa. El señor Rousset, que es presidente del Sindicato de Editores Fran-

ceses, desarrolló, en su idioma natal, el tema «Les grandes poètes que j'ai connus». Se ocupó de aquellos poetas franceses con los que ha convivido, esbozando críticas de los afamados Jocab, Superville, Eluard, Rever Cendrars, Tsars, Jean Cocteau y otros. Con gran amenidad completó su disertación al intercalar, en sus exposiciones, anécdotas llenas de gracia e ingenio vividas conjuntamente con los escritores citados. La brillante conferencia fue seguida con creciente interés, prodigándose los aplausos al final, justo premio a tan docto poeta.

Cerraron esta serie de conferencias las intervenciones en la Casa «Francisco Villaspesa», de la condesa de Valdene, más conocida por Lili Alvarez, magnífica escritora y periodista, y gloria que fue del tenis español.

No es ésta la primera vez que nos visita Lili Alvarez. En años anteriores también vino a participar en un ciclo de conferencias organizado, como en esta ocasión, por la Parroquia de San Pedro de Almería. Quizá, esta vez, había más interés por escucharla, debido a su reciente asistencia al Congreso Mundial del Apostolado Seglar de Roma, primero después del Concilio.

Este Congreso—nos dijo—ha representado la «toma de posesión», alborozada y multitudinaria, de algo no efectivamente concedido anteriormente. Según Lili Alvarez, fue ésa la verdadera significación del Congreso. En sus dos conferencias trató los temas: «El futuro del Catolicismo en una Sociedad del bienestar» y «Crisis del crecimiento en la Iglesia». De sus dos intervenciones nos llamó grandemente la atención los párrafos que dedicó al terrible mal que está causando el materialismo práctico («a veces hasta benedicto») y que hoy día todo lo infecciona. Ambas conferencias causaron impresión en el auditorio, que aplaudió con entusiasmo el valioso trabajo y exposición del mismo de esta popular mujer.

TEATRO.—En el Teatro Apolo de esta capital se representó la comedia en tres actos, original de Noel Coward y adaptada al castellano por la ágil pluma de Vicente Balart, «La encantadora familia Bliss».

Los ingleses, tan apegados a sus tradiciones y a su antigüedad tratan de una manera simpática un fin de semana en el campo con esta «encantadora familia». ¿Qué ha querido llevar a la realidad Coward, con esta comedia? Quizá ese mundo de actores y esa vida de ficción reflejada, en la obra que nos ocupa, por una madre, actriz en otros tiempos, que tiene que estar constantemente viviendo de ese «teatro» que no cesa de rodearla en su cotidiana vida.

El Cuadro Artístico de Educación y Descanso de Almería, integrado en esta ocasión por José de Tapia, Eduardo García-Malea, Loli Allés, Rafa López y Maribel Molina, pusieron todo su entusiasmo para el éxito escénico de esta comedia. Sin lugar a dudas, lo consiguieron.

CONCIERTOS.—En el mismo Teatro Apolo e igualmente organizado por la Obra Sindical de E. y D., en su grupo «Amigos de la Música», nos ofreció un recital de guitarra el afamado concertista Miguel Barberá, que con su

finura en la dicción, suavidad sonora y limpieza digital, deleitó al numerosísimo público que acudió a escucharle y que premió con prolongados aplausos su brillante intervención.—RMD.

CORDOBA

EL ATEISMO, PROBLEMA DE HOY.—Bajo este título se ha celebrado un interesante ciclo de conferencias, organizado por el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, dentro de las espléndidas inquietudes que viene derrochando la Obra Cultural de dicha entidad, por el buen tono intelectual de la ciudad a través de una ambiciosa programación de ciclos. Este, sobre el ateísmo, ha constituido un éxito francamente resonante, sin precedentes, ya que su magnífico salón de actos ha sido insuficiente en todo momento para albergar al público, atraído por el interés de los temas y el prestigio de los conferenciantes.

El doctor don Alfonso Candau Parias, catedrático de la Universidad de Valladolid, habló sobre «Origen y trayectoria del ateísmo contemporáneo». El doctor don Adolfo Muñoz Alonso, catedrático de la Universidad de Madrid, desarrolló el de «Los ateos y el ateísmo». El doctor don Antonio Millán Puelles, catedrático de la Universidad de Madrid, disertó sobre «Ateísmo y libertad». El doctor don Carlos Paris, catedrático de la Universidad de Valencia, habló sobre «Ateísmo científico». El doctor don Enrique Freijo, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca, lo hizo sobre «Humanismo y ateísmo». El doctor don Carlos Martín Manjarrés, desarrolló el tema «Ateísmo marxista». El reverendo don Saturnino Álvarez Turienzo, agustino y catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca, habló sobre «Ateísmo y pensamiento actual». Y por último, el reverendo don José Gómez Caffarena, catedrático de la Facultad de Filosofía de Alcalá de Henares, cerró el ciclo con «La superación del ateísmo».

HOMENAJE A INURRIA. También organizada por la Obra Cultural del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, y como complemento a su exaltación a Mateo Inurria en el año de su centenario, se ha celebrado una magna exposición de obras realizadas por la plana mayor de la escultura cordobesa actual, que ha querido sumarse así a la efemérides conmemorativa.

Esta exposición agrupó las obras de los artistas Luis Aguilera Bernier, Alfonso Ariza, Miguel Arjona Navarro, Manuel Cabello Pastor, Rafael Ortí Meléndez-Valdés, Juan Polo Velasco, Joaquín de la Rosa y Amadeo Ruiz Olmos, y ha sido, al mismo tiempo que un entrañable homenaje al que fue adelantado de la mejor escultura de nuestro siglo, un certero exponente que ha dado medida del estupendo momento estético de esos ocho artistas que componen lo más granado de la estatuaría cordobesa de hoy.

Una exposición altamente conmemorativa también, ya que agrupó una serie de tendencias que fueron desde la escultura inspirada en la forma natural del ser humano con regusto tradicional, hasta

la más atrevida experimentación de juegos de espacios y volúmenes, pasando por sugestivas estilizaciones, bien de sello expresionista o bien de sentido geometrizable. Mateo Inurria, renovador por excelencia, habrá acogido de buen grado desde su más allá este honrado homenaje que le han dedicado los artistas paisanos, tanto creyentes en la novedad de las artes como los que, bebiendo en las fuentes de lo mejor anterior, ponen su personalidad revitalizadora sin perderle el respeto a los valores formales eternos.

SEMANA DE ESTUDIOS SOBRE COLONIZACION.—Organizada por la Real Academia cordobesa, con motivo del II Centenario de la Promulgación del Fuero de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía, por el rey Carlos III, se ha celebrado una semana de estudios altamente importante.

Han intervenido en ella como conferenciantes el doctor don Vicente Palacio Atard, catedrático de la Universidad de Madrid, que desarrolló el tema «Las nuevas poblaciones en el cuadro general de las reformas de Carlos III». El académico sevillano don José Acedo Castilla disertó sobre «Repercusiones de la colonización carolina en el reino de Sevilla». El académico de la Real de Córdoba, reverendo don Manuel Nieto Cumplido, glosó el tema «La Iglesia en las nuevas poblaciones de Andalucía». El catedrático e investigador don Antonio Domínguez Ortiz se ocupó de «Política agraria y social en el siglo XVIII».

Además de estas conferencias se han desarrollado numerosas comunicaciones sobre temas geográficos, históricos, económicos y artísticos por los señores académicos y catedráticos Gómez Crespo, Cabanas, Alcántara, Bojollo, Molina Tenor, Escribano, Muñoz Vázquez, Crecolés, Cape, Mapelli, Navas, Navarro Latorre, Arauz, De la Fuente, etc. Se giraron visitas a las localidades de la colonización, y se dio lectura a la obra teatral de Buero Vallejo «Un soñador para un pueblo», por los alumnos de la Escuela de Arte Dramático.

INGRESO ACADEMICO.—Siguiendo con la reseña de las actividades de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, cabe destacar el discurso de ingreso como miembro de la misma, de don Francisco Zuera Torrens, profesor de la Universidad Laboral, artista y crítico de arte.

La solemne sesión tuvo lugar en el salón de actos de la Diputación Provincial, lleno de selecto público representativo de las artes y las letras cordobesas. El tema de dicho discurso de ingreso fue el de «El arte moderno, tránsito de lo eterno a lo efímero». El nuevo académico fue presentado por el director de la docta corporación, don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

EXPOSICIONES DE PINTURA.—Del gran tráfago de exposiciones, merecen destacarse unas cuantas. Sobre todas ellas, la del pintor madrileño Carlos Calzadas, francamente importante, que ha exhibido en la Galería Liceo del Círculo de la Amistad un ambicioso conjunto de obras, todas ellas de técnica muy valiente y personal y dotadas de profunda sensibilidad.

En la Galería Céspedes de la misma entidad, expuso con notable éxito también el joven pintor cordobés Fernando Polo de Alfaro, y en la Sala Municipal de Arte, el pintor sevillano Nestor, fiel a su figuración tradicional de oficio y sentido poético.

FZ

HUESCA

«LA CASA DE LAS TRES MUCHACHAS», POR EL ORFEON OSCENSE.—En el teatro Olimpia, el laureado Orfeón Oscense, que dirige el maestro don José María Lacasa Coarasa, puso en escena la zarzuela adaptada por Sorozábal con música de Schubert: «La casa de las tres muchachas», obra que fue muy bien acogida por el público asistente, que premió la actuación con prolongados aplausos.

Fue interpretada por: Teresa Queler, Pilarín Pamplona; Anita Queler, María Dolores Abad; Isabel Queler, Alicia Rubio; Adeline Gissi, María Teresa Paniagua; Andrea Brinder, Antonia Sanagustín; Ramona Queler, María Pilar Martín; Cristina Brinder, Esperanza Elpuente; Sofía Queler, Pilar Sanvicente; Luisa Queler, María José Coarasa; bailarinas de la Opera de Viena, María Asunción Sanvicente y María Carmen Vidal; Franz Schubert, Pedro Gavín; barón Franz Schöber, Ignacio Moreno; Andrés, Valentín López; Juan Volg, Carlos Villacampa; Cristian Queler, José Luis Callén; Fernando, Antonio Ayerbe; conde Sharutorff, Daniel Casanovas; camareros, Félix Abad y José María Navascués. Estudiantes, muchachas, militares, etc. La acción en Viena, en 1820.

Director de escena, Enrique de Caso; regidor de escena, Angel Aznar; apuntador, Enrique Albás; vestuario, Casa Cornejo, de Madrid; peluquería y maquillaje, Herminio Paradela, de Madrid; luminotecnia, Rodríguez Pérez, de Madrid; escenografía, Ruiz Lasala, del Teatro Argensola, de Zaragoza. Coros. Gran orquesta, integrada por profesores de Huesca y Zaragoza. Director, José María Lacasa.

En los comienzos de este magnífico Orfeón—ha cumplido ya sus bodas de oro—, fue estrenada esta zarzuela y últimamente, dentro de los Festivales de España, fue presentada al público de Huesca en los Jardines de Verano del Parque Municipal por esta agrupación coral, cuya actuación quedó deslucida por inclemencias del tiempo y hoy, los amantes de la zarzuela y admiradores del Orfeón, han podido recrearse en este gran éxito que viene a confirmar el prestigio alcanzado por el Orfeón de Huesca en su largo historial artístico.

NUEVO CINE-CLUB.—El nuevo Cine-Club formado en Huesca ha celebrado su segunda sesión con la presentación de «Plácido», obra de Berlanga. Abrió sus puertas con un film francés: «La guerra de los botones». Ahora abraza las esperanzas de estrenar «La Caza», obra del ilustre hijo de Huesca, Carlos Saura Atarés.

Este es el tercer Cine-Club que se inaugura en la capital del Alto Aragón, y esperamos que tenga más años de vida que los anteriores. Lo curioso de la noticia es

que ha sido formado por varias Peñas Recreativas de mozos. Con ello quieren demostrar que anida algo cultural en ellas, y que el vino, los toros y las danzas, quedan sólo para festejar el patrón de la ciudad.

Las dos películas han sido exhibidas en la sala cinematográfica del Colegio de San Viator. Aplaudimos, como es natural, la idea y deseamos a este nuevo Cine-Club largos años de vida.—FFG.

PAMPLONA

En la villa de Aoiz—menos de 2.000 habitantes—se ha organizado un curso de promoción cultural cuya primera conferencia corrió a cargo del poeta santanderino José Hierro.

Con el conferenciante subió al escenario un maestro del pueblo que hizo una introducción al curso y a la lección inaugural. Luego dejó la palabra a Hierro, que trató el tema «La poesía española actual».

Ofreció unas aclaraciones elementales sobre el quehacer poético y sobre la figura social del poeta, y tras precisar las circunstancias y características generales de la poesía española anterior y posterior a la guerra, emprendió el recorrido de unos cuantos nombres que considera claves de la segunda etapa: García Nieto, Rafael Morales, Celaya, Blas de Otero, José Luis Hidalgo, Claudio Rodríguez, etc. El conferenciante leyó varios poemas e hizo escuchar otros en la propia voz de sus autores, grabada en cinta magnetofónica.

Terminada la disertación se requirió a Hierro para que leyese algunos poemas suyos y así lo hizo ante el atento público.

JM

TOLEDO

CONFERENCIAS.—En la apertura de curso de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, el secretario perpetuo, don Clemente Palencia, habló sobre «Toledo en la década 1577-1587». Se refirió a la llegada de El Greco a esta ciudad y a la estancia de Felipe II. El señor Palencia, archivero del Ayuntamiento y erudito profesor, dijo que posiblemente el disgusto de Isabel de Valois al sentirse dentro de los muros del palacio real (el famoso Alcázar construido en la época de Carlos I y de su hijo Felipe) obligó a su esposo a trasladar la corte a Madrid, tal vez por complacerla.

Clemente Palencia, poeta destacado, trató el tema con expresión emocionada. Comentó la situación de San Juan de la Cruz en la prisión del convento del Carmen y la visita de Santa Teresa. Citó al artífice Juanelo Turriano y a fray Hortensio de Paravicino, personalidades del siglo XVI que vivieron en Toledo temporalmente.

RECITALES.—En la Sala de Actos de la Organización Juvenil, presididos y dirigidos por Luis Ponce de León, director de nuestra ESTAFETA, leyeron poemas originales Juan Emilio Aragonés, Manuel Ríos Ruiz, Antonio Hernández, Hilario Barrero, Marcelo Díaz García, Gonzalo Payo y Juan Antonio Villacañas. Juan Barberán,

confeccionador de la revista, dio lectura a un poema justificando la ausencia de Luis Jiménez Martos. El acto —del que la «Crónica social» del número anterior daba noticia escueta, finalizó con un coloquio, hábilmente organizado por el director de LA ESTAFETA LITERARIA, entre nosotros y un público joven con ansias de saber hasta qué punto la Poesía construye o destruye, es útil o inútil en la vida social de un país. Con punto final —y de vista— de Ponce de León, se dio por terminada esta sesión, digamos académica.

EN EL TEATRO MUNICIPAL DE ROJAS, a pocos días del anterior, se leyeron versos también originales de poetas «alforjeros». Conrado Blanco, que intervino como un poeta más, nos trajo a Federico Muelas, Ginés de Albareda, Juan Pérez Creus, Eduardo Carranza, Carlos Murciano, José Antonio Medrano, Clemente Palencia y Juan Antonio Villacañas. El acto, de sabor navideño, fue orientado por Federico Muelas, quien presentaba al mismo tiempo a los poetas participantes cuyos nombres, escritos en sus papeletas, iba sacando de las clásicas alforjas ya popularizadas por Conrado Blanco. El prólogo estuvo a cargo del gobernador civil.

LIBROS.—Un gran volumen de fotografías, titulado «Toledo», ha aparecido en las librerías españolas. Los autores son el matrimonio francés Alice y Marc Flament. Hemos de consignar que se trata de un libro hermoso en técnica fotográfica con alarde de colorido, en que destacamos los paisajes a todo color. Los textos, traducidos a varios idiomas, fueron delicada y exquisitamente escogidos y seleccionados por Francisco Zarco y Fernando Espejo, y se refieren a obras de autores clásicos y actuales que a través de los tiempos trataron el tema toledano.

REVISTAS.—«Anales Toledanos», del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, ha visto la luz en su primer número. Se insertan monografías de Juan Francisco Rivera, de Ramón González, de Julio Porres y de Félix Benítez de Lugo y Guillén.

TEATRO.—En el Hogar Juvenil, y bajo la dirección de Justo González Salas, se puso en escena la obra de José Antonio Giménez-Arnáiz «La cárcel sin puertas». Fueron sus intérpretes: Milagros Izquierdo, Eusebio Peces, Manuel D. Leria, Eugenio G. Alvarez, Luis Morilla, Marisa García, Carlos Bueno y Francisco Serrano. Lo estimamos como un considerable éxito de este buen director que es González Salas, galardonado ya en diferentes certámenes nacionales de Teatro para aficionados.—JAV.

VALLADOLID

Durante los meses de octubre, noviembre y diciembre se ha desarrollado en Valladolid y su provincia la Operación Cultural «Otoño 1967», que ha llevado a los hombres de la capital y de veintisiete pueblos vallisoletanos un emotivo mensaje espiritual y artístico. Esta operación cultural ha estado organizada por la Comisión Provincial de Información, Turismo y

Educación Popular, con la colaboración de la Universidad, Diputación Provincial, Ayuntamiento, Ateneo y Caja de Ahorros Provincial y patrocinada por Cultura Popular de la Dirección General de Información. El contenido de la Campaña no ha podido ser más amplio y variado: coloquios, conciertos, conferencias sobre arte y literatura, charlas con ilustraciones musicales, exposiciones de fotografías y de pintura, proyecciones cinematográficas y de diapositivas, recitales poéticos, representaciones teatrales, etc. Al feliz logro de esta operación han prestado su más decidida colaboración Félix Antonio González, Juan Pascual, José Delfin del Val, Francisco Fadón, Agustín Díez Hierro, Máximo Regidor, Angel Luis Guillén, Carmelo

Romero, Félix González Ferrández, Teatro de Cámara Corral de Comedias, pinturas de Santiago Montes y las exposiciones del I Salón de Fotografía de Vanguardia, de los señores Beltrán y Malet.

La Operación Cultural «Otoño 1967», dio comienzo en octubre, en Olmedo, donde tuvo una destacada participación el gran concertista de guitarra Manuel Carrión, y fue solemnemente clausurada en Nava del Rey, el día 18 de diciembre, siendo principal protagonista el presidente del Ateneo, don Alfonso Candáu, quien con palabra fácil y a la vez profunda, pronunció la última lección de la Campaña. Los actos inaugural y de clausura tuvieron por escenario los respectivos teatros de Olmedo y Nava del Rey. Entre uno y

otro veinticinco Teatros visitaron sus mejores galas para recibir a la embajada cultural y artística que les llegaba, que necesitaban y que supieron acoger con el mejor de los entusiasmos y con los mayores desvelos. Los Teatros visitados en esta Operación fueron los de Amusquillo, Casasola de Arión, Villagómez, Villalán, Valoria la Buena, Mota del Marqués, Carpio, Almenara, Pedrajas de San Esteban, Melgar de Abajo, Melgar de Arriba, La Unión de Campos, Roales, Villalba de la Loma, Castroponce, Villaviciosa, Villacié, Roturas, Traspinedo, Villán de Tordesillas, Gatón de Campos, Villalbarba, Tiedra, Pobladora de Sotiedra y Hornillos.

También queremos destacar en estas líneas el gran

éxito alcanzado por el ciclo de conferencias que, bajo el lema «Fe y sociedad actual», ha organizado el Ateneo en colaboración con la Universidad y Radio Popular de Valladolid, con motivo del Año de la Fe. Este ciclo se ha desarrollado en el Aula Magna y fue solemnemente inaugurado por el subsecretario del Ministerio de Justicia que disertó sobre tema tan candente y de actualidad como el de «Libertad religiosa hoy y en España». Tras él han desfilado don José Luis Martín Descalzo, el P. Manuel Ubeda Purkiss, O. P., y el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de Salamanca, don Mauro Rubio Repullés. El ciclo ha sido interrumpido por las fiestas navideñas y será reanudado en el próximo mes de enero.

Valencia

MARTINEZ FERRANDO, HISTORIADOR Y NOVELISTA

LUIS BALLESTER SEGURA

Recientemente, la calle que se llamaba Mercado de Colón, debido a su emplazamiento, ha recibido el nombre de un ilustre valenciano: el historiador Martínez Ferrando. La apertura de la lápida rotularia en artístico azulejo tuvo lugar el sábado 7 de octubre pasado, como uno de los actos de clausura del VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, que se celebró en nuestra ciudad durante la primera semana de dicho mes.

Es oportuno, por tanto, evocar la figura de don Jesús Ernesto Martínez Ferrando, nacido en Valencia el 17 de enero de 1891, hijo de un conocido hombre de leyes valenciano, que fue secretario de nuestra Universidad. En ella cursó el joven Ernesto la licenciatura de Filosofía y Letras, Sección de Historia (que era la única que había entonces) graduándose con sobresaliente y premio extraordinario. Ingresó muy joven, a los veinticuatro años, en el Cuerpo de Archiveros, siendo destinado a la Biblioteca de la Universidad de Barcelona, y posteriormente al Archivo y Biblioteca de Gerona. En 1920 fue nombrado director del Archivo de la Corona de Aragón, quedando ya con ello definitivamente vinculado a la vida cultural barcelonesa, pero sin olvidar a su ciudad natal, donde tenía familiares, amigos y admiradores, y adonde venía con frecuencia, o colaboraba en la prensa valenciana.

Al ser jubilado, Martínez Ferrando vino a vivir a Valencia, instalándose en La Cañada, donde murió el día 24 de septiembre de 1965. Martínez Ferrando fue un escritor fecundo y bilingüe en los dos idiomas: el catalán-valenciano y el castellano. Historiador, archivero, erudito, académico, traductor, y también novelista, en una faceta menos conocida de sus actividades literarias... Fue un trabajador infatigable en el atractivo mundo de la cultura, y dentro de él en la investigación histórica, especialmente de la Historia de Cataluña y de Valencia. Así, por ejemplo, una de sus primeras obras es sobre «Castellón de la Plana en la Baja Edad Media»; más adelante, otra sobre «El nostre San Vicent Ferrer», y cuando hizo su ingreso como director de número del Centro de Cultura Valenciana, su discurso versó sobre tema tan interesante para los valencianos, como es el de «Valencia medieval y renacentista», que fue publicado en separata de los Anales del Centro.

Hacer aquí una relación completa de su bibliografía haría este artículo interminable, porque son cerca de cien títulos... Pero sí que quiero hacer mención de su obra de creación literaria menos conocida, quizá eclipsada por su ingente obra de historiador. Me refiero a algunos cuentos y narraciones, como «Les llunyanies suggestives i altres proses», «El Farsant i l'Enamorada, Conte idil·lic» y, sobre todo, la novela «Una dona s'atura en el camí», que mereció en 1935 el Premio «Creixell» de Literatura. Una curiosa obra de Martínez Ferrando se titula «Vida d'infant —Estats ànims d'un nen contemplatiu»...

Por esta producción narrativa se le llegó a considerar como maestro en el género del cuento, con fama internacional, pues fue traducido en Noruega, Francia, Italia y Portugal. Los críticos destacaron su sensibilidad poética y su agudeza en la observación de caracteres, que le llevaba a recrearse en el análisis de la psicología de sus personajes...

Martínez Ferrando publicó también en la Colección Labor dos volúmenes muy interesantes sobre «La Escultura Moderna y Contemporánea», y otros sobre «El Teatro desde la Antigüedad hasta el presente», demostrativos de que su hondo saber y cultura no se limitaban a la Historia de la Corona de Aragón, o a hechos y figuras catalanas y valencianas... Toda esta ingente obra y sus méritos ya le fueron reconocidos en vida, siendo nom-

brado correspondiente de la Real Academia Española, académico de la de Buenas Letras de Barcelona, miembro del Centro de Cultura Valenciana y de la Academia Pontaniana de Nápoles, vocal-consejero del Patronato «Menéndez Pelayo», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; miembro de la Sociedad de Geografía y de la Academia Portuguesa de Historia, las dos de Lisboa; miembro correspondiente de la Institución «Alfonso el Magnánimo», de Valencia, así como también de la «Hispanic Society of America», de Nueva York, y de otras instituciones nacionales o extranjeras.

Los Congresos de Historia de la Corona de Aragón tienen mucho que agradecer a Martínez Ferrando, pues en varios de ellos colaboró activamente, desde que fue nombrado director del Archivo de Aragón, formando parte de la Comisión Permanente de los Congresos... Quiero evocar aquí el VII de ellos, celebrado en Barcelona del 2 al 7 de octubre de 1962, en el que tuve el honor de participar, como en el VIII celebrado recientemente en Valencia. El día de la clausura de este Congreso se celebró en el Salón del Consulado de la Lonja un homenaje póstumo a este ilustre valenciano, con la colaboración de don Federico Udina, actual director del Archivo, y a continuación tuvo lugar la ya aludida apertura de una lápida con el nombre de Martínez Ferrando. En el VII Congreso también se le hizo un homenaje, al imponerle la medalla que le había sido concedida por la Universidad italiana de Cagliari, y recibirla de manos del cónsul general de Italia en Barcelona, conde Fabricotti.

Pero el homenaje más entrañable que se le hizo aquel mismo día en Barcelona —el 5 de octubre de 1962— fue el que organizamos los congresistas valencianos, reuniéndonos a comer con nuestro ilustre paisano en un restaurante de la Rambla barcelonesa... Evoco ahora la entrañable figura de Martínez Ferrando, simpático y sencillo, cordial y modesto, pleno de «bonhomia», que es la palabra con la que creo se puede sintetizar su personalidad como amigo y como valenciano amante de su tierra. Y al evocarle, recuerdo a los participantes valencianos en aquel VII Congreso, que nos reunimos con él para agasajarle, cordial y sencillamente, sin protocolos, al margen del homenaje oficial que acababa de recibir, en el que, además de la citada medalla de oro, se le hizo entrega de una Miscelánea de Trabajos dedicados a él, por profesores españoles y sardos.

Mi objeto con este artículo ha sido la evocación, más que nada afectiva, de otro valenciano ilustre, de los que han dejado huella, como el recientemente fallecido Almela y Vives. Y evocarle, sobre todo, en el ambiente del citado Congreso, que culminó con la visita al Monasterio de Poblet y acto de clausura en Tarragona. Recientemente, el VIII de estos Congresos ha notado la ausencia de estos ilustres escritores y eruditos, y se ha honrado celebrando en su último día una sesión de homenaje a don Jesús Ernesto Martínez Ferrando, que un día nos dio a conocer, como fruto de una de sus muchas investigaciones históricas, «Una curiosa receta medieval para vivir muchos años»... ¡Qué lástima que esta receta no sea eficaz, y que él mismo se la hubiera aplicado, para que este año aún hubiera convivido entre nosotros, en lugar de recibir homenajes póstumos!

Otra gloria para la historia de la Valencia contemporánea que ha ido a unirse a los que ya nos han abandonado para siempre, pero que nos han dejado el legado imperecedero de sus obras, «para ofrendar nuevas glorias a España», como dice expresivamente nuestro Himno Regional.



DEBEN (DE) HABER COBRADO:

(Viene de la pág. 2.)

- 50.000 ptas. Don Vicente Marrero, premio de artículos políticos Fuerza Nueva por su trabajo *La España de 1936 y la de hoy*.
- 50.000 ptas. Doña Carmen Santonja, tercer premio de pintura Repesa.
- 35.000 ptas. Don Raoul Monmarsen, segundo premio para periodistas extranjeros en el concurso Año Internacional del Turismo por su artículo publicado en el diario *L'Oeuvre*, de Francia.
- 30.000 ptas. Don Jesús Vasallo, segundo premio para periodistas españoles en el mismo concurso por su artículo *Cartas a un esceptico sobre los valores humanos del turismo*, publicado en varios periódicos.
- 25.000 ptas. Don Manuel Calvo Hernando, primer premio del XII Concurso Internacional del Frio.
- 25.000 ptas. Don Rafael Díaz Moliner, accésit (el premio ha sido declarado desierto) en el concurso 24 de Abril sobre trabajos de investigaciones socio-jurídicas.
- 25.000 ptas. Doña María Dolores Serrano, primer premio periodístico sobre el vino, de Barcelona.
- 20.000 ptas. Don Obdulio Gómez, primer premio del concurso periodístico de las I Jornadas Iberoamericanas de Contabilidad y Administración.
- 20.000 ptas. Don Nivio López Pellón, segundo premio en el mismo concurso.
- 15.000 ptas. Don J. A. Alonso Ibarrola, segundo premio del XII Concurso Internacional del Frio.
- 15.000 ptas. Don Félix Ros, segundo premio periodístico sobre el vino.
- 15.000 ptas. Reverendo padre don Gabriel Campo Villegas, primer premio Ciudad de Badalona por su cuento *La última voluntad*.
- 10.000 ptas. Don Alfonso Fernández Alonso, segundo premio en el mismo concurso.
- 10.000 ptas. Don José Luis Fernández Rúa, tercer premio del XII Concurso Internacional del Frio.

- 10.000 ptas. Don José María Pemán, premio especial en el concurso periodístico sobre el vino.
- 5.000 ptas. Don Alfredo Amestoy, premio especial en el concurso periodístico sobre el vino.
- 5.000 ptas. Don Carlos Murciano, tercer premio en el concurso de cuentos Ciudad de Badalona.
- 2.000 ptas. Don Carlos Murciano, premio Teodoro Cuesta de poesía navideña.
- 1.000 ptas. Don Luis Aurelio, segundo premio en el mismo concurso.
- 1.000 ptas. Don Blas F. Gállego, premio de narraciones en el mismo concurso.

14.432.000 ptas. Suma total de los premios otorgados en 1967 y recogidos por LA ESTAFETA LITERARIA.

PUEDEN JUGAR

TEATRO

Premio: 15.000 ptas.
NACIONAL
UNIVERSITARIO

El tema será libre y la extensión de las obras normal, debiendo ser inéditas y no re-

presentadas, escritas en lengua castellana.

Se concederá un único premio, consistente en 15.000 pesetas en metálico y el estreno de la obra en el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo por una agrupación teatral designada por el autor, de acuerdo con la Comisaría para el SEU. El premio podrá ser declarado desierto.

De las obras, mecanografiadas a doble espacio, por una sola cara, en hojas tamaño folio, se entregarán tres copias en la delegación-comisaría para el SEU de Sevilla —pabellón del Uruguay, avenida de Chile—, haciendo constar el remitente nombre, dirección y estudios en la primera página.

El plazo de admisión finalizará el día 28 de febrero de 1968.

Oportunamente será publicada la composición del jurado que emitirá el fallo, el cual se dará a conocer con motivo del VII Día Mundial del Teatro.

POESIA

Total en premios:
40.000 ptas.
MINERVALES

Las Fiestas Minervales 1968, Certamen Nacional Universitario de Poesía, comprenden

las siguientes modalidades y premios:

- a) Poesía castellana. Premio, 10.000 pesetas.
- b) Poesía catalana. Premio, 10.000 pesetas.
- c) Poesía gallega. Premio, 10.000 pesetas.
- d) Poesía vascuence. Premio, 10.000 pesetas.

Cada concursante presentará un mínimo de tres poemas originales e inéditos, de tema, forma y estilo libres, sin limitación en extensión, debiendo remitirse seis copias mecanografiadas a doble espacio por una sola cara, de cada poema o grupo de poemas.

Los trabajos se recibirán en la delegación-comisaría para el SEU de Santiago de Compostela, plaza de los Literarios, Casa de la Parra, hasta el día 31 de enero de 1968, bajo lema en sobre cerrado, indicando «Fiestas Minervales 1968»; bajo el mismo lema, en plica adjunta, deberá contenerse el nombre, domicilio y estudios del autor. El lema debe figurar obligatoriamente en la parte derecha superior de la primera página de cada poema.

Oportunamente se hará pública la composición del jurado, dividido en cuatro grupos, correspondiente cada uno de ellos a las modalidades de este certamen, que podrá declarar desierto cualquiera de los premios.

La entrega de los premios, dotados por las Diputaciones Provinciales de Barcelona, La Coruña, Lérida, Lugo, Orense, Pontevedra y Tarragona, y por la Diputación Foral de Alava, se efectuará en el transcurso de las tradicionales «Fiestas Minervales» de Santiago de Compostela, en cuyo acto los poetas galardonados leerán sus composiciones. La asistencia al acto será obligatoria para los galardonados en cualquiera de sus modalidades.

CUENTOS

Premio: 10.000 ptas.
RAMON LLULL

El tema será libre, las obras inéditas, y su extensión no superior a

veinte folios mecanografiados a doble espacio y por una sola cara. La expresión podrá ser en cualquiera de las lenguas habladas en España.

Las obras, por triplicado, deberán remitirse a la delegación-comisaría para el SEU de Palma de Mallorca —San Jaime, 33—, haciendo constar nombre, domicilio y estudios del autor en la última página.

El plazo de admisión finalizará el día 30 de abril de 1968.

El jurado, cuya composición se dará a conocer oportunamente, concederá un único premio de 10.000 pesetas, dotado por el excelentísimo Ayuntamiento de Palma de Mallorca y la Escuela de Turismo de Baleares del Estudio General Luliano. A juicio del mismo, el premio podrá ser declarado desierto.

El fallo del jurado se dará a conocer en un acto que se celebrará en el mes de junio de 1968, con motivo de la clausura de curso del Estudio General Luliano.



LAS DUDAS DE JULIO CORTAZAR

AMIGA MARTA PORTAL: Como habrás visto, en este mismo número nos ocupamos por extenso de un episodio parecido al que suscitó tu decepción. La sorpresa de Cortázar al ver que el «Che» ha sido designado «popular del año» por Pueblo, no ha de ser inferior a la experimentada por Carlos Fuentes cuando haya advertido cómo la revista mexicana Siempre! declinaba el honor de reproducir algunos párrafos de su debatida novela. Gracias.

Sr. director de LA ESTAFETA LITERARIA Madrid

Querido Luis:

Me ha molestado que un escritor tan admirado por mí como es Cortázar, del que he procurado conocer bastante bien su obra, desconozca cómo nos movemos aquí en España. He escrito esta carta abierta.

Admirado Cortázar:

Aquí, como en lo de Funes, también tenemos tigre.

Se pasea, astuto y sanguinario, por toda la geografía española. Pero no tiene importancia ni mayor riesgo; cuidamos bien ese aspecto. Cualquiera puede circular por nuestros lares sin temor. Sólo hay que preguntar, averiguar dónde está y, en el peor de los casos, no arrimarse a donde esté él.

Además tenemos el capataz y los peones que nos informan varias veces al día (por cierto,

casi se equivocan, pero no, no han errado nunca). Claro que debemos confiar también unos en otros y avisarnos. La confianza mutua es muy importante en estos casos y ayuda muchísimo para conocer y prevenir los movimientos del tigre.

Lo malo es que, de pronto, los candorosos crueles, como Isabelita, o los traidores cándidos, como el campesino boliviano, tergiversan el aviso y zás: ¡el tigre!

Querido Cortázar, a su hermano Ernesto «Che» Guevara le echaron el tigre en Higueras, cerca de Vallegrande. Usted ha escrito unos versos dolientes y sentidos a la muerte del hermano amado y desconocido—no importaba—, del agonista de día, del estrellero en la noche... Usted ha escrito ese poemita, lo ha enviado a España y se ha preguntado: ¿Podrá publicarse? ¿Habrá tigre...?

Amigo y compañero Cortázar, ¡claro que hay tigre! ¿Y dónde no? Pero el tigre saciado no es peligroso; el tigre sin la acucia del hambre es inofensivo; hasta sus garras, retraídas las uñas, pueden cumplir la caricia.

El guerrillero Ernesto «Che» Guevara figura en la lista de populares del año elegidos, recientemente, por el diario madrileño Pueblo.

Señor Cortázar, he querido decirlo porque supongo que le alegrará saberlo: el tigre de España ha tenido para la despedida del guerrillero «Che» Guevara adioses de terciopelo.

Afectuosamente,

MARTA PORTAL



CRONICA SOCIAL

D I C I E M B R E - 1 9 6 7

26

Las obras de mayor venta en el mes de noviembre, según la estadística del Instituto Nacional del Libro, son las siguientes: 1. *Doctor Zhivago*, de BORIS L. PASTERNAK; 2. *El vértigo*, de EUGENIA SEMIONOVNA GINZBUR; 3. *Los años vitales*, de LUIS BOLIN; 4. *Tres días de julio*, de LUIS ROMERO; 5. *Rusia, mi padre y yo*, de SVETLANA STALIN; 6. *La zancada*, de VICENTE SOTO; 7. *¿Cuándo amanecerá, Tovarich?*, de JEAN POUL OLLIVIER; 8. *Topaz*, de LEON URIS; 9. *La muerte de un presidente*, de WILLIAM MANCHESTER. Seis extranjeros contra tres españoles.—PEDRO G. ARIAS, poeta asturiano, sale para Puerto Rico. Ha sido invitado para dar un ciclo de conferencias sobre figuras puertorriqueñas y asturianas.—VICTOR CHAMORRO escribe una novela cuyo argumento tiene como paisaje Las Hurdes.—ESTEBAN CALLE ITURRINO ha sido elegido por aclamación académico correspondiente de la Real de la Lengua, en representación de Vizcaya. Esteban Calle Iturrino es actualmente secretario de la Junta de Cultura de Vizcaya.—MANUEL ALCANTARA, que ya se ejerce con gran tino como crítico de boxeo en el diario *Marca*, presenta el libro *La poesía del heroísmo y la esperanza*, de EDUARDO CARRANZA. Es un acto de Los Martes de la Editora Nacional. Alcántara dijo: «Abriéndose paso por el aire de los Andes, Eduardo Carranza ha vuelto para decirnos que todavía corre por las venas de España el eros helénico y la caritas cristiana, el logos griego y la norma, la voluntad romana. Desde Colombia ha vuelto para publicar su fervor, un donativo de su entusiasmo. Para cantar veredas, que aún recuerdan su pisada, y para esclarecer abuelos solemnes.»

27

Fallece en Madrid NICOLAS GONZALEZ RUIZ, a los setenta años de edad. Premio Luca de Tena en 1948, periodista de honor en 1956, medalla al Mérito en el Trabajo en junio de 1967 y el primer director de la Escuela de Periodismo de la Iglesia. Traductor de Dante y adaptador de Séneca, Shakespeare, Schiller, Lope y Calderón. Cuarenta años de plena dedicación al periodismo y cincuenta y dos volúmenes de obra literaria. Siete hijos. Veintidós nietos. Había nacido en noviembre de 1897, en Mataró. Estudia el bachillerato en el Instituto de Tarragona y en 1917 obtiene la licenciatura en Historia. Entra a formar parte de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos. Explica lengua y literatura españolas en la Universidad de Liverpool. A los veinticuatro años es nombrado jefe de información de *El Debate*. En 1935 es designado redactor jefe y, finalizada la guerra, se incorpora a la redacción de *Ya*. En la actualidad había alcanzado notoriedad con su crítica teatral y con sus comentarios «leves». En el mes de junio fue homenajeado con motivo de habersele concedido la medalla al Mérito en el Trabajo. Así se veía él mismo: «No me atreveré a decir que conozco a Nicolás González Ruiz; pero sé de él algunas cosas que nadie sabe. Al enterarme de que le habían concedido la medalla del Trabajo no me pareció mal, aunque me consta que lo que a él le gusta no es trabajar, sino leer en la cama. Desde pequeño mostró una

viva afición a leer novelas, de las cuales devora unas doscientas al año. A esto solamente debemos atribuir los síntomas de confusión mental que observamos en él.» «Se hizo escritor, ya que no hay otra manera de llamarlo, aunque bien se le puede llamar también periodista, pues empezó a escribir para los periódicos y todavía no lo ha dejado.»

A su viuda e hijos y demás familiares, nuestro sincero pésame.

28

XCV aniversario del nacimiento de PIO BAROJA y concesión del premio «Alfaguara» de novela, en su tercera convocatoria. *Las corrupciones*, de JESUS TORBADO, y *Pascua y naranjas*, de MANUEL VICENT, lo obtuvieron en años precedentes.

Aun cuando desde las nueve y media de la noche—hora señalada como comienzo del acto en las invitaciones de Ediciones Alfaguara—circula de correo en correo y de boca en oído el nombre de HECTOR VAZQUEZ AZPIRI como presunto vencedor sobre los 24 finalistas restantes, hasta las doce menos cuarto no se anuncia el resultado de la última votación, según el cual la novela *Fauna*, de Vázquez Azpiri, ha sido, en efecto, la que se lleva el gato al agua de las 200.000 pesetas. El finalista es JOSE ANTONIO G. BLAZQUEZ—de quien en este mismo número publicamos el cuento *La rata*—, cuya novela *No encontré rosas para mi madre* se queda con un voto, frente a los tres otorgados a *Fauna*. En esta definitiva votación, uno de los cinco jurados opta por la abstención, y vota a nadie.

Sin duda la parsimonia en el transcurso de las votaciones tiene por objeto el mantener reunidos durante hora y media larga a numerosos escritores y artistas, en una gran tertulia. Y ocasiones así no suelen darse en este Madrid de día en día más disperso. Ediciones Alfaguara, con el espaciado transcurso de las votaciones, concede la oportunidad de vernos, charlar, coincidir y discrepar amablemente en torno a temas artísticos y literarios.

En la primera votación hay quien realiza complicados ejercicios de prestidigitación para copiar los resultados, sostener el *guisqui* y no separarse demasiado del plato de la cena fría. En las restantes ya no, porque al minuto de dictar ante el micrófono la voz de JOSE ANTONIO VIZCAINO cada resultado, unos diligentes muchachos reparten la marcha de las votaciones en listas xerografiadas por la copiadora Xerox 2400. ¡Lo que las ciencias adelantan, incluso al servicio de las letras!

Entre los asistentes, ALONSO ZAMORA VICENTE, CAMILO JOSE CELLA, CARMEN NONELL, BUERO VALLEJO, GARCIASOL, JOAQUIN BENITEZ LUMBRERAS, DOLORES MEDIO, MIGUEL BUÑUEL y tantos y tantos más...

E N E R O - 1 9 6 8

1

Día de fiesta. Pero la *Cronica social* no quiere dejar pasar esta fecha en blanco, aunque tan sólo sean unas breves líneas. La *Cronica social*, en nombre de la revista, desea a TODOS los que componen esta gran familia de las artes y de las letras, un venturoso año nuevo. Un año en el que sigan los triunfos de unos y que comiencen los éxitos de otros. Aquí, todos tienen cabida.

3

ALEJANDRO NUÑEZ ALONSO (novelista), PAULINO VICENTE (pintor), JUAN URIA RIU (investigador) han sido galardonados con la Cruz de la Victoria 1967, que anualmente otorga el diario *Región*, de Oviedo. La fecha de entrega de los galardones se celebrará el 6 de este mes.—El dibujante MAC RABOY ha fallecido en Nueva York. Contaba cincuenta y tres años de edad y era el creador del famoso

personaje Flash Gordon. Raboy ha sido uno de los pioneros de las «tiras».

4

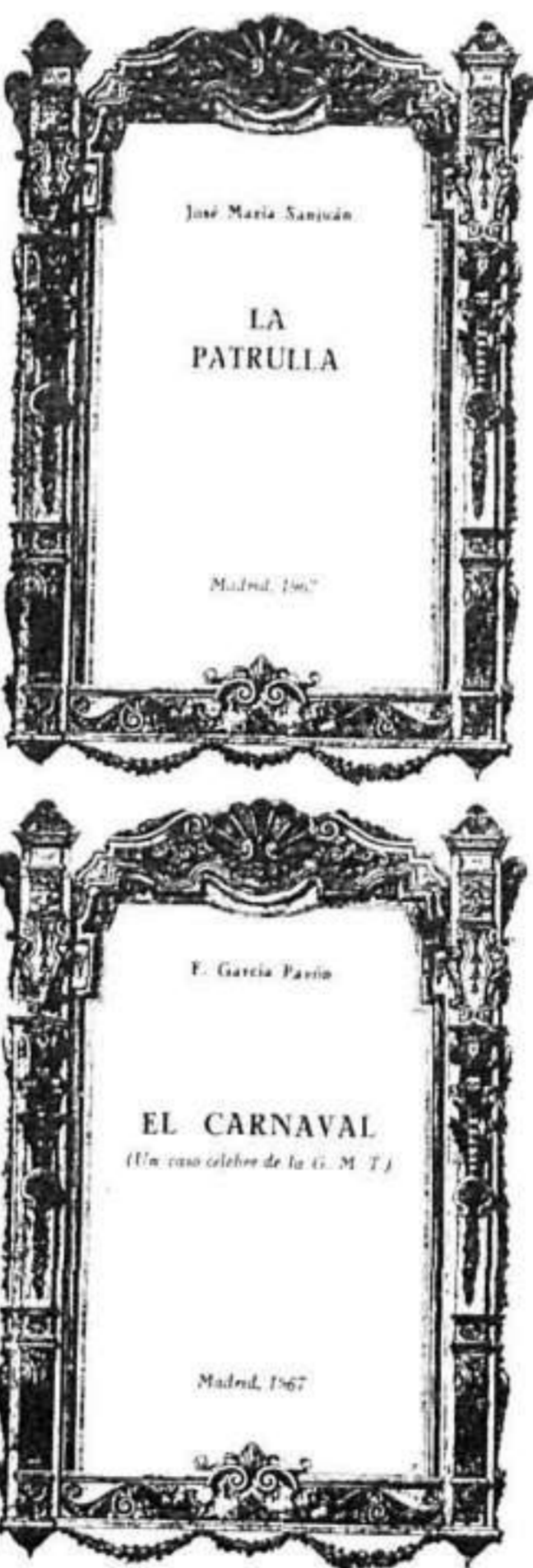
VICENTE T. JIMENEZ, presidente de la Comisión Mexicano-Norteamericana de Estados Unidos ha elogiado la firma de una ley por la que se proporcionará enseñanza en español a unos tres millones de niños de origen hispánico en toda la nación.—En este curso, en la Cátedra Ramiro Maeztu, del Instituto de Cultura Hispánica, intervendrán con motivo de un curso sobre poesía moderna: JOSE MARIA SOUVIRON, CLAUDIO RODRIGUEZ, MIGUEL ARTECHE, JAIME DELGADO, GINES ALBAREDA, FRANCISCO GARFAS, AMIRA DE LA ROSA, JUAN LUIS PANERO, GERARDO DIEGO, JOSE GARCIA NIETO, FRANCISCO BRINES, JOSE HERRERO, FRANCISCO UMBRAL, JOSE MARIA ALONSO GAMO y GASTON BAQUERO.

5

ALFONSO PASO va a estrenar en Barcelona, por primera vez, una de sus obras vertidas al catalán. Se trata de la comedia *Querido profesor*.—*Morir, hasta las estrellas*, de RAMON GALLAR, que obtuvo el premio Marina de teatro, se estrenará en León en febrero por el grupo de Cámara «Valle-Inclán» (de Orense), bajo la dirección de SEGUNDO ALVARADO FEIJOO-MONTENEGRO, dentro del Certamen Nacional de Teatro Juvenil.

6

Aunque por medio de nuestra delegación en Barcelona, los lectores de LA ESTAFETA quedan enterados del proceso del fallo del premio Nadal 1967, en su



gésima cuarta edición, esta sección quiere hacer referencia del ganador, JOSE MARIA SANJUAN, y del finalista, FRANCISCO GARCIA PAVON, a quienes felicitamos muy entrañablemente. En el reciente pasado año hemos publicado en nuestras páginas de «Folletón» una novela corta de cada uno de los mencionados, que siempre han colaborado y colaboran con LA ESTAFETA. La de José María Sanjuán, *La patrulla*, comenzó a publicarse en el número 364, en el que finalizaba la comedia de Ramón J. Sender: *Donde crece la marihuana*. *La patrulla* es la primera novela de este joven autor, escrita en 1959. Decíamos, en su presentación: «Los treinta años (ahora uno más) de José María Sanjuán han sido fecundos. La ESTAFETA LITERARIA, que espera de él mucho y más, no ha dudado en incluir *La patrulla* (novela corta sobre las guerras de guerrillas en el pasado siglo XIX) a continuación de Sender, veterano.» LA ESTAFETA LITERARIA ha esperado bien: Sanjuán ha ganado el Nadal. La de Francisco García Pavón, *El carnaval* (cuyo argumento es semejante a la novela finalista del Nadal), comenzó a publicarse en el 367, cuando se puso fin a la de Sanjuán. De él escribimos: «Sus libros de ensayos, sus novelas y su labor de crítico teatral lo acreditan título a título, día a día.» Día a día, desde luego, Pavón nos sorprende con nuevas e importantes creaciones. Siguen siendo sus tierras los paisajes de sus obras. Sanjuán, que ahora se encuentra en Pamplona, ha declarado a JULIO MARTINEZ TO-

RRES: «Yo ya no escribiré ninguna novela más, aunque lo mío es escribir cuentos...» Y a JUAN LARRAMBERE: «Sería capaz de volver a empezar si resucitara esta pierna muerta. Es mi tragedia.» Reproducimos las portadas de ambas novelas, inéditas hasta su aparición en nuestra revista.

7

TORCUATO LUCA DE TENA vuelve a la dirección del diario ABC tras unos meses «de voluntaria separación de su cargo, a que le obligaron ineludibles quehaceres», según informa el citado diario. Durante su ausencia fue director PEDRO DE LORENZO, que es el subdirector del periódico.—*Nuevo Diario* estrena página literaria dominical. En ella se comenta el retraso del fallo del premio Adonais de poesía y se apunta como favoritos los libros de VAZQUEZ DODERO, LOPEZ LUNA, RIOS RUIZ, BALBIN DE LUCAS, BARNATAN y LALITA BURBELO.—Se inaugura en terrenos de Prado del Rey un monumento en honor de WALT DISNEY. El monumento está dedicado por el Club Infantil de Televisión. Se trata de una obra del escultor MARIANO AMAYA, que representa, sobre un monolito de piedra, a «Bambi».

9

En el Club Internacional de Prensa, muchos hombres de teatro: críticos, informadores, intérpretes, directores... El director general de Cultura Popular y Espectáculos tiene el simpático gesto de iniciar su contacto personal con los teatristas para presentarles a JOAQUIN ARBIDE, director del Teatro Universitario de Sevilla «Tabanque» y a los componentes del conjunto y, a la vez, les proporciona ocasión para un positivo intercambio de opiniones. Desde JOSE LUIS ALONSO y MIGUEL NARROS—directores de los Teatros Nacionales María Guerrero y Español—hasta los profesores GUILLERMO DIAZ-PLAJA y MANUEL CRIADO DEL VAL, todos cuantos han dedicado horas y afanes al arte dramático han acudido a la convocatoria de ROBLES PIQUER y al conocimiento de los miembros de «Tabanque». Y JOSE OSUNA, y JOSE LUIS YZAGUIRRE. También está el escritor que ha enriquecido más considerablemente la bibliografía teatral contemporánea en España: FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES. Por la crítica, ENRIQUE LLOVET, ALFREDO MARQUERIE, EUSEBIO GARCIA LUENGO, JUAN EMILIO ARAGONES y algunos otros. Los del TEU sevillano se retrasan, porque «Tabanque» actúa normalmente por la tarde en el Beatriz. Llega primero Arbide y explica que sus intérpretes lo harán en cuanto se vistan de calle. Y empieza la gran tertulia. Acompañan a Robles Piquer el subdirector de Cultura Popular, ENRIQUE DE LA HOZ, el comisario-delegado para el SEU, IGNACIO GARCIA; el jefe del Servicio de Teatro, JOSE MARIA ORTIZ, y el presidente del Club. En su introducción, Robles Piquer manifiesta que, tras la necesaria reestructuración de su *ensanchada* Dirección General, dedicará sus mejores afanes al arte dramático y para ello cuenta de antemano con la eficaz ayuda de todos los presentes. Cualquier sugerencia válida, cualquier innovación viable, han de encontrar en él favorable acogida. A la actuación del TEU de Sevilla en el Beatriz seguirán las de otros grupos universitarios o de Cámara y Ensayo, para que el Tercer Teatro Nacional cumpla su cometido impulsor de las nuevas tendencias dramáticas. A continuación, el coloquio. Coloquian Juan Emilio Aragonés, Criado del Val, José Luis Yzaguirre, Alfredo Marquerie, Ignacio García, José Osuna y Serafín Adame. Por imperativos horarios—son las diez de la noche—Robles Piquer da por concluso este primer «Encuentro», que ha estado tan lleno de incitaciones como para que, media hora después, algunos rezagados prosiguieran dialogando. Sobre la presencia del teatro en la Universidad, en su doble faceta de prácticas esporádicas y enseñanza continuada, Criado del Val formula importantes precisiones.

Con objeto de evitar daños innecesarios a importantes sectores industriales de nuestro país, de la manera más atenta y respetuosa hacemos constar lo siguiente:

PRIMERO.—Los organismos abajo firmantes apoyan de manera decidida la campaña que están llevando a cabo las autoridades para erradicar la pornografía de nuestro país.

SEGUNDO.—Consideramos que las autoridades encargadas de llevar a cabo la campaña antipornográfica deben realizarla ajustándose estrictamente a la Ley, para que su acción no se convierta en negación de los principios democráticos consagrados en la Carta Magna de nuestro país.

TERCERO.—En consecuencia, no obstante nuestro apoyo expresado en el punto primero, hacemos pública nuestra inconformidad con los procedimientos que la Procuraduría General de la República y otras autoridades han puesto en práctica dentro del período de investigación ya que, violando el artículo 16 constitucional, han procedido en forma violenta e innecesaria a requisar e impedir la libre circulación de algunas publicaciones, sin seguir los procedimientos que marcan nuestras leyes.

CUARTO.—Que hacemos pública nuestra protesta por el daño que puede producir a la difusión de la cultura toda campaña, por justa que sea, si da lugar a que se cometan actos que lleguen a rebasar los cauces de la legalidad y a que se apliquen criterios no calificados, pues con ello se ponen en peligro las garantías que consagran los artículos 6o. y 7o. de nuestra Constitución, ya que se convierte la investigación en censura previa, y la defensa de la moral y las buenas costumbres en coartación a la libertad de Prensa.

QUINTO.—Que para evitar que se repitan situaciones como la presente, solicitamos se reglamente de una manera objetiva, precisa y clara qué es lo que las autoridades consideran inconveniente de publicarse, para que los editores y escritores puedan, sin cortapisas y censuras previas, producir sus ediciones, con sólo sujetarse a la reglamentación que se solicita, la cual deberá elaborarse con un criterio moderno, considerando siempre el conjunto de valores humanos, artísticos o culturales que puedan tener las publicaciones.

ESTE ES EL CUERPO DEL ESCRITO CUYO ENCABEZAMIENTO Y FIRMAS reproducimos en la portada. Lo dirigen a las autoridades mejicanas las entidades que, por su propia entidad, se ocupan en editar publicaciones; en la obra bien hecha de la letra impresa; en la corporalidad de las artes de expresión gráfica.

NO ENUNCIAN NINGUNA POSICION IDEOLOGICA NI POLITICA PARCIAL. No adoptan posturas previas, exigencias de grupo o de partido, ni condicionamientos de clase. No manifiestan ningún género de discriminación. No se meten a dirimir, ni a proponer o sugerir siquiera un criterio discriminatorio de los credos literarios o artísticos. No definen la pornografía por su cuenta.

SE LIMITAN A PEDIR UN REGIMEN LEGAL—EL QUE SEA—FRENTE A UN régimen de arbitrariedad y de pasiones y negocios particulares, en materia de publicaciones. Desean que se erradique la pornografía, como cualquier persona normal de cualquier parte del mundo desea que se erradique la tuberculosis, la malaria, el hambre, el cáncer o el crimen. Están en la línea de los organismos internacionales de nuestro tiempo menos «partisanizados»: la FAO, la OMS, la UNESCO, la UNICEF. Sin definiciones dogmáticas, sin «apartheids» de ninguna especie.

EL LECTOR QUE LEA ATENTAMENTE ESTA PAGINA Y LAS 4-5-6-7 DEL presente número puede darse cuenta de que la España peninsular sigue sirviendo de algo a las Españas de Ultramar. La ley 14/1966, del 18 de marzo de dicho año, con su restar poderes a la arbitrariedad de los funcionarios y confiar decisiones a los tribunales de justicia, preuncia una ordenación jurídica extensible a los continentes libres para impedir que dejen de serlo.